

A person in silhouette stands on a suspension bridge, holding a sword. The scene is illuminated by a warm, orange glow from the setting or rising sun, creating a dramatic and atmospheric background. The bridge's cables and walkway are visible, leading the eye towards the horizon.

MARK DAWSON

SANGRE Y ROSAS

SANGRE Y ROSAS

BEATRIX ROSE #3

MARK DAWSON

Traducción de
WIDER WORDS



CONTENTS

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26

OTROS LIBROS DE MARK DAWSON
SOBRE EL AUTOR

C onnor English estaba sentado en la puerta abierta del Halcón Uno con las piernas colgando fuera de la cabina. Llevaba unas gafas de visión nocturna que bañaban de un verde espectral el árido y desolado desierto de abajo. Los árboles achaparrados y los solitarios poblados pasaban bajo el fuselaje del helicóptero, que mantenía una velocidad constante de ciento ochenta y cinco kilómetros por hora. El piloto iba acariciando los contornos del paisaje, la altura del helo nunca superaba los quince metros, con lo que se mantenía siempre por debajo de la línea de las colinas.

Se oyó al piloto por el canal de la tropa:

—Halcón Uno a Cero. Acabamos de cruzar la frontera, entramos en Marruecos. Comunicaciones sobre Marruecos, nada de cháchara.

—Cero a Halcón Uno —respondió el centro de control desde un barco situado frente a la costa—. Recibido. Permiso para proceder.

Todo se estaba desarrollando según lo planeado: habían burlado los radares marroquíes al entrar en el país y tenían vía libre hasta el objetivo. English se inclinó un poco hacia delante mientras el viento caliente tiraba con ansia del pañuelo palestino que llevaba al cuello. Miró a la cola. Tenía una buena perspectiva del helicóptero que los seguía, el Halcón Dos. Estaba a unos cien metros a estribor y mantenía la misma altura prudencial, morro bajo y cola alta, surcando la noche a toda velocidad.

Los dos pájaros estaban pintados de negro y no llevaban luces de navegación ni marcas visibles. Ambos Black Hawk habían sido modificados en el taller que Manage Risk tenía en El Refugio para minimizar su corte transversal de radar. Les habían puesto paneles indetectables parecidos a los que se usaban en los B-2 Spirit. En los rotores llevaban instalados silenciadores de decibelios. Contaban con escudos de motor, tren de aterrizaje y sonda de repostaje retráctiles, cobertores de rotores, una pala de rotor extra y una biga de cola cerrada, completamente rediseñada. La Marina había hecho algo similar con los helos que se utilizaron en la misión para eliminar a Bin Laden, pero uno de ellos se estrelló. Los paquistaníes vendieron los restos por veinte millones de dólares a una filial anónima de Manage Risk. El taller de I+D aplicó retroingeniería a las modificaciones y las perfeccionó. El coste fue considerable, más millones aún, pero la compañía acabaría vendiéndoselo de nuevo al gobierno estadounidense, y mientras tanto les resultaría muy útil.

Sobre todo esa noche.

El precio que había que pagar por todos esos extras era que volaban más lentos que un MH-60 estándar y tenían menos empuje, pero eran buenísimos burlando radares, y, en esa ocasión, el sigilo era lo más importante. English había estado con el resto del equipo cuando el hangar se

abrió bajo el sol de Carolina del Norte y vieron los pájaros. El tipo de I+D responsable del programa admitió que había estado tentado de finiquitarlo más de una vez y que, aunque los helos habían pasado todos los test, nunca los habían probado con la dotación completa, y menos aún en una misión como esa.

La incursión ilícita en el espacio aéreo marroquí era su bautismo.

Los hombres que iban dentro del Hawk furtivo no llevaban identificación.

Los dos helos y su tripulación eran anónimos.

Negables.

No autorizados por nadie.

Incluso criminales, siendo estrictos.

Si algo salía mal, si los pájaros se estrellaban o eran abatidos, si ponían en peligro la misión del modo que fuera, estarían solos.

English oteaba las colinas y los valles buscando puntos de referencia que pudiera reconocer. Había estudiado las imágenes de satélite que habían comprado a la CIA. Le habían resultado útiles, pero ni de lejos tan provechosas como la semana que pasó en la ciudad misma. Habían localizado a Beatrix Rose en el aeropuerto de Casablanca y la habían seguido hasta Marrakech. El propio English salió tras ella en el primer vuelo disponible desde Basora.

Aprovechó esa semana para familiarizarse con su objetivo y el barrio en el que estaba emplazado. Habían sopesado muchas formas de alcanzar el blanco de la misión. Podrían haber asaltado el riad por tierra, pero estaba oculto en el corazón de la medina y tenía un acceso muy limitado. Algunas de las callejuelas por las que hubieran tenido que pasar apenas eran lo suficientemente anchas para ir en fila india, sobre todo tratándose de los hombretones del helicóptero con sus aparatosas mochilas. Esas callejas eran cuellos de botella en potencia, cosa que ponía nervioso a English.

Por eso había propuesto esa otra opción.

Llegarían volando y atacarían desde arriba.

El plan inicial había sido caer sobre el blanco cuando estuviera fuera del riad, pero en el tiempo que English pasó en la ciudad no la vio salir ni una sola vez. Estaba parapetada ahí dentro, aunque en realidad eso no era ninguna sorpresa. Había recibido el mismo entrenamiento que él, y sin lugar a dudas sabía que sus actos exigían una respuesta.

Oliver Spenser.

Joshua Joyce.

Lydia Chisholm.

Bryan Duffy.

Los cuatro habían sido asesinados, y nadie había logrado echar el guante a Rose.

Ella tenía una lista, y solo podía contener otros dos nombres.

Control.

Y él.

Era preciso adelantarse.

El rugido de los dos motores de turboje General Electric T700 llenaba los oídos de English. Aparte de eso y del batir de los rotores, no se oía mucho más. Se inclinó hacia el interior de la cabina y se apretó los tapones de cera en los oídos. A duras penas distinguía la silueta del jefe de la tripulación, que entonces levantó cinco dedos.

Cinco minutos.

Miró hacia atrás. El Halcón Dos lanzó un destello al comenzar su descenso al suelo del desierto. A bordo de ese helicóptero iba un equipo adicional que serviría como refuerzo de

emergencia en caso de que lo necesitaran.

Llevaban ya dieciocho minutos en el aire. Los dos Black Hawk habían despegado desde su posición avanzada de operaciones, en el lado argelino de la frontera. El plan de vuelo los había llevado hacia el noroeste, apenas un breve trayecto antes de cruzar al espacio aéreo de Marruecos. Marrakech quedaba a trescientos veinte kilómetros de allí. No habían informado de su paso a las autoridades marroquíes y sabían que si los detectaban, enviarían cazas para interceptarlos. Que los abatieran era uno de los muchos peligros a los que se enfrentaban.

El interior del helo estaba a oscuras, solo el resplandor residual de los instrumentos de la cabina de mando se colaba hasta la parte de atrás. Al pájaro le habían retirado los asientos para reducir el peso, así que los hombres iban sentados en el suelo y apoyados contra el lateral del fuselaje, todos en silencio. Cuatro de ellos habían servido como Navy SEAL en el Grupo de Desarrollo de Guerra Naval Especial, o DEVGRU. Tres habían sido soldados de asalto y otros tres eran antiguos hombres del SAS.

Miró a su alrededor. Todos los miembros del equipo contaban con años de experiencia y cada uno tenía una forma diferente de afrontar los minutos previos a una misión. Algunos escuchaban música, otros cerraban los ojos y visualizaban la operación. English estaba bastante relajado. Se habían preparado para el trabajo, cada hombre sabía lo que se esperaba de él. Y, además, todos eran buenos. Manage Risk no contrataba agentes de segunda, y esos eran soldados excepcionales. El plan era seguro. Si lo ejecutaban tan bien como lo habían hecho durante el ensayo, todo saldría a la perfección.

El piloto del Halcón Uno volvió a hablar por el canal de la tropa:

—Dos minutos. Preparados.

Los hombres volvieron a la vida. Los que aún no llevaban el casco y las gafas se los pusieron. Se colocaron los micros de garganta, comprobaron los radios. Alcanzaron las armas de fuego, con el cañón hacia abajo, y se aseguraron de que funcionaban correctamente. Iban equipados con armamento diverso: carabinas M4 provistas de silenciadores y subfusiles MP-5. Banner, el francotirador del equipo, se deslizó en el hueco que quedaba junto a English y quedó con una pierna colgando fuera y la otra enganchada en el reborde del fuselaje. Levantó el cañón de su fusil largo y entornó los ojos para mirar por la óptica.

La voz del piloto llegó a través del ronroneo de las interferencias:

—Debería aparecer delante de nuestras narices, a las once.

English se volvió de nuevo hacia la puerta abierta y vio la miríada de luces del exterior. Estaban sobrevolando la periferia de la ciudad.

El sonido de las turbinas cambió cuando el piloto bajó la potencia.

—Objetivo localizado. Todos atentos.

El helicóptero viró y empezó a cernerse cerca del punto de inserción.

—¿Ve algo? —gritó English al oído de Banner.

Este comprobó todo el campo visual.

—Negativo.

English se levantó y tiró de la bolsa de lona que contenía la soga rápida para acercarla a la puerta abierta. Ya habían asegurado un extremo al gancho de sujeción. Asomó el cuerpo por la puerta, todavía a nueve metros sobre los tejados, y miró abajo: estaban justo encima del riad, la corriente descendente levantaba remolinos de polvo y sacudía la colada que estaba tendida en una cuerda. Las alfombras que colgaban secándose se doblaron y quedaron llenas de tierra.

Contrastó la distribución del riad con las imágenes de satélite y el vídeo que los satélites y los drones de vigilancia habían conseguido la semana anterior. Todo era como debía ser. Los riads

marroquíes eran viviendas de cuatro lados, normalmente con tres o cuatro plantas de altura, construidas alrededor de un hueco central que se abría al cielo. Este no era diferente. Todas las habitaciones daban a ese hueco, y en el patio que quedaba abajo del todo habían instalado una pequeña piscina que ayudaba a refrescar el aire cálido. También tenía árboles y plantas. La única forma de entrar desde el nivel de la calle era una gruesa puerta de madera que estaba reforzada por barras de hierro. Habría sido posible reventarla con cordón detonante, pero hubieran tenido los mismos problemas de acceso. No suponía una opción segura.

Banner se arrastró algo más a lo largo de la puerta con el fusil firme en las manos. Su trabajo consistía en cubrir a los hombres mientras bajaban por la soga rápida.

English se puso los gruesos guantes de soldador sobre los guantes de combate.

—Halcón Uno a Cero —dijo el piloto por su micro—. Estamos en posición. Confirman que podemos proceder.

—Tienen permiso, Halcón Uno.

El piloto pasó la orden al canal de la tropa.

—Luz verde. ¡Vamos, vamos, vamos!

English sacó la bolsa fuera del helicóptero y la gruesa cuerda se fue desenrollando a medida que caía al suelo. Los demás hombres ya se habían levantado y estaban apretados tras él en la puerta. Banner aguardaba a un lado, con otro hombre llamado Mason justo detrás, agarrado al gancho de seguridad de nailon que iba adosado a su chaleco de protección.

English sintió un momento de paz. Toda la preparación, toda la planificación... todo conducía a ese punto.

Eso era a lo que se dedicaba.

Era para lo que había nacido.

Sintió que entraba en un estado mental diferente, una calma que surgía de la repetición y la seguridad en sí mismo. Llevaba días visualizando la operación y de pronto solo era cuestión de ponerla en práctica.

Hora de actuar.



A BEATRIX ROSE últimamente le resultaba difícil dormir. El dolor del cáncer en los huesos era constante, pero se resistía a tomar la morfina que necesitaba para calmarlo. Le hacía falta muchísima cantidad para conseguir lo que antes obtenía con una sola pastilla, y uno de los efectos secundarios era acabar aletargada y somnolienta.

No podía permitírselo.

Así que a las tres de la madrugada seguía despierta, sentada en una silla en su gran dormitorio. Estaba leyendo un libro, aunque sus ojos apenas enfocaban las palabras. Oyó el helicóptero que se acercaba. Por su dilatada experiencia, supo que llegaba deprisa y en vuelo bajo.

Demasiado deprisa.

Demasiado bajo.

Se impulsó para levantarse de la silla, parpadeó para contener el repentino estallido de dolor y cojeó por la habitación hasta la puerta. La abrió y salió a la galería que daba al patio central.

—¡Mohamed! —exclamó—. ¡Isabella!

Levantó la mirada hacia la noche.

El helicóptero apareció ante sus ojos, cerniéndose mientras el piloto luchaba contra las estelas que subían desde la azotea. Era un Black Hawk, pero lo habían adaptado con deflectores y paneles

que lo asimilaban a los aviones furtivos usados por la Fuerza Aérea de Estados Unidos. La puerta lateral del fuselaje estaba abierta, y allí vio un destello de movimiento, un hombre que aguardaba en posición.

Mierda.

Desde las dos puertas laterales lanzaron sendas cuerdas largas y gruesas que se desenrollaron al caer en el riad. Una de ellas se metió por el hueco central y su extremo restalló al golpear el suelo del patio, por debajo de ella.

—¡¡¡Mohamed!!!

Olvidó el dolor y entró de nuevo en el dormitorio a toda prisa. Sacó el torniquete de goma de la mesilla, se lo enrolló enseguida en el brazo, mordió un extremo y tiró del otro para tensarlo. Se hizo con la jeringuilla y se inyectó las anfetaminas que tenía preparadas. Retiró el torniquete y lo tiró al suelo.

El subidón fue inmediato y potente. Sintió un cosquilleo en la cabeza, en los dedos de las manos y de los pies, y el corazón empezó a latirle algo más deprisa.

Tenía un M14 para cartuchos de calibre 308 apoyado contra la pared. Junto a él había seis cargadores llenos. Las bandoleras con sus cuchillos lanzadores estaban colgadas por encima del gancho en el que dejaba la bata. Cogió el fusil y los cuchillos. Tenía unas gafas de visión nocturna y también fue a por ellas antes de volver a salir.



CONNOR ENGLISH AGARRÓ la soga rápida y se apartó del fuselaje del helicóptero con el pie. La soga se deslizó enseguida entre sus guantes, el calor aumentaba en las palmas de las manos a medida que descendía rápidamente por la abertura del hueco hacia el espacio que encerraba. Cayó al suelo del patio y rodó hasta quedar pegado a la pared para cubrirse al menos por dos lados de un posible ataque. Empuñó su MP-5 e hizo un rápido reconocimiento del entorno: el hueco tenía seis metros de ancho, era simétrico y estaba rodeado por una balconada en cada uno de sus cuatro lados; había puertas y ventanas visibles tras las balaustradas; ninguna luz en ninguna de las ventanas, ninguna señal de vida.

El equipo se había dividido en dos destacamentos de cinco hombres. Los del equipo Alpha bajaban en rúpel hasta abajo del todo, los de Bravo empezarían por la azotea. Alpha iría despejando hacia arriba y Bravo lo haría hacia abajo hasta que se encontraran en el medio.

Beatrix Rose quedaría atrapada entre ambos.

No tendría escapatoria.

English alzó la vista. El helicóptero ya había dejado al equipo superior y estaba elevándose. El plan era que se retirara del punto de inserción, se alejara dando una vuelta en las inmediaciones y luego regresara a recoger a los hombres cuando hubieran terminado. Estaba autorizado a aguardar en posición durante cinco minutos. Quedarse más tiempo sería peligroso. Si tardaban más, tendrían que exfiltrarse cruzando la ciudad y se encontrarían con el Halcón Dos en la periferia.

Comprobó el patio. Los otros cuatro miembros del equipo Alpha estaban pegados a las paredes, esperando su señal.

Levantó la mano, preparado para darla, cuando cuatro potentes detonaciones resonaron desde la azotea, una tras otra.

Miró hacia arriba.

Un humo blanco oscureció la luna.

Una lluvia de objetos diminutos impactó contra las paredes y cayó en las baldosas del patio.
Bolas de acero.

«Mierda.»

Minas Claymore.

Volvió a maldecir.

Una trampa.

—Alpha a Bravo, respondan.

Silencio.

¿Cuántos miembros del equipo Bravo quedaban con vida? Cuatro Claymore. Si lo hubiera preparado él, las habría colocado en las cuatro esquinas del tejado, cada una con un arco de sesenta grados, y las habría programado para que se accionaran con detectores de movimiento o sensores acústicos. La zona mortal podía ser tan amplia como toda la maldita azotea.

—Alpha a Bravo, respondan.

Nada.

La voz de otro de los hombres de Alpha llegó zumbando por su auricular:

—¿Qué hacemos, señor?

—¡Ejecuten!



BEATRIX SE APARTÓ de la puerta y avanzó muy agachada, buscando la protección de la balastrada. La adrenalina y las anfetaminas corrían por sus venas, y durante unos instantes olvidó el dolor y la debilidad que le provocaba la enfermedad.

Tenía que salir de esa.

Todavía no había terminado.

No había hecho su trabajo.

Percibió el olor del explosivo de las minas colocadas en la azotea. No lo tuvo fácil para conseguirlas, pero por una cantidad adecuada de dinero en metálico Abdulá había logrado encontrarlas. Beatrix las había enlazado en cadena con cordón detonante y las había vinculado a un sistema de detección de movimiento por infrarrojos, cuidadosamente calibrado para que no se disparara con los gatos del vecindario que se reunían allí arriba casi todas las noches.

Pero ¿un soldado descolgándose hasta la azotea por una soga rápida?

Sí, eso sería más que suficiente.

La explosión fue descomunal.

Había contado hasta cinco soldados que tuvieron la fortuna de descender hasta el patio. Sus sombras oscuras se habían deslizado frente a su ventana, vestidas de negro y con gafas de visión nocturna fijadas a los cascos. Iban equipados con MP-5 y granadas. Sin insignias, sin marcas de ningún tipo. No le extrañó.

A Manage Risk no le salía a cuenta anunciarse, pero sabía que eran ellos.

Había visto a Connor English tratando de pasar desapercibido en la medina.

Beatrix dejó que la vieran en el aeropuerto de Basora.

Dejó que la siguieran.

Quería que fueran a por ella.

Se asomó por encima del pretil de piedra y apuntó con el M14.

Vio un destello en sus gafas y enfocó hacia la despensa abierta donde solían almacenar las provisiones. Allí había una silueta trazada en verde, agazapada tras la puerta. El hombre estaba a

cubierto, no había oportunidad de tiro, pero Beatrix apuntó por encima de él, a su espalda, donde guardaban la bombona de propano que alimentaba los fogones de la cocina.

Aseguró la culata en su hombro, presionó la mejilla contra ella y apuntó deprisa.

Apretó el gatillo.

La ráfaga de seis disparos fue instantánea, y todas las balas penetraron en el revestimiento de la bombona. El gas detonó con un gigantesca deflagración de fuego anaranjado que se elevó hasta el techo bajo y luego salió al exterior.

La visión nocturna de Beatrix se tiñó de blanco a causa del fogonazo y luego se oscureció de nuevo. Solo unas vetas plateadas centellearon unos instantes más en las lentes, pero también acabaron por desvanecerse.

Ya no se veía a la figura agazapada por ningún lado.



ENGLISH FUE alcanzado por la repentina onda expansiva desde el otro lado del patio. Corrió a la entrada de la escalera y se pegó a la pared. Los disparos procedían de la segunda planta.

Tenía que ser Rose.

Estaba sudando a mares.

Todo se iba a la mierda.

Estaban pringados.

Tenía que contar con que solo quedaban cuatro de ellos.

Se habían metido en el territorio de Rose.

Y ella los estaba esperando.

Mierda, mierda, ¡mierda!

Aunque estuviera sola, sin nadie más, ahora sus fuerzas estaban igualadas. En el mejor de los casos.

«Vamos —se dijo—. Céntrate. Haz tu trabajo.»

Mantuvo su posición y luego dio media vuelta para tener una vista decente del patio. Los otros tres hombres habían comprobado el resto de las salas de allí abajo y le indicaron con los puños cerrados que estaban despejadas.

English asintió y señaló hacia arriba, a la primera planta.

Todos recorrieron el perímetro del patio para reunirse con él en su posición.

English vio al hombre de la túnica medio segundo tarde. Estaba escondido en lo que parecía un comedor. Se les había pasado por alto. Salió de la habitación con una Glock en la mano y disparó al agente que tenía más cerca; fueron tres tiros y todos dieron en el blanco. El agente se sacudió y cayó de bruces, tropezó con una mesita decorativa de cristal y acabó zambulléndose en las iluminadas aguas azules de la piscina.

English levantó el MP-5 y disparó en modo automático para replicar con una ráfaga al hombre de la túnica. Al menos una bala alcanzó su objetivo y el tipo cayó hacia atrás, al interior del comedor. English metió una mano en la bolsa de las granadas y sacó una M67 de fragmentación. Tiró del pasador, contó hasta dos y la lanzó hacia la puerta abierta. La granada detonó con un estallido ahogado, las gruesas cortinas se hincharon hacia el exterior.



SI MOHAMED SEGUÍA VIVO, Beatrix no podía verlo. Destapó el bote de humo, lo hizo rodar escaleras abajo y esperó hasta que la densa nube acre y empalagosa empezó a extenderse. La escalera no tenía ventilación, así que el humo se acumularía en el fondo. Sería imposible ver nada al intentar subir.

Con eso ganaría algo de tiempo.

Sostuvo el M14 contra el pecho y echó a correr por la galería hacia la habitación de Isabella.

La puerta estaba abierta.

La cama de su hija estaba vacía.

—Isabella —susurró.

No hubo respuesta.

—Isabella, soy yo.

Entonces se oyó el terrible «chac-chac-chac» de un fusil automático, el cristal de la ventana se volvió opaco y un instante después se hizo añicos en el interior de la habitación. Las balas entraron por la abertura y no la alcanzaron por centímetros, pero cosieron una línea irregular en el techo.

Los tiros venían de abajo.

Uno de los hombres se había quedado en el patio en lugar de subir.

Había sido descuidada.

Sin embargo, a pesar de su descuido, había tenido suerte.

Se arriesgó a mirar abajo un segundo y lo vio, apuntándola con el fusil. Se agachó justo cuando otra ráfaga de disparos pulverizó lo que quedaba del cristal. Una lluvia de añicos afilados le cayó encima.

Llegaron dos estallidos más cuando detonaron sucesivamente otras dos granadas de fragmentación.

Las explosiones sonaron en la balconada que daba a la escalera.

Estaban avanzando, subían.

Beatrix se asomó y volvió a mirar abajo. El humo del bote salía en remolinos por la puerta. El soldado se había puesto a cubierto, pero había un gran espejo fijado a la pared que daba a la piscina. En él distinguió el reflejo del agente muerto, y más allá vio al soldado que acababa de dispararle, pegado a la pared justo por debajo de ella; no lo habría visto de no ser por el espejo. Memorizó su posición, se preparó y entonces, con un único movimiento repentino, se lanzó hacia delante, dejó el refugio del dormitorio de Isabella y se asomó a la balastrada, desde donde apuntó hacia abajo con el rifle apoyado en ella.

Disparó a ciegas y vació el cargador.

Un gemido de dolor le indicó que por lo menos una de las balas había hecho blanco.

Desde la escalera repelieron el fuego y no la alcanzaron por milímetros.

Corrió a ponerse de nuevo a cubierto.

En el bolsillo tenía un pequeño mando a distancia. Lo sacó y lo sostuvo en la mano con el dedo índice encima del único botón.



CONNOR ENGLISH y el último miembro vivo del equipo se arrastraron para salir de la apestosa nube de humo blanco y se pusieron a cubierto. Ahora ya tenían localizada la posición de Beatrix. English la había visto acabar con el soldado del patio, y eso había tenido un precio: sabía dónde estaba y sabía que allí estaba atrapada.

Sin embargo, iba armada con un fusil automático, y él solo tenía la ventaja de contar con un tirador más. Estaban cerca de acabar en tablas. Tendría que actuar con mucha precaución.

Le indicó al otro hombre que avanzara y luego disparó una ráfaga corta de cobertura para mantener a Beatrix en su agujero. El agente se escabulló hasta la esquina de la galería y se agazapó detrás de la balaustrada. Estaba a casi cinco metros de la entrada de la habitación donde se escondía ella. Lo bastante cerca para hacer entrar una granada rodando por la puerta.

English siguió apuntando con el fusil mientras el hombre sacaba dos granadas de fragmentación de su cinturón. Ya había retirado el pasador de la primera cuando la pared junto a él estalló en una erupción repentina y terrible. Fragmentos de piedra y revoque salieron volando por la galería en forma de granizo letal, la onda expansiva hizo caer la balaustrada y lanzó trozos irregulares de piedra hasta el fondo del patio. El soldado murió en el acto y su cuerpo maltrecho y sin vida cayó como un muñeco de trapo sobre las ramas del naranjo de abajo. Su granada, desplazada a un lado por la deflagración, detonó cinco segundos después que la mina.

English cerró los ojos con fuerza hasta que la visión nocturna se restableció de nuevo.

Otra Claymore, escondida tras un falso panel y detonada por control remoto.

En la pared de su izquierda había un grueso cortinaje bereber. La fuerza de la explosión lo había desplazado, y al ondear hacia atrás English vio un par de pies en la alcoba que se adivinaba al otro lado.

—Sal de ahí —dijo.

Nada. Se acercó al cortinaje con cuidado, dejando la cobertura que le ofrecía la escalera.

—Sal o disparo.

Contuvo la respiración mientras una mano apartaba el cortinaje a un lado y una chica joven daba un paso adelante.

Empuñaba una Glock semiautomática.

English la apuntó con su MP-5.

—Vale —dijo—. Deja eso.

La chica seguía sosteniendo la pistola. Le temblaba la mano.

—No vas a dispararme —dijo él, calmado.

Dio un paso hacia ella.

—Quédate donde estás —balbuceó la chica.

English la reconoció. La había visto cuando era más pequeña, mucho más, pero ya hacía casi diez años desde que Control los envió a su casa para eliminar a su madre. Aquello había desencadenado una serie de sucesos que amenazaban con matarlos a todos. Lo ocurrido no le provocaba ninguna satisfacción; solo había sido trabajo, así de simple. Beatrix habría hecho lo mismo de haber estado en su lugar. English tenía hijos. Dos. Y ella lo habría matado delante de ellos si hubiera sido la única forma de conseguirlo.

—Eres Isabella, ¿verdad? Te recuerdo.

—Quédate donde estás.

—Voy a contar hasta tres.

—Lo digo en serio.

—No, qué va. Voy a contar hasta tres y tú vas a soltar esa pistola.

Dio otro paso hacia ella.

—Uno.

La mano que le apuntaba volvió a temblar.

—Dos.

La chica empezó a bajar el brazo.

—Bien.

English le quitó la pistola y la tiró hacia la balconada, luego alargó el brazo y su mano izquierda la agarró del hombro con fuerza. Tiró bruscamente de ella, le dio la vuelta y la apretó contra sus piernas y su pecho.

—¡Rose! —exclamó, levantando la voz—. Tengo a tu hija. Nada de trucos. Sal. Sin armas. Acabemos con esto.

Retrocedió hacia la escalera con la chica delante de él, como escudo.

—No tengo nada contra ella, no tiene por qué acabar herida. No hay motivo para que no pueda salir de aquí por su propio pie.

No vio venir el golpe que le alcanzó en la nuca y lo hizo caer de rodillas. Bajó una mano para sostenerse y se volvió a tiempo de ver al hombre de la túnica, ensangrentado, que levantaba la culata de un fusil antes de estampárselo una segunda vez, en el cráneo.

El riad ardía sin control. El incendio de la despensa, donde había estallado el tanque de propano, era el peor de todos, pero otros fuegos más pequeños se extendían por la azotea, y las granadas habían prendido las cortinas del hueco de la escalera. Espesas nubes de humo se arremolinaban en el patio y se elevaban de manera inexorable hacia el cielo nocturno. Beatrix alzó la vista casi esperando ver el Black Hawk recortado contra el firmamento, pero el helicóptero no había vuelto.

El resto del edificio apenas se sostenía en pie. Había agujeros de bala en las paredes, toda una sección de la galería había desaparecido y sabía que la azotea, con sus hermosas vistas de la ciudad y las montañas al fondo, habría quedado completamente destruida. Había cadáveres por todas partes. Un par de soldados aún seguían con vida, los oía gemir mientras volvían en sí, pero no suponían ninguna amenaza. Por lo general, Beatrix habría puesto fin a su agonía, pero ese día no había tiempo para esas cosas.

Mohamed había recibido un disparo en el hombro y sangraba con profusión. Beatrix aplicó un vendaje israelí sobre la herida para intentar detener la hemorragia.

—Hay que alejarse de este lugar, señorita Beatrix. La policía debe de estar de camino.

—¿Qué tal lo notas? —preguntó ella.

Mohamed rotó el hombro y torció el gesto por el dolor.

—Está bien.

Beatrix lo miró a los ojos.

—Tienes que irte de aquí.

—No —contestó él con firmeza—. No hasta que las haya ayudado, a la señorita Isabella y a usted.

—Tengo que llevarlo al Jeep —dijo Beatrix, señalando a English.

—Está donde siempre.

—¿Armas?

—Sí; también dinero y documentación. Está todo allí.

Beatrix se volvió hacia su hija.

—Necesito que vayas al garaje y tengas listo el Jeep, Bella. Coge las llaves y ponlo en marcha. No te detengas por nada. ¿Entendido?

—Sí —contestó ella con un hilo de voz.

—¿Qué ocurre?

—Lo siento, mamá. Tendría que haberle disparado. Estaba escondida. No me veían. Podría... Todo el entrenamiento... Pensé... Pero no pude...

—No importa —la tranquilizó Beatrix—. Una cosa es dispararle a un blanco y otra hacerlo a

una persona.

—Te he decepcionado.

Beatrix le sonrió tratando de confortarla.

—No, no me has decepcionado. Has sido muy valiente. Y no tienes de qué preocuparte, Bella. Todo va a salir bien. Coge la Glock y date prisa, ¿vale? No hay tiempo que perder.

Isabella se hizo con la pistola tirada en el suelo embaldosado, cogió las llaves del garaje que estaban colgadas en el vestíbulo, abrió la gran puerta de madera y desapareció en el estrecho callejón.

English sufrió un espasmo en la pierna y gimió. Estaba volviendo en sí.

La idea de arrastrar su peso muerto por el laberinto de callejones hasta el garaje recordó a Beatrix lo débil que se sentía. El subidón de las anfetaminas había remitido y el manto entumecedor del cansancio había empezado a posarse sobre ella de nuevo.

Mohamed se percató de su debilidad.

—Vamos, lo haremos juntos —dijo.

Cada uno se pasó un brazo por los hombros y prácticamente transportaron a English a rastras fuera del riad, hasta el callejón en penumbra. El edificio se alzaba en el corazón de la medina, en medio del intrincado laberinto de pasajes y callejuelas, por lo que un minuto después habían doblado tantas esquinas que habían dejado de oír el fragor de las llamas que consumían el riad. Las explosiones y los disparos habían despertado a los lugareños, que los miraban boquiabiertos al verlos pasar arrastrando el cuerpo inerte de English entre los dos. Beatrix sabía que la policía estaría al caer. Aún tardarían en localizar el foco del incendio, circunstancia que les concedería tiempo suficiente para desaparecer de las calles, o eso esperaba.

El garaje estaba situado en una hilera con otros cuantos por el estilo, en una calle lateral que desembocaba en una pequeña plaza de mercado. Isabella había levantado la persiana y había sacado el flamante Jeep Cherokee. Los faros estaban encendidos y el motor seguía en marcha. Beatrix abrió la puerta trasera y Mohamed gimió de dolor cuando subió a English a pulso. Lo empujó sobre el asiento y, tras sentarse al lado, sacó la semiautomática de debajo de la chilaba y le apuntó a las costillas, apoyándola en el regazo.

Beatrix entró en el garaje y apartó de la pared una pesada mochila de emergencias que abrió para revisar el contenido. Había un AR-15 con la culata plegable, una Glock del 45 y un cuchillo con la hoja de sierra. También encontró bastante dinero y dos pasaportes, uno para Isabella y otro para ella, guardados en una funda de plástico. La tarjeta de crédito escondida en uno de los pasaportes estaba vinculada a una cuenta de las islas Caimán. Torció el gesto de dolor al colocarse los tirantes sobre los hombros y llevó la bolsa al Jeep. Aunque sabía que no volvería, regresó al garaje para cerrar la puerta y colocar el candado.

Isabella se había trasladado al asiento del pasajero. Beatrix subió al vehículo, metió la marcha y arrancó.



CONNOR ENGLISH SINTIÓ la tensión de las bridas que le mordían la piel cuando volvió completamente en sí. Tenía las manos a la espalda, entre el cuerpo y el asiento de cuero en el que iba sentado. Tiró con suavidad y sintió que el borde le producía un corte en la parte blanda del dorso de la muñeca.

Recordó lo que había sucedido.

Entreabrió los ojos. Se encontraban en las afueras de la ciudad. Vio las indicaciones hacia

Tahannaout y Asni y supo que se dirigían al sur, al desierto, seguramente por la R203. Por el momento no realizó ningún movimiento, prefería hacerles creer que seguía inconsciente para evaluar mejor la situación.

Se encontraba en la parte trasera de un vehículo. El hombre de la túnica, al que habían disparado y herido, estaba a su lado. Tenía una semiautomática en el regazo con el cañón del arma dirigido hacia él y un dedo en el guardamonte. La chica, Isabella, ocupaba el asiento del pasajero. Beatrix conducía. Reinaba el silencio, nadie hablaba. Lo único que se apreciaba era el rumor sordo de los neumáticos sobre el asfalto irregular.

Podía eliminar al tipo de la túnica, incluso con las manos atadas, pero no a Beatrix Rose.

Continuaron el viaje hasta que las farolas que listaban la luna delantera del Jeep y luego la trasera comenzaron a escasear y al fin desaparecieron media hora después. Abrió los ojos un resquicio y miró por la ventanilla. El ángulo le ofrecía una visión limitada. Distinguió las copas cimbreadas de las palmeras, pero no vio edificios. Se encontraban en pleno desierto.

El vehículo aminoró la velocidad y dio un bandazo al abandonar la carretera y enfilar un camino repleto de baches. Prosiguieron otros cinco minutos, hasta que volvieron a reducir la marcha y se detuvieron.

—Quédate en el coche —le dijo Beatrix a su hija.

La chica no protestó.

La puerta del conductor se abrió y se cerró; luego le llegó el turno a la de English. La fría brisa nocturna se coló en el interior. Unas manos lo asieron por los hombros, lo arrastraron afuera y lo arrojaron al suelo, de bruces.

—Levántate —dijo Beatrix—. Sé que estás despierto.

English consiguió colocarse de rodillas, apuntaló el pie derecho delante de él para darse impulso y se alzó, tambaleante.

Se habían desviado de la carretera y habían seguido el curso de un uadi cuyo cauce agostado se perdía a lo lejos, infranqueable para el Jeep. La luna bañaba un paisaje que no parecía tener fin y se extendía en todas direcciones. Las dunas remontaban y descendían hasta donde alcanzaba la vista, una geografía lunar infinita.

Se dio la vuelta. Los faros del Jeep estaban encendidos y lo deslumbraron. Beatrix se recortaba contra ellos, pero incluso bizqueando adivinó que lo apuntaba a la cabeza con una pistola, que agitó con brusquedad en dirección a las dunas. English se volvió y ella le propinó una patada en el trasero que lo impulsó hacia delante.

—Rose... —empezó a decir.

—Cierra la boca.

—Por favor...

—Cierra la boca o lo haré aquí mismo.

Se calló. Solo oía el crujido de sus pisadas sobre la arena y la llamada de un búho del desierto solitario en alguna parte por encima de sus cabezas.

El paseo duró cinco minutos, hasta que solo se distinguía el suave halo de los faros asomando por encima de las dunas.

—Suficiente.

English se detuvo.

—De rodillas.

—Rose...

Beatrix le propinó una patada en las corvas e English cayó de bruces.

—¿Hay algo que quieras contarme?

—Sabías que vendríamos.

—Por descontado.

—Teníamos que hacerlo. ¿Qué esperabas? Después de lo que has hecho, no nos has dejado elección.

—Es posible.

—¿Cuándo lo supiste?

—Te vi en Basora. En el aeropuerto. Tendrías que haber aprovechado para pegarme un tiro. No deberías haberme dejado regresar a mi territorio. Eso fue una gran equivocación.

English sacudió la cabeza.

—¿Me viste? Joder.

—No es para tanto. Llevo casi una década guardándome las espaldas. Pocas cosas se me pasan por alto.

—¿Y luego en la ciudad?

—Te vimos en la medina. Teníamos cámaras en las calles aledañas al riad. De hecho, mi hija ha estado siguiéndote.

—No la he visto.

—No, porque ella también es muy buena y era poco probable que buscaras a una niña. — Beatrix cambió de postura sin mover la pistola—. Pero ahora todo eso ya no importa, ¿verdad? Y después de ti, solo queda uno.

—Con él será muy distinto.

—No, no lo será.

—No tienes ni idea, Rose. No lo encontrarás.

—He dado con los demás, ¿no? Haré lo mismo con él.

—No, te equivocas —insistió English—. Sabe que le interesas más que el resto de nosotros. Está paranoico. Le has metido el miedo en el cuerpo. Se cuidará mucho de que puedas dar con él.

—Eso importaría si tuviera algo que perder, pero no es así.

—Claro que lo tienes, ¿y tu hija?

Fue como si la mención de la chica provocara la tos violenta y prolongada que sacudió el cuerpo de Beatrix durante diez segundos eternos. Se inclinó hacia delante y tuvo arcadas, y cuando terminó, escupió una flema de sangre carmesí en la arena. Se mantuvo en esa postura un momento, como si reuniera fuerzas.

English la miraba y esperaba.

—Joder, ¿qué te pasa?

—Tengo cáncer —contestó ella.

—¿¿Qué?!

—En fase avanzada. No me queda mucho. —Volvió a toser, aunque el charco rojo que se coagulaba en la arena hacía innecesario el énfasis añadido. La tos adoptó una sonoridad distinta y, al cabo de un momento, English comprendió que Beatrix estaba riendo—. Es gracioso. Solo teníais que haber esperado un par de meses más y habría dejado de ser un problema para vosotros.

Tosió de nuevo. Su garganta producía un sonido húmedo y áspero.

—Entonces ¿quieres cargar con esto sobre tu conciencia?

Beatrix se echó a reír.

—Por favor...

English tensó los brazos tratando de deshacerse de las bridas.

—Tu viaje acaba aquí, Número Nueve —anunció Beatrix.

Las bridas aguantaron; además, aunque hubiera podido liberarse, ella tenía una pistola y él no.

Puede que estuviera débil y enferma, pero ella seguía siendo Número Uno y él había comprobado en sus propias carnes que aún era letal.

—Venga ya, podría ayudarte —probó English.

Beatrix negó con la cabeza.

—¿Qué tienes que ofrecerme?

—Podría decirte dónde encontrarlo.

—Eso lo averiguaré de todas maneras. —Guardó silencio un instante—. No voy a decirte que te perdonaré la vida, porque eso es imposible. Pero si cooperas estos últimos cinco minutos de vida que te quedan, te prometo que será rápido.

English exhaló un largo suspiro. No había nada que hacer. Un fatalismo sombrío se apoderó de él. Sabía que no había negociación posible y, consciente de ello, ¿qué ganaba prolongando lo inevitable? Además, no le debía nada a Control. De hecho, podría decirse que estaba con la mierda hasta el cuello por culpa de sus tejemanejes. Todos habían participado, y el talento de Control los había hecho ricos, pero de no ser por su talento y su codicia, ninguno de ellos habría acudido a aquella casa del este de Londres aquella tarde de hacía una década. El marido de Rose no habría muerto, no le habrían arrebatado a su hija y quizá ella no los habría exterminado con el fuego abrasador de su venganza.

—De acuerdo —accedió—, te ayudaré.

—¿Por qué?

—Hemos caído cinco de nosotros... o estamos a punto. ¿Por qué tendría que librarse él? Puede que tengas razón. No eludo mi parte de culpa, ni tampoco pretendo esquivar lo que me merezco. Tienes motivos sobrados para hacer lo haces. Tú mereces vengarte y nosotros merecemos morir.

—Te escucho.

—Manage Risk posee unas instalaciones en Carolina del Norte. Lo llamamos El Refugio. Son enormes, gigantescas, en medio del pantano. El lugar está fuertemente custodiado. Tienen un montón de hombres y equipo. Minas, sensores de movimiento, cámaras. Sé que eres buena, pero aun estando al cien por cien sería una misión casi imposible, y es obvio que no lo estás. No lo conseguirías jamás.

—¿Y bien? ¿Qué sugieres?

—Que sea él quien acuda a ti.

—¿Cómo?

—Tiene hijos.



BEATRIX DEVOLVIÓ la pistola a la funda y cerró la correa de retención mientras regresaba al Jeep con paso apresurado. Había cumplido su palabra.

Un solo disparo en la nuca.

Dejó el cuerpo sobre la arena. Los zorros del desierto y los buitres se encargarían de hacerlo desaparecer.

Había sido útil. Tendría que cotejar la información, por descontado, pero no tenía motivos para mentirle.

Si English estaba en lo cierto, les aguardaba un viaje.

Irían a Carolina del Norte, pero primero harían una parada en el camino.

Siempre había querido visitar Nueva York con Isabella antes de morir.

Y ahora se le presentaba la oportunidad.

El Halcón Dos, el segundo Black Hawk modificado que había participado en la malograda operación, llevaba a bordo varios operativos adicionales de Manage Risk. El helicóptero había aterrizado en el desierto y cuatro de los hombres que transportaba desembarcaron tan pronto como les comunicaron que la misión era un fracaso. El Halcón Dos había esperado el tiempo que necesitó el Halcón Uno para regresar y repostar junto al estruendoso camión cisterna que había llegado con anterioridad. Ambos pájaros habían vuelto a despegar con rumbo a Argelia.

Los cuatro hombres no se habían quedado a ver las maniobras. Tenían órdenes que cumplir y habían partido de inmediato hacia la ciudad, a cuya medina llegaron con el alba.

Su misión consistía en minimizar daños.

Operación de respuesta rápida.

Refuerzos.

Lo que se necesitara.

Los hombres entraron en coche en la medina y se abrieron paso con cuidado hasta el riad. Mantuvieron la propiedad vigilada todo el día. Encontraron una posición ventajosa en la azotea de un edificio colindante; irrumpieron dentro y mataron al dueño cuando les invitó a que abandonaran su propiedad. Habían estado tostándose al sol toda la mañana y la tarde, vigilando con discreción mientras la policía acudía a investigar los restos humeantes de la azotea y descubría varios rincones dañados por explosiones, que debían de ser los puntos donde estaban colocadas las minas Claymore que habían eliminado a la mitad de los asaltantes.

El hombre llegó más tarde. Lo reconocieron de la sesión informativa previa a la misión: cabello canoso, enjuto y obviamente en forma. Exsoldado, según habían leído; varios años de servicio en el ejército marroquí. Lo habían herido, eso también era evidente: se movía con cuidado, ayudándose cuanto podía del brazo izquierdo. La policía habló con él largo y tendido y los hombres temieron que lo detuvieran para continuar el interrogatorio.

Pero no se lo llevaron.

Eso era bueno.

Lo acompañaba una mujer. A ella también le hicieron preguntas.

Esperaron a que la policía se hubiera ido y luego descendieron a los sinuosos callejones que se abrían paso entre los edificios de esa parte de la ciudad. Tomaron posiciones discretas en el extremo del que conducía al riad desde donde disfrutaban de una buena visión y contarían con tiempo suficiente para reaccionar si alguien se les aproximaba.

Uno de ellos fue a buscar el monovolumen que habían utilizado para entrar en la ciudad y lo aparcó cerca.

Esperaron.

El hombre y la mujer salieron del riad poco después de que el atardecer hubiera cubierto con su manto el sol abrasador. La pareja se detuvo un momento delante de la puerta, intercambiaron unas palabras y luego se dirigieron hacia el primer equipo compuesto por dos hombres.

El segundo equipo abandonó con sigilo el lugar donde se resguardaban y los siguieron, con las manos sobre las culatas de las pistolas semiautomáticas que ocultaban en sus fundas, debajo de las chaquetas.

Los hombres pertenecían a las fuerzas especiales: un SAS, dos Delta y un Mossad. Todos estaban entrenados en sustraer objetivos de la calle. Eran buenos, también cuidadosos.

Ignoraban qué había propiciado el fracaso de la misión, pero a ellos no iba a ocurrirles lo mismo que a los hombres del Halcón Uno.

Intercambiaron una señal muda.

La mujer iba ligeramente detrás del hombre. El operativo a su derecha le colocó la pistola en las costillas y le tapó la boca con la mano.

El hombre iba delante y no se percató de lo que había sucedido con su esposa. El primer equipo esperó hasta que los alcanzó y cayeron sobre él: lo asieron por los brazos y lo obligaron a continuar caminando.

El coche enfiló la calle marcha atrás a toda velocidad, con la puerta trasera levantada del todo.

Arrojaron al hombre sobre el asiento trasero.

Empujaron a la mujer al interior.

Los tres hombres subieron a continuación; el último cerró de un portazo detrás de él.

—Arranca —le espetó al conductor.

Este levantó el pie del freno y pisó a fondo el acelerador. El vehículo saltó a la carretera con una sacudida.

Varios viandantes habían presenciado lo ocurrido y seguían allí, intercambiando miradas y expresiones confusas. Todo había sucedido en menos de quince minutos.

Era lo que se tardaba en hacer desaparecer a un hombre y a una mujer.

El hombre al que llamaban Control estaba en la barandilla del gran superyate contemplando la costa norte de Marruecos. El yate llevaba el nombre de *Mary Jane* por la madre del presidente de Manage Risk, y había costado algo más de cien millones de dólares cuando se lo compraron a un oligarca ruso que había caído en desgracia. Era sobre todo un capricho vanidoso de la empresa, pero también una forma útil de reducir los impuestos que debían después de un año especialmente lucrativo. Casi siempre se utilizaba para dar muestras de hospitalidad, pero en algunas ocasiones, como esa, servía también de centro de mando y control móvil, uno muy lujoso.

El yate era un monstruo de noventa metros de eslora equipado con pista para helicóptero, dos piscinas, una discoteca y un cine. El puente estaba revestido de paneles acorazados, tenía ventanas protegidas con cristal blindado y contaba con su propio sistema de defensa antimisiles. Todo estaba immaculado. La cubierta se fregaba dos veces al día y los metales se pulían hasta que brillaban. Llevaba a bordo una tripulación de cuarenta hombres, casi todos con experiencia en distintas marinas del mundo, algunos de ellos incluso en las fuerzas especiales. Hasta el personal de cocina era militar. El capitán había comandado un portaaviones para la Marina de Estados Unidos antes de que Manage Risk le ofreciera doblarle el sueldo.

El día había sido abrasador; Control vestía unos pantalones blancos de lino y una camisa holgada para intentar mantenerse fresco.

Un camarero salió de la barra de bar y se le acercó. Iba impecablemente vestido con el uniforme azul marino del barco y en la solapa llevaba un pin con los *gladius* cruzados del emblema de Manage Risk. Sostenía una bandeja de plata con un vaso encima.

—Su copa, señor —dijo.

Control alcanzó el gin-tonic que le ofrecía y tomó un sorbo. Era de Hendricks, su ginebra preferida. Después miró por encima de la extensión de agua hacia las luces de la ciudad de Safí. Salpicaban el anochecer delineando el contorno de una gran bahía en forma de media luna mientras las luces piloto de barcos más pequeños se movían de aquí para allá cerca de la orilla. El puerto contaba con una refinería y una terminal de carbón y fosfatos, y también se veían obras, señal de que estaban ampliando las instalaciones.

—¿Desea algo más, señor? —preguntó el camarero.

—No —respondió Control—. Gracias.

Vio cómo las luces del helicóptero se separaban del brillo de la ciudad y salían disparadas sobre el mar, acercándose a ellos. Era un Eurocopter EC155, una aeronave de transporte de pasajeros de largo alcance que operaba desde el yate. Lo había ido a buscar a él mismo al aeropuerto algo antes, y después, hacía una hora, lo había visto despegar otra vez camino de una

parcela de tierra tranquila junto a la carretera R206, al oeste de Ben Guerir, a poca distancia al noroeste de Marrakech. Allí había aterrizado el tiempo justo para subir a bordo a otros seis pasajeros antes de despegar de nuevo y regresar al yate.

Poco antes todo estaba en silencio; el único sonido era el de las olas que lamían el casco y el tintineo de los cubitos de hielo en su vaso. El repiqueteo de las palas del helicóptero rompió esa paz y anunció el inicio de una tarea que no le resultaba especialmente agradable.

Control vio acercarse el helicóptero y cómo el piloto, antiguo miembro de la RAF, aterrizaba con movimiento experto en la plataforma. Los motores redujeron la marcha y los rotores fueron deteniéndose poco a poco.

No, pensó, no le resultaba agradable, pero algunas cosas eran necesarias. Podría haber mandado a alguien a hacerle el trabajo sucio, pero nadie se encargaría de ello tan bien como él mismo. Su propio interés exigía ocuparse en persona del asunto.

Estaba jugando una partida muy arriesgada y no era de los que tomaban atajos.

La puerta del helicóptero se deslizó para abrirse y el equipo del secuestro bajó de él. Los dos últimos llevaban consigo al hombre y a la mujer. Los habían esposado y les habían puesto unas bolsas de tela negra en la cabeza. Los sacaron de la plataforma del helicóptero a empujones y los hicieron bajar por una escalera que llevaba al interior del yate.

Control apuró la copa, dejó el vaso en la barandilla y bajó también.



HABÍAN METIDO a los rehenes en un gran almacén vacío, dos plantas por debajo de la cubierta. Ese nivel no gozaba del lujo de los superiores. Albergaba la cocina, la cantina de la tripulación y la sala de máquinas, entre otras cosas. Esa sala en concreto se usaba como calabozo cuando ocasiones como esa lo requerían. Las paredes estaban desnudas, el suelo era de madera barnizada y el único mobiliario consistía en un par de sencillas sillas metálicas donde sentaron al hombre y a la mujer, y otra, vacía, que habían dejado para Control.

Dos soldados aguardaban de pie detrás de la pareja. Control asintió con la cabeza y les quitaron las bolsas.

Los observó a ambos. Eran los socios de Beatrix en Marrakech. El hombre se llamaba Mohamed Elbaz. Tenía sesenta y tantos años y una espesa mata de pelo gris veteado de blanco que llevaba todo peinado hacia atrás. Su barba era plateada, tenía marcadas arrugas en la piel cuarteada y unos ojos suaves, profundos, marrón chocolate. La mujer era su esposa, Fátima Elbaz, tenía más o menos su misma edad, era algo regordeta y sostenía unas gafas rotas entre los dedos. Levantó las manos esposadas y las colocó a la altura de la cabeza para empujar las patillas detrás de las orejas. Los ojos del hombre estaban tranquilos, miraban de un lado a otro para evaluarlo todo. Los de ella estaban llenos de fuego y odio. Control se acercó y se detuvo frente al hombre.

—¿Sabe quién soy, señor Elbaz?

—No.

—Puede llamarme Control, y por lo que a usted respecta soy la peor noticia que ha tenido nunca. Soy el hombre al que quiere matar esa puta asesina que ha estado cobijando. Seguro que me habrá mencionado, ¿o no?

—No sé de qué me habla. ¿A quién he cobijado?

Control arrastró la silla sobrante y se sentó a su lado.

—Vamos a tener una pequeña sesión de preguntas y respuestas. Yo voy a hacer las preguntas y ustedes las van a responder. Seguro que ya lo había deducido por sí mismo, pero les interesa

darme respuestas que sean veraces.

—No sé cómo puedo ayudarle.

—Tengo entendido que fue usted militar, Mohamed.

El hombre levantó la barbilla.

—Así es.

—Igual que yo. De manera que comprenderá lo que significa la obediencia. Tener la sensatez de responder las preguntas de tus superiores y ser consciente de que la disciplina es una medida necesaria cuando alguien desobedece. Por lo que a mí respecta, fingir ignorancia es lo mismo que desobedecer. No se lo recomiendo.

Sacó el paquete de Marlboro que había comprado en el aeropuerto; abrió la parte superior, rasgó el papel de aluminio, entresacó un cigarrillo y se lo ofreció a Mohamed.

—No.

Control se encogió de hombros, se puso el pitillo entre los labios y lo encendió.

—Su amiga está en guerra conmigo, Mohamed, pero no por ello tiene usted que seguirla. Le imploro que no lo haga. Sería muy poco sensato.

—No sé de qué está hablando.

—Hay formas de hacer que la gente hable, estoy seguro de que usted conoce muchísimas. Soy un estudioso de la historia militar. Debe saber, por ejemplo, que las tropas auxiliares marroquíes cometieron miles de violaciones en el sur de Italia durante la Segunda Guerra Mundial. Lo usaron como medio para asegurarse la docilidad de la población. Lo que intento decir es que, cuando servimos a un objetivo superior, todos hacemos cosas que preferiríamos no hacer. Y lo que yo pretendo con su amiga entra sin duda alguna en la categoría de objetivo superior. —Se enrolló la manga derecha de la camisa con mucha lentitud y mucha parsimonia—. Bueno —dijo mientras hacía lo propio con la izquierda—, pues dígame: ¿adónde ha ido?

—¿Quién?

Control asintió en dirección al hombretón de su izquierda. Este se acercó a Mohamed y descargó un contundente puñetazo en su cara que le dobló la cabeza hacia atrás, de tal forma que la coronilla le golpeó contra el reposacabezas de la silla. Mohamed parpadeó al sentir el dolor repentino, y las lágrimas ya asomaban en sus ojos.

—Lo sé, duele. Pero debe saber que esto es lo más agradable que se va a poner la conversación. Mis hombres han hablado con sus vecinos, Mohamed. Después del despliegue de fuegos artificiales que ha montado su amiga, de las explosiones y el ruido, estaban asustados. Se han mostrado encantados de contarnos todo lo que necesitábamos saber. Sé que vivían allí. Ella, su hija, usted, su mujer.

Mohamed lo fulminó con la mirada a través de una cortina de lágrimas.

—¿Dónde está?

—No lo sé.

—¿Está seguro de eso, Mohamed? ¿Está del todo seguro?

—¿Por qué iba a decírmelo? No lo sé. No importa lo que gente como usted me haga. No se lo puedo decir.

—No le creo, Mohamed, pero voy a suponer que ella no le contó todo sobre su historia conmigo. Permítame ofrecerle la imagen completa. Solíamos trabajar juntos, yo era su oficial de mando. Ella hacía cosas para mí, y era muy buena en su trabajo. Por desgracia para todos, metió las narices en mis negocios y eso es algo que no puedo tolerar. Me temo que decidí que la única forma de protegerme, a mí y a mi familia, era matarla. Pero me avergüenza decir que lo que debería haber sido una operación sencilla se convirtió en una chapuza, y ella logró escapar. Tuvo

la sensatez de no cruzarse conmigo durante casi diez años, pero entonces, el año pasado, apareció de nuevo. Y ahora podría decirse que me la encuentro hasta en la sopa. Contando al idiota inútil que ha intentado matarla en su riad, y a quien ahora debo suponer muerto, ha eliminado a cinco de mis socios, y sé que yo soy su objetivo final. Así pues, teniendo en cuenta todo eso, comprenderá por qué estoy tan empeñado en encontrarla antes de que ella me encuentre a mí.

—Yo no sé nada de eso.

Control sacó la pistola de la funda.

—Mi guerra fue la de Irlanda —dijo mientras extraía el cargador y lo comprobaba—. Contra el IRA. Unos cabrones depravados, Mohamed. Tenían muchísimas formas de disciplinar a todo el que, en su opinión, estaba en desacuerdo con ellos. Formas de mantener el orden en sus comunidades. Te apaleaban con bates de béisbol, sticks de *hurley* o porras llenas de clavos. Sin embargo, lo que más les gustaba era disparar a las rodillas. No era solo lo mucho que dolía, aunque eso ya era terrible; tampoco la incapacitación. Era una marca física de que la víctima se había ganado su descontento. Un claro sello de autoridad, bastante similar a la cárcel, una señal visible de castigo. —Introdujo el cargador en la recámara—. Existían variantes. Estaba el «Padre Pío», con el que te metían una bala en cada mano; el «pack de seis», con el que te metían un tiro en cada rodilla, tobillo y muslo, y estaba el «cara o cruz», un disparo en la base de la columna, como si lanzasen una moneda al aire para ver si te quedabas paralítico o no. Pero su método preferido era el tiro en las rodillas.

Levantó el arma. Sonrió a Mohamed, pero no le apuntó.

Dio un paso hacia la derecha y apretó el cañón contra la rodilla derecha de Fátima.

—¡No! —gritó Mohamed.

—De verdad que esto no me produce ningún placer —dijo Control.

—¡No!

Disparó una vez, la bala se introdujo con un ruido sordo en la articulación de la mujer y se la destrozó, pulverizó la carne, el cartílago y el hueso. Ella chilló, un sonido estridente y primitivo que resonó por toda la sala.

—Mierda... —dijo Control mientras miraba con desdén las salpicaduras de sangre que le habían saltado a la parte de la manga sin enrollar, sobre su bíceps—. Mire esto. —Sacó un pañuelo del bolsillo e intentó limpiarse, pero las pocas pasadas que dio con él solo consiguieron extender más la sangre—. Qué asco.

Fátima gemía.

—Por favor —suplicó Mohamed.

—Otra vez. ¿Dónde está Beatrix?

Mohamed lo miró alzando la vista; tenía el rostro retorcido por la angustia.

—Juro que no lo sé.

Control puso la pistola contra la otra rodilla de Fátima y, sin aviso de ningún tipo, apretó el gatillo una segunda vez.

La pistola resonó y la bala se hundió en la rodilla de la mujer, que volvió a gritar.

—Por favor —imploró Mohamed con una voz aguda y atiplada—. Le juro que no lo sé. Lo juro.

—Otra pregunta, entonces. Nos hemos fijado en que se la ve debilitada. Está más delgada que hace diez años, parece sufrir dolor. ¿Qué le ocurre?

—Está enferma.

—¿Cáncer? Los médicos con los que hemos consultado creen que es posible. ¿Es eso lo que le pasa?

Mohamed mascullo algo en voz demasiado baja para que se oyera.

—¿Tiene cáncer?

—Sí —murmuró.

—¿Cómo de avanzado?

—Mucho...

—¿Terminal?

—Sí.

—¿Cuánto tiempo le queda?

—Meses. Semanas. No lo sé.

—¿Quién es su médico, Mohamed?

Murmuró un nombre y, cuando Control se lo pidió, una dirección.

—Muy bien, Mohamed. Tengo la sensación de que por fin estamos llegando a alguna parte.

—Por favor. Es todo lo que sé.

—Lo dudo, Mohamed. ¿Está sola?

—Sola —respondió, pronunciando la palabra con los dientes apretados.

—¿Está seguro? No parece seguro.

—Sola —susurró de nuevo.

—¿Y su hija? También vivía allí, ¿verdad? ¿Dónde está ahora?

—La ha enviado a algún sitio. Tiene familia en Inglaterra. Cuando se enteró de que usted había salido del país, supo que allí estaría más segura.

Control lo miró con escepticismo. Suponía que eso era factible. Sabía que la chica tenía abuelos, Milton le había ordenado que se la entregara a ellos. No costaría nada confirmarlo.

—¿Sabe una cosa, Mohamed? Sé que me está engañando. Lo sé y tengo formas de comprobarlo. Podría ordenar que lo llevaran a algún sitio donde tuviéramos el equipo necesario. Podría hacerlos desaparecer a su mujer y a usted en un agujero negro donde nadie volvería a oír hablar de ustedes. Pero no me hace falta llegar a tanto. He trabajado muchos años en los servicios secretos y he interrogado a cientos de hombres. Usted es fuerte, pero he quebrado a hombres más fuertes aún. He doblegado a republicanos irlandeses que habrían preferido matar a su propia madre antes que darme la información que quería de ellos, y he llegado a ser muy bueno descubriendo cuándo me están mintiendo. Sé cuándo retienen información que quiero. Usted es bueno, pero habría que ser un mentiroso de primera para ocultar ciertas señales, y usted, Mohamed, no es un mentiroso de primera. Sabe más de lo que me ha dicho. Sé que sabe más, y será mejor que empiece a contármelo antes de que yo empiece a hacerles a su mujer y a usted cosas que convertirán sus últimos momentos en este mundo en una puta tortura.

El hombre miró a su mujer y algo ocurrió entre ambos. ¿Una decisión compartida?

Cuando volvió a mirar a Control, el fuego de sus ojos se había reavivado.

—¿Qué? —preguntó Control.

—¿Podría darme uno de esos cigarrillos?

Control sacó el paquete y le ofreció uno. Mohamed lo aceptó, se lo puso entre los labios y dejó que Control se lo encendiera. Dio una calada, profunda y larga, ladeó un poco la cabeza y exhaló una larga columna de humo hacia el techo.

Miró alrededor y señaló la puerta.

—¿Cree que está seguro aquí? —dijo—. ¿En este barco? ¿Cree que esto le protegerá de Beatrix?

—Me siento bastante seguro, Mohamed.

—Entonces ¿por qué parece tan asustado? —No apartó la mirada de él—. Quiere saber dónde

está. Yo no sé dónde está, pero sí dónde estará.

Los dos guardias dejaron lo que estaban haciendo y miraron a Mohamed.

—¿Es eso cierto? —preguntó Control.

Los ojos de Mohamed resplandecieron.

—Lo sé sin lugar a dudas. Estará dondequiera que esté usted. Adonde vaya, adonde huya, allí donde intente esconderse. Allí estará ella. Lo encontrará, señor, y un día, puede que cuando se esté despertando, la tendrá ahí. A los pies de su cama con uno de sus cuchillos.

Control lo fulminó con la mirada, consciente de que el hombre tenía razón. Sí, estaba asustado. Y también furioso consigo mismo por ello.

—Verá, Mohamed —dijo mientras apretaba la mano sobre la pistola—. No he tenido que matar a nadie en persona desde 1989. Me resulta desagradable, si le soy sincero. Es mucho mejor ordenar a alguien que lo haga, pero ahora, hoy, voy a hacer una excepción.

Disparó una sola vez, casi a bocajarro, y la bala penetró en la frente del hombre, justo entre sus ojos. Luego se volvió hacia la mujer, que le escupió en toda la cara, y el fulgor de su mirada no se apagó hasta que también le disparó a ella.

Control se limpió la saliva de la frente.

—Lanzadlos por la borda —ordenó.

Beatrix sabía que esa sería la última vez que vería Londres. Había reservado una habitación doble en el Claridge's, un hotel tan caro y ostentoso que, por lo general, no lo habría tenido en cuenta, pero dadas las circunstancias, no lo consideraba tan excesivo.

Había valido la pena solo por la cara de entusiasmo infantil de Isabella al contemplar el lujo del que iba a rodearse.

Se había puesto a dar botes en la cama. Apenas unos minutos en los que Beatrix había atisbado más allá de la dura coraza que la chica había creado para protegerse de las penalidades que habían acompañado su infancia. Había visto a la niña inocente que se ocultaba debajo. Tenía trece años y era más madura de lo que correspondía a su edad, pero su auténtica naturaleza no distaba mucho de la superficie, lo que enterneció a Beatrix.

Llamaron al servicio de habitaciones y comieron en la cama de Beatrix mientras veían cualquier cosa en la enorme pantalla LCD de la cómoda.

—Bueno, ¿qué te gustaría hacer mañana? —le preguntó a su hija cuando terminaron de cenar.

—No lo sé... Podríamos ir a ver los sitios famosos, ¿no? Como el palacio de Buckingham. Nunca he ido.

—Puede estar bien.

—¿Cuánto tiempo nos quedaremos aquí?

—Solo unos días —contestó Beatrix, y añadió, anticipándose a las protestas de su hija—: Pero veremos todo lo que podamos. Además, tampoco es que vayamos a volver directas a casa, ¿no? Seguro que nos lo pasaremos igual de bien en Nueva York.

—Supongo que sí —admitió Isabella, animándose.

Beatrix consultó la hora. Aún no eran las ocho.

—Tengo que bajar a hablar con alguien —dijo.

Isabella la miró asustada.

—¿Con quién?

—No te preocupes. Aquí no hay nada que temer. No saben dónde estamos. Y se trata de un amigo.

—¿Quién?

—¿Recuerdas al señor Pope?

—Sí, el que fue a visitarnos —dijo Isabella.

—Exacto. Tengo que verlo, solo será un momentito.

—¿Para qué?

—He de hablar con él sobre lo que vamos a hacer.

—Vale —claudicó Isabella.

—Quiero que te quedes aquí —le indicó Beatrix—. ¿Te parece bien?
La chica asintió.



BAJÓ en ascensor hasta el vestíbulo, una sala opulenta y magníficamente amueblada en la que no habían reparado en gastos. Beatrix calzaba unas zapatillas de deporte y llevaba puestos unos vaqueros y una camiseta blanca; por un momento se sintió fuera de lugar, aunque por poco tiempo. Se había alojado en lugares similares por todo el mundo y jamás le había prestado atención a cuestiones de estatus o clase. Había visto morir a mucha gente, muchos por su propia mano, y la experiencia le había enseñado que el dinero y el poder no importaban, eran mera parafernalia, irrelevantes a la hora de la verdad. Había acabado con oligarcas rusos, señores de la guerra talibanes y simples reclutas. Todos morían igual.

Michael Pope la esperaba en el vestíbulo.

—Hola, Pope.

—Joder, Beatrix, menudo aspecto.

—He tenido mejores momentos —contestó ella con una débil sonrisa.

—¿Has ido...?

—¿Que si he ido al médico? Creo que ya es un poco tarde, ¿no crees?

—Pero...

—Aún puedo hacer lo que hay que hacer —lo interrumpió—. Cuando todo haya acabado, pararé. Pero no antes. Deja de mirarme así. ¿Tengo pinta de querer dar lástima?

—No.

—Bueno, ¿te apetece tomar algo?

—Claro —contestó, y empezó a caminar hacia el bar.

Pope le preguntó qué quería. Beatrix dijo que un whisky, con hielo, y cruzó la estancia en dirección a una de las mesas vacías del fondo. La preocupación de Pope era sincera, lo sabía, pero no necesitaba su compasión. Ni le quedaban energías. Disponía de una reserva limitada y si iba a hacer lo que había que hacer, debía administrarlas con sumo cuidado.

Tomó asiento y observó a Pope mientras pedía. Era alto y musculoso, tenía la constitución de un soldado, pero lo distinguía la viva inteligencia que brillaba en sus ojos. Beatrix había dejado el Grupo cuando a él lo seleccionaron de entre las filas del SAS, pero todo lo que había oído posteriormente sobre él había sido positivo. John Milton tenía muy buena opinión de él y eso era recomendación suficiente.

—Aquí tienes —anunció Pope mientras dejaba el vaso en la mesa, delante de ella.

Beatrix lo levantó.

—Salud —dijo Pope.

Beatrix entrecrocó el vaso con el suyo y bebió un trago.

—He oído que la mujer de Bryan Duffy está armando mucho jaleo con lo que ocurrió —comentó el británico.

—No importa.

—Jamás habría dicho que dejarías un cabo suelto.

—Ella no tenía nada que ver con el asunto —contestó Beatrix—. Y no soy un animal.

—¿Sabes que Manage Risk envió investigadores a charlar con ella? Estoy seguro de que le sacaron lo que quisieron.

—Habría dado lo mismo. No estás al día, Pope. Connor English me vio durante la exfiltración.

Fueron a por mí en Marrakech.

—¿Fueron a por ti? ¿Qué significa eso?

—Un Black Hawk y diez hombres.

—¿Un Black Hawk?!

—Sí, uno bastante sofisticado. Más silencioso de lo habitual. Da igual, quería que me encontraran. Dejé que me siguieran desde Basora y contaba con que tratarían de eliminarme. Preparamos la casa. No ha quedado mucho en pie, pero hizo su servicio.

—Joder. Tienen que estar desesperados.

—Yo lo estaría si fuera ellos. Ahora solo queda uno.

—¿English también participó?

—Sí, pero murió. Aunque antes resultó útil.

—¿Qué te contó?

—Lo que necesito saber.

—Por ejemplo, ¿dónde encontrar a Control? —Beatrix asintió—. ¿Dónde?

—Está en Estados Unidos. La compañía dispone de unas instalaciones allí.

—Lo sé. Hemos tenido un par de tipos amables trabajando una temporada para nosotros en ese lugar. Aunque no sabía que él se encontrase allí.

—Tratando de pasar inadvertido.

—¿Tú no lo harías?

Los labios de Beatrix se curvaron en una leve sonrisa.

Ambos bebieron un trago y guardaron silencio.

—¿Querías algo? —preguntó Pope al cabo de un momento.

—Solo darte las gracias. Has sido de gran ayuda, y no solo en Basora. Algo me dice que has ido más lejos de lo que deberías.

Esa vez fue Pope quien sonrió.

—Un poco.

—No tenías que hacerlo.

—Sí, sí que tenía —repuso Pope—. Puede decirse que me tenías contra las cuerdas, ¿no crees?

Beatrix esbozó una sonrisa.

—Lo sé. —Tuvo un acceso de tos, severo y repentino, que tardó en remitir—. Estoy bien —aseguró, tratando de restar importancia a la cara de preocupación de él.

Pope aguardó un momento, y entonces, despacio y en tono cauto, dudando de si lo que iba a decir podría molestarla, preguntó:

—¿Cuánto te queda?

—Me dijeron que un año, pero eso fue hace un año. La quimio dejó de funcionar hace un par de ciclos. Creo que ahora solo cabrea al cáncer. No vale la pena seguir intentándolo.

—¿No pueden hacer nada?

—No, así que es probable que ya no me quede mucho —admitió—. Pero será suficiente.

—¿Qué puedo hacer para echarte una mano?

—Solo una cosa. Si algo sale mal, si no puedo hacer lo que debo, quiero que hagas algo por mí.

—¿Qué?

—Mi hija tiene trece años. Quiero que te encargues de que desaparezca. Hay que borrar todo lo que haya sobre ella. Ni certificado de nacimiento, ni registros del tiempo que pasó con las familias de acogida; en los archivos del Grupo no debe quedar nada de nada. La muerte de

Control debería poner fin a todo. Yo también habré muerto. Pero fui tras mucha gente cuando trabajaba para él, maté a personas, y algunas tienen familiares con mucha memoria. Si alguien descubre que tenía una hija, Isabella estará en peligro. Quiero que te asegures de que eso no ocurra.

—No hay problema. ¿Adónde irá? Cuando... ya sabes.

—Es mejor que no te lo diga. Cuanta menos gente lo sepa, mejor.

—De acuerdo. Haré lo que pueda.

Beatrix apuró la copa y se levantó para irse. El esfuerzo resultó doloroso y fue incapaz de disimular una mueca de malestar.

—¿Estás segura de que no puedo...?

—Estoy bien, Pope. De verdad. Encargarte de que Isabella sea invisible cuando yo no esté es más que suficiente.

Él también se levantó.

—Lo digo en serio —insistió Beatrix—, te agradezco lo que has hecho por mí. Sin tu ayuda habría sido más difícil.

—Habrías encontrado la manera de hacerlo.

—Quizá, pero tal vez no habría tenido tiempo.

Pope le tendió la mano y ella se la estrechó.

—No volveré a verte, ¿verdad?

—Adiós, Pope.

—Adiós, Beatrix. Buena suerte.



ISABELLA ESTABA DORMIDA cuando Beatrix regresó a la habitación. Se acercó a la cama, la arropó con la colcha y le apartó el pelo rubio de la cara. Se sentó en el borde un par de minutos, contemplando cómo subía y bajaba suavemente su pecho, atenta al tranquilo susurro de su respiración. Pensó en el último año, el tiempo que habían podido pasar juntas. Un regalo que nunca hubiera esperado recibir.

La tos llegó casi sin avisar. El primer acceso fue bronco, húmedo y áspero, como si tuviera líquido en los pulmones y fuera incapaz de sacarlo. Se levantó de la cama y se precipitó al cuarto de baño, aunque no lo bastante deprisa para adelantarse al segundo acceso. Cerró la puerta y abrió el grifo de la ducha para tratar de disimular el jaleo, luego se inclinó sobre el váter y tosió sin parar, cada vez con mayor virulencia, hasta que temió que fueran a salirse los pulmones. Tenía la boca llena de un fluido cálido con sabor a cobre y, con los ojos cerrados, lo escupió en la taza.

Cuando se atrevió a abrirlos, vio serpentinas de sangre de un escarlata oscuro arremolinándose sobre la porcelana blanca y reluciente.

Un velo oscuro empezó a nublar los límites de su visión.

Boqueó en busca de aire, tratando de adelantarse a la oscuridad, pero la invadía más rápido de lo que podía hacerle frente. Se soltó del borde de la taza y fijó la mano izquierda sobre las frías baldosas para sostenerse en pie. Sintió que las fuerzas la abandonaban y el mareo la arrastraba hacia un pozo de aguas turbulentas en las que finalmente cayó. La negrura la arrolló en una marea incesante.

Control observaba desde la parte trasera del sedán blindado mientras el conductor, un antiguo Navy SEAL, se desviaba de la carretera principal que conducía a Chesapeake y enfilaba el camino de acceso que se adentraba en el Great Dismal Swamp, donde Manage Risk tenía sus instalaciones. La compañía había adquirido una vasta extensión del pantano hacía diez años. La tierra era barata porque apenas valía para nada; sin embargo, resultaba idónea para el uso que pretendía darle la empresa. Además de las hectáreas que podían dedicar a campos de pruebas y entrenamiento, la zona de pantanos sobre todo les ofrecía aislamiento y seguridad. La naturaleza del trabajo que realizaba Manage Risk convertía a la compañía en un objetivo prioritario de los gobiernos y las organizaciones terroristas, que habrían agradecido la oportunidad de acabar con ellos. El pantano, y el amplio cordón defensivo que ofrecía, impedían cualquier ataque efectivo desde tierra. Por supuesto, contaban con enemigos que disponían de los medios para llevarlo a cabo desde el aire, pero cuando el sedán pasó junto a una batería de misiles tierra-aire MIM-104 Patriot, Control comprendió que también habían cubierto esa contingencia.

Las instalaciones recibían el nombre de El Refugio, y las tierras circundantes, El Terreno. Estas últimas comprendían varios campos de tiro, un tramo de casi un kilómetro en el que habían dispuesto cabañas y edificios para simular un entorno urbano, un lago artificial y dos circuitos de pruebas de conducción. Eran las instalaciones de instrucción de gestión privada más grandes del mundo. Esa mañana, de camino al edificio principal, Control miró por la ventanilla del coche y vio cómo testaban dos grandes Grizzly APC, que avanzaban penosamente por terrenos pantanosos sin drenar, salpicando tras de sí parábolas de agua y barro. Los grandes motores rugían y producían tal estruendo que alcanzaban a oírse desde la parte trasera del vehículo.

Ya cerca de El Refugio, llegaron frente a una valla electrificada de tres metros y medio de alto. Los guardias de la garita los observaron con atención mientras se colgaban los M-16 al hombro. El sedán se detuvo y el conductor bajó la ventanilla.

Uno de los guardias se acercó.

—Buenos días.

El conductor le mostró su identificación.

El hombre pasó un escáner de código de barras sobre el documento, esperó a que se encendiera la luz verde, que indicaba su validez, y se lo devolvió.

—Adelante —dijo.

Control se frotó los ojos. Estaba cansado. Lo habían trasladado en helicóptero desde el *Mary Jane* y en Marrakech había embarcado en un Gulfstream de la compañía en el que había volado de vuelta a Filadelfia. No había dormido bien. Beatrix Rose lo visitaba en sueños, un ángel vengador

que se aparecía una y otra vez, implacable, hasta que ella acababa con él o ella perecía.

Rose tenía una lista. En ella había anotados seis nombres.

Cinco de esos nombres podían tacharse.

Solo quedaba uno.

El suyo.

Cerró los ojos y empezó a navegar por sus recuerdos. Pensó en Londres, en el antiguo despacho cerca del Támesis, en el puesto de director del Grupo Quince, y, como tal, había enviado a sus agentes por todo el mundo como sus propios ángeles de la muerte. Recordó el poder, absoluto. Era embriagador.

Una misión vagaba más cerca de la superficie de su memoria que las demás.

Habían transcurrido casi diez años. Se había visto entre la espada y la pared, las opciones cada vez eran más limitadas hasta que le quedó una única vía de salida. Había enviado a cinco de sus mejores agentes a una pequeña casa del este de Londres, donde vivía Beatrix Rose. Tenían órdenes muy claras y muy específicas: debían eliminarla, a ella y a cualquier testigo. Pero la misión, a pesar de lo simple e inequívoca, había sido un fracaso absoluto. El marido de Rose había muerto en la refriega y ella había resultado herida, pero no de suficiente gravedad para que le impidiera hundir un abrecartas en la garganta a Número Cinco y le disparara en la rodilla a Número Diez. El secuestro de su hija era lo único que había evitado que atacara al resto de los agentes.

Habían llegado a un callejón sin salida.

Ella desapareció.

Una década después, él casi la había olvidado.

Pero las cosas habían cambiado.

John Milton le había devuelto Isabella a su madre.

Rose se había liberado de la atadura que suponía que su hija estuviera amenazada y que la había contenido hasta ese momento.

Todas las antiguas medidas de seguridad de Control habían resultado inútiles.

Y había vuelto a recordarla.

El único obstáculo que le impedía ir a por ellos había desaparecido.

Y Control nunca había tenido tanto miedo en su vida.

Alcanzaron el primer edificio que formaba parte de las instalaciones; el conductor detuvo el coche con suavidad justo delante de él.

—Hemos llegado, señor.

—Gracias.

—De nada. Lo recogeré por la noche.



CONTROL ENTRÓ en el edificio principal y subió la escalera que conducía a su amplio despacho. Tenía un aire minimalista, apenas contenía muebles, pero todos costaban miles de dólares: una mesa de cristal, una silla ergonómica, una mesa con sobre esmerilado y sillones de cuero. Se detuvo frente a una ventana panorámica y contempló el paisaje yermo; bancos de niebla matutina aún se suspendían sobre el terreno pantanoso. Vio que otro sedán negro reducía la velocidad para cruzar la valla, después de eso aún debería recorrer cerca de un kilómetro. Esa mañana se celebraría una reunión del consejo de administración. Los directores de la compañía empezaban a llegar.

Todos los hombres que conformaban el consejo directivo poseían un pasado brillante en el ejército, en inteligencia o en el gobierno. Jamie King, el fundador de la organización, era un antiguo Navy SEAL. Reece Lines, uno de los vicepresidentes, había sido director del centro de antiterrorismo de la CIA. El otro vicepresidente, Richmond Dodd, había trabajado como coordinador de antiterrorismo del gobierno en el cargo de embajador plenipotenciario. Entre el resto de los integrantes de la junta se encontraban el antiguo director de la división de Oriente Próximo de la CIA, un ex fiscal general del Estado, un antiguo consejero de la Casa Blanca, un almirante jubilado y el antiguo jefe de Gabinete del vicepresidente.

—Buenos días.

Control se volvió con un respingo. Jamie King esperaba en la puerta.

—Joder, Jamie.

—Disculpa. ¿Te he asustado?

—No te he oído llegar. Buenos días.

Tal vez Jamie King hubiera creado la empresa, pero habían sido los contactos y la dirección de Control los que habían convertido una colección arribista de mercenarios en lo que era en esos momentos: el ejército privado mejor preparado y más peligroso del mundo. Llevaba una década pasándole información secreta a King. Cuando Milton y Rose destaparon su implicación en el asesinato de Anastasia Ivánovna Semenko y comprendió que debía abandonar Gran Bretaña, King le ofreció un lugar seguro. Había entrado en el país con documentación falsa y lo habían llevado a escondidas a El Refugio. No podía divulgarse el papel que desempeñaba en la empresa, pero durante el último año había trabajado con King para hacerla crecer. Sus contactos habían ayudado a lograr los contratos petroleros en Irak, por ejemplo.

King se acomodó en uno de los espléndidos sillones del despacho. A pesar de ser un hombre serio por naturaleza, esa mañana mostraba una expresión especialmente sombría.

—Qué puto desastre —gruñó.

Control paseó por la sala.

—Lo sé.

—¿Qué ha ocurrido?

—Había colocado minas en la azotea. Fue una verdadera matanza, se cargó al segundo equipo así sin más. Los demás quedaron atrapados en el piso inferior. Los eliminó uno a uno. Sabía que íbamos.

—La gente que enviamos no eran hermanitas de la caridad precisamente —comentó King.

—Da igual quiénes fueran, Jamie. Los mató a todos. Es muy buena. Te lo dije.

—Sí, lo sé. ¿Y Connor English?

Control se detuvo frente al ventanal y volvió a echar un vistazo al exterior.

—Me lo contó el hombre que se encargaba de la casa: lo llevaron al desierto y le pegaron un tiro.

King sacudió la cabeza.

—Te digo una cosa, tío: ¿esa zorra?, esa zorra es la hostia. Nunca había visto nada igual. Qué lástima que no os llevéis bien porque le ofrecería un puesto mañana mismo.

—Y ella te rajaría el cuello al día siguiente.

King se echó a reír. Control no lo encontró particularmente gracioso.

—¿El encargado de la casa te contó algo más? —preguntó King.

—No sabe dónde está Rose.

—¿Estás seguro?

Control asintió.

—No mentía. No lo sabía.

—¿En pasado? ¿Te has deshecho de él?

Asintió de nuevo.

—Muy bien —dijo King como si nada—. Entonces ¿qué sabía?

—Connor English le dijo dónde encontrarme.

—Menuda cosa, Rose lo habría averiguado de todas maneras. ¿Algo más?

De nuevo Control dijo que sí con la cabeza y alargó la mano hacia el maletín que descansaba a sus pies para extraer un manojito de papeles que lanzó a King.

—Tiene cáncer.

King los ojeó.

—¿En serio?

Control se sentó y suspiró.

—Me dijo el nombre del médico que la trata. Anoche enviamos a alguien a que visitara la consulta y extrajo su historial. Cáncer de pulmón en estadio cuatro.

—¿Terminal?

—Sí. Está desahuciada.

—¿Cuánto le queda?

—Semanas, con suerte. Podrían ser días.

King se recostó en el sillón y extendió los brazos.

—Ahí lo tienes, vive de prestado. Solo tienes que esperar a que la palme.

—Eso es un arma de doble filo, Jamie. La otra posibilidad es que no tiene nada que perder.

—¿Y la chica?

—El tipo de la casa dijo que estaba con sus abuelos. Dos hombres han ido a comprobarlo.

—Bien. Si pudiéramos echarle el guante...

—Sí. Eso cambiaría las cosas a mi favor, pero me creeré que la cría está donde dicen cuando lo vea. Es un gran riesgo dejarla allí y Beatrix no es de las que corren riesgos.

—¿Y el encargado no tenía ni idea de dónde está?

Control negó con la cabeza.

—Rose está haciendo aquello para lo que se la entrenó. Evaporarse. Escoger las batallas que quiere librar y el lugar donde quiere librarlas. No sabremos nada de ella hasta que esté lista para dar el siguiente paso.

Beatrix era como un tiburón. Mientras se encontraba en la superficie, aún tenías posibilidades, al menos sabías dónde estaba. Pero cuando se sumergía y se adentraba en las oscuras profundidades, únicamente volvías a saber de su presencia cuando había cerrado los dientes sobre tu pierna.

Y para entonces ya era demasiado tarde.

La expresión de Control debía de delatar su congoja.

—Alegra esa cara —dijo King—. Echa un vistazo por la ventana. ¿Cómo va a llegar hasta ti mientras estés aquí? Ni las ratas pueden tirarse pedos sin que nos enteremos. Es imposible que consiga atravesar el cordón de seguridad. ¡Imposible! Vamos a hacer lo siguiente: a partir de ahora no te mueves del sitio. Te quedas aquí y lo cerramos todo a cal y canto.

—No puedo quedarme aquí para siempre, Jamie.

—No tendrás que hacerlo. O la localizamos o se muere antes. Tú lo has dicho. Ha conseguido llegar a los seis y eres el único que queda. No se va a rendir, ¿verdad?

Lo asediaban multitud de incertidumbres, menos aquella. De eso estaba seguro.

—Nunca —contestó Control de manera categórica—. Nunca jamás.

—Y eso juega en nuestro favor. Si quiere atraparte, tendrá que venir aquí. A nuestro terreno. Hemos hablado con Inmigración. Volará a Filadelfia, ¿no? Control de fronteras la ve y la trae aquí. Hemos hablado con Seguridad Nacional y el departamento de policía. Lo mismo valdrá para cualquiera que coincida con su descripción. La encontraremos.

—¿Y si no la encontráis?

—Si no la encontramos, suponiendo que llegue hasta aquí, la eliminará una mina o un francotirador. Tenemos dos mil hombres en las instalaciones, amigo. Y ella está sola.

Dos mil contra una.

Aquello sonaba a una ventaja abrumadora.

Control no estaba tan seguro.

Sabía de lo que era capaz Beatrix Rose.

Volaron a Nueva York en primera clase. Esta vez no se trataba de un capricho caro, sino de una medida práctica. A Beatrix le costaba dormir cada vez más y la perspectiva de pasar diez horas en un asiento no reclinable se le antojaba insoportable. El dolor de los huesos ya era continuo y la morfina apenas hacía efecto, al menos no en las dosis que estaba dispuesta a tomar. Podría haber aumentado el número de pastillas, sin duda, pero no quería propasarse y mermar su capacidad letal de reacción. Era completamente impensable que Control pudiera encontrarla a ella primero, pero si eso llegaba a ocurrir, necesitaría conservar todas sus facultades.

Se estaba cómodo y tranquilo en la parte delantera del avión y vieron una película juntas antes de que las luces se atenuaran y la tripulación preparara la cabina para dormir. Beatrix ayudó a Isabella a reclinar el asiento, la tapó con la manta y luego le acarició la cabeza hasta que la venció el sueño.

Parecía más pequeña cuando dormía, como si se desprendiera de toda esa madurez prematura. Beatrix pensó en el entrenamiento al que la había sometido a lo largo de los últimos doce meses y sintió una punzada de arrepentimiento, aunque no era la primera vez.

Regresó a su asiento y apretó el botón para llamar al auxiliar de vuelo.

—Sí, señora.

—Un whisky, por favor.

—Por supuesto.

—De hecho, que sea doble. Con mucho hielo.

El auxiliar de vuelo sonrió servicialmente y se dirigió a la cocina.

El Atlántico Norte centelleaba bajo la luna, lejos, a sus pies, cuando Beatrix miró por la ventanilla. Vio su propio reflejo en el plástico reforzado. Tenía un moretón en la sien de haberse golpeado contra la taza del váter. Isabella había oído que tosía y, luego, el ruido sordo que acompañó la caída y el impacto contra el inodoro. Beatrix no había cerrado la puerta con llave y su hija la encontró en el suelo. La ayudó a levantarse y a meterse en la cama.

Beatrix no recordaba haber tirado de la cadena, pero la taza estaba limpia a la mañana siguiente.

Todo estaba recogido.

Intentó no pensar en lo que significaba eso.

Cerró los ojos. La vibración constante de los motores era hipnótica y notó que su respiración comenzaba a volverse más profunda. Sabía que era la última vez que volaría. No regresaría del viaje en el que se había embarcado.

De una manera u otra, había llegado la hora.

Un viaje de ida.
Sin retorno.



BEATRIX RECORDABA el ambiente de la ciudad. Había viajado por todo el mundo, había estado en casi todas las ciudades importantes de todos los continentes, pero en ningún otro lugar había encontrado aquella atmósfera electrizada. La sintió en cuanto desembarcó, y luego al atravesar el aeropuerto y pasar por Inmigración con los pasaportes falsos, pero solo se hizo del todo evidente cuando salieron a la parrilla de taxis. Era algo difícil de definir, un estremecimiento, un murmullo que saturaba el aire como la contaminación, la combinación de taxis, autobuses, camiones y jets, de taxistas malhumorados, de un millón de discusiones y un millón de reconciliaciones, del ruido que hacen ocho millones de personas confinadas en un espacio capaz de dar cabida solo a la mitad. Beatrix lo recordaba, y a pesar del dolor de huesos, sonrió y se volvió hacia Isabella. Su hija también sonreía, con los ojos brillantes llenos de admiración.

—Bienvenida a Nueva York —dijo Beatrix.

Tomaron un taxi hasta Manhattan. Las luces de la ciudad parpadearon y luego se multiplicaron, los rascacielos se alejaban hacia el cielo nocturno y su resplandor trataba de alcanzar la bóveda oscura. El tráfico era escaso a esas horas y llegaron sin contratiempos. El taxista, egipcio, resultó ser un tipo parlanchín durante los primeros cinco minutos, pero luego se sumió en el silencio cuando la crónica del partido de los Yankees que emitían por la emisora WFAN absorbió su atención.

El St. Regis superaba incluso al Claridge's. Beatrix había reservado la Suite Imperial, que costaba cuatro mil dólares la noche. Un botones las acompañó en el ascensor hasta la habitación; allí abrió la puerta con teatralidad y se hizo a un lado para dejarlas pasar. Era lujosa; el mobiliario, de inspiración asiático-oriental y chinería, contrastaba con los tonos rojos y los detalles de cristal. La mezcla de influencias estilísticas y el concepto abierto conferían al espacio un aire residencial; unos asientos de ventana ofrecían unas vistas impresionantes de Central Park, la Quinta Avenida y la Cincuenta y cinco. El cuarto de baño era de mármol italiano de Carrara, con lavabos dobles, una bañera alta con hidromasaje y suelos radiantes.

Era puro lujo, completamente innecesario, pero a Beatrix le daba igual.

Isabella estaba emocionada. Se había acercado corriendo a uno de los amplios ventanales, con el rostro iluminado.

—Mira qué vistas —comentó, emocionada.

—¿Te gusta?

—Me encanta.

Beatrix se sentó en la cama y exhaló un suspiro de alivio al poder descansar, aunque solo fuera un momento. Le habría gustado desnudarse y sumergirse en la bañera durante una hora, aliviar el dolor y deshacerse del sudor y la suciedad del viaje, pero no había tiempo. Le habría gustado disfrutar de la felicidad de su hija el resto de la velada, pero tampoco había tiempo para eso. Estaba cansada, pero no derrotada, y tenía que hacer algo que resultaría más difícil cuanto más lo retrasara. El tiempo apremiaba. No disponían de muchos días y ella debía hacerse con todo lo que necesitaba.

—Tengo que salir —anunció.

—¿Ya? Acabamos de llegar.

—Cuanto antes lo haga, antes estaré de vuelta.

—¿Adónde vas?

—Voy a buscar algunas cosas que necesito. Quédate aquí, Bella. Llama al servicio de habitaciones. Pide lo que quieras. Pon la tele, alquila una película. Pero quédate aquí, ¿vale?

—¿Cuánto tardarás?

—Dos horas —contestó. Se acercó a su hija y la abrazó—. Hay un spa abajo. ¿Por qué no bajas y te das un capricho?

Isabella la miró como si estuviera loca.

—¿Sin ti no!

—Vale, de acuerdo. ¿Qué te parece si vamos mañana las dos, después de desayunar?

—¿Y si vemos la ciudad?

¿Podían permitírselo? Probablemente. Qué importaba por una mañana. Tal vez incluso un día. Y quería pasar todo el tiempo que pudiera con Isabella. Se acercaba la hora en que ya no sería posible.

Beatrix la besó en la mejilla, cogió la chaqueta y la tarjeta de la habitación y abandonó la suite.

Hacía una noche calurosa. Beatrix recordaba los veranos de Nueva York y esa humedad que exprimía la ciudad como un puño cálido y mojado, que obligaba a los autóctonos a correr entre los diferentes oasis del aire acondicionado de apartamentos, coches, tiendas y restaurantes. Recordaba una noche en concreto, el final de una larga persecución a lo largo y ancho de todo el Estados Unidos continental detrás de un agente doble que había protagonizado una evasión a medianoche ante las narices del FBI y la CIA. El hombre había robado secretos nucleares de empresas británicas y francesas y se rumoreaba que iba a ofrecérselos a Teherán.

Ella lo había seguido hasta el Bronx. El forense indicó que había sufrido una sobredosis causada por una «bola rápida» que prácticamente le había reventado el corazón. Eso, al menos, era cierto, aunque la falta de pruebas de que hubiera restos de narcóticos le había resultado desconcertante.

Beatrix caminó hacia el norte, se alejó del parque y paró un taxi en Lenox Avenue. El conductor era un hosco italiano con un rosario enredado en el espejo retrovisor.

—¿Adónde quiere ir?

—A Hunts Point.

El hombre movió el espejo para verla mejor.

—¿Quiere ir a Hunts Point?

—Eso es. ¿Hay algún problema?

—Págume primero, si no le importa. Veinte pavos.

Sacó el dinero y se lo pasó por encima del respaldo del asiento.

—Hunts Point... —masculló el taxista a media voz antes de meter la marcha y arrancar.

Siguió por Lenox Avenue, giró por la Ciento veinticinco Este y cruzó el río Harlem por el puente de Willis Avenue. Beatrix cerró los ojos y se concentró en las molestias y los dolores, los cuantificó, los catalogó, intentó valorar la rapidez con que empeoraban. Al final se sentía cansada y rendida todo el rato. A veces le dolía cerrar la mano sobre cualquier objeto. Sabía que estaba llegando al punto en que sería incapaz de defenderse si las cosas se torcían.

Solo necesitaba seguir en marcha un poco más.

El taxista tomó la autovía Bruckner, de la que salió a Longwood Avenue. Beatrix miró a su alrededor. Hunts Point era uno de los principales barrios rojos de Nueva York. Los alquileres baratos y los almacenes abiertos habían hecho que atrajera un ambiente más artístico desde la última vez que ella lo recorriera, pero todavía no se había gentrificado. La proximidad a los camioneros de los mercados mayoristas, así como las calles tranquilas y aisladas, hacían de él un barrio perfecto para que putas y camellos se dedicaran a sus negocios.

—Yo no paso de aquí —dijo el taxista, que paró en el cruce de Spofford Avenue y Edgewater

Road.

Estaban frente a la entrada del Mercado Mayorista de Productos Frescos de la Ciudad de Nueva York y su enorme aparcamiento, lleno de camiones. Una línea férrea para transporte de mercancías y productos frescos se extendía entre el aparcamiento y la calle.

El taxi se alejó y ella caminó hacia el sur hasta llegar a calles que recordaba con vaguedad. Allí el ambiente se volvía más agresivo, la amenaza de violencia se hacía omnipresente justo bajo la superficie de todas las cosas. Los coches pasaban despacio y, en su interior, hombres de mediana edad con mirada nerviosa observaban a las mujeres que ofrecían sus cuerpos. Otros conductores se ocultaban tras vidrios tintados que amortiguaban el pesado bajo rítmico que se filtraba hasta la calle. Grupos de niños negros holgazaneaban frente a las entradas de garajes y pequeños almacenes con los ladrillos cubiertos por coloridos murales. Restos de coches robados quedaban abandonados junto a los desguaces. Una furgoneta blanca anunciaba «Compro Oro & Diamantes», el rótulo desfigurado ya por grafitis de *tags* de bandas. Los árboles eran delgados y enclenques, como si respirar ese aire contaminado estuviera atrofiando su crecimiento y los envenenara poco a poco. Las putas se trabajaban las esquinas y los yonquis mendigaban monedas, apalancados en los portales.

Siguió hasta Halleck Street.

Recordaba un viejo bar, poco más que una choza. Había sido un punto de encuentro e intercambio de mercancía, la clase de sitio donde podías encontrar información sobre cualquier cosa que necesitaras. Ya no estaba allí. Y no era solo que hubiese cambiado de uso, ni siquiera que hubieran desmantelado el negocio y hubieran dejado el edificio vacío, como había ocurrido con muchos de los otros esqueletos en ruinas que flanqueaban la calle. Sencillamente, ya no quedaba ningún edificio. La manzana había sido arrasada probablemente por un gran incendio, los maderos carbonizados que aún se veían eran el único vestigio de lo que antes había existido allí.

Eso le fastidió.

Siguió adelante.

Había un hombre sentado en el suelo contra la pared de un garaje que se anunciaba como «Reparación de Automóviles Vallejo».

Se detuvo ante él. Estaba en los huesos, iba cubierto de mugre y parecía enfermo.

—¿Qué buscas, guapa? —preguntó, arrastrando las palabras—. Tengo crack, caballo, chocolate. Lo que sea que te pida el cuerpo, lo tengo. Te haré tocar el cielo, y además lo vendo barato. No es coña.

Ella se agachó y sacó un billete de diez dólares del bolsillo.

—Bueno, ¿qué? ¿Qué es lo que quieres?

—Solo información —respondió Beatrix.

El hombre quiso alcanzar el billete, pero ella volvió a guardárselo en la mano.

—Primero la información.

—¿Qué información?

—Estoy buscando algo —dijo—. Quiero que me digas si estoy en el lugar correcto.

—Dispara.

—¿Sabes dónde puedo conseguir una pipa?

El hombre levantó la barbilla y señaló en dirección a la tienda de alimentación de la esquina.

—Sí, tía. Ahí mismo. Lo que sea que quieras, ahí lo encuentras. ¿Qué quieres? ¿Una del nueve? Tienen del nueve, sin problemas, lo que tú quieras. Pacho es el tío que buscas. Dile que te envía Sidney, ¿vale?

Estiró el brazo y sus dedos extendidos dejaron ver la piel sucia de la palma de la mano.

Beatrix dejó allí el billete para que él pudiera pillarlo.

Después quiso alejarse, pero el hombre alargó el brazo y la agarró del dobladillo de los vaqueros.

—¿Estás absolutamente segura de que no puedo ayudarte? Tienes pinta de necesitar un chute.

—Sí —dijo ella—, estoy segura.

Tiró de la pierna para deshacerse de su débil mano y entró en la tienda.



EN EL ESTABLECIMIENTO vendían comida en lata, botellas de vino barato y no mucho más aparte de eso. Era evidente que se trataba de una tapadera. Cuando Beatrix se acercó al dependiente y dijo que quería hablar con Pacho, el hombre desapareció solo treinta segundos, para luego regresar y señalarle la puerta de detrás del mostrador, que había dejado abierta de par en par antes de decirle que pasara.

Beatrix entró. La sala del otro lado era grande y ruidosa. Calculó que tendría los mismos metros cuadrados que la tienda, pero habría apostado lo que fuera a que sacaba por lo menos mil veces más en beneficios. Había una mesa y una lámpara con pantalla decorativa que colgaba de un cable largo y quedaba suspendida a muy poca distancia del tablero. En la mesa descansaba una escopeta recortada. Había tres viejos sofás raídos y un radiocasete anticuado que reproducía una cinta de Jay-Z. La pintura de las paredes se desconchaba, y la moqueta, que parecía haber sido beis una vez, tenía un color profundo, casi negro, como el de la sangre cuando se seca y deja mancha. Los sonidos de la ciudad, en el exterior, entraban furiosos y cercanos por una ventana: cláxones de coches, disparos y voces enfadadas.

Beatrix evaluó la situación. Había una docena de personas en la sala: un hombre grande y de aspecto amenazador detrás de la puerta, vestido con un chándal de velvetón, cuya barriga colgante sobresalía por encima de la cinturilla; un grupo de pandilleros echando una partida de NBA en una PlayStation conectada a una gran pantalla LCD; dos chicas, quizá amigas de los pandilleros, que fumaban una pipa de crack en un sofá que había en una esquina de la habitación. También había más chicas, medio desnudas, tan puestas de crack que parecían zombis bailando como sonámbulas al ritmo de la música mientras veían porno gonzo en otra televisión. Por último, vio a un tipo blanco, delgado, con rastas mugrientas que sobresalían de una bandana sucia. Llevaba una camiseta de LeBron, un par de pantalones de deporte anchos y nada en los pies.

Estaba comiendo fideos orientales de un recipiente de cartón. Alzó la vista.

—Vaya, vaya, mira esto. ¿Quién es, Trevor?

—Clipper dice que está interesada en comprar equipo, jefe —dijo el grandullón, Trevor.

—Equipo, ¿eh? —Sacó un trozo de cerdo agridulce de la caja con los palillos, se lo metió en la boca y comentó el sabor con un exagerado chasquido de labios. Fijó sus ojos en ella—. ¿Equipo, cielo? ¿Qué es lo que quieres, blanquita?

Él también era blanco, pero nadie lo habría dicho oyéndolo hablar. La repasó de arriba abajo con la mirada y Beatrix sintió un instante de repugnancia. La reprimió y contestó:

—Quiero un arma.

El hombre se reclinó en el respaldo del sofá y la señaló imitando la forma de una pistola con el pulgar y el índice.

—La chica necesita un arma —le dijo al hombretón, y estalló de pronto en una estruendosa carcajada de entusiasmo—. ¿Lo oyes, grandullón? Dice que necesita un arma.

—Eso he oído, Pacho.

—¡Joder! Si te pasas fumando hidro acabas pensando que oyes cosas que ni de coña podrías haber oído de verdad.

Beatrix lo observó con más atención. Tenía la piel marcada por viejas cicatrices de acné, y en los brazos se le veían pinchazos que lo delataban como consumidor. Llevaba dos anillos de oro grandes y abultados en los dedos, y una gruesa cadena de oro en el cuello. Era mayor de lo que aparentaba, puede que un tipo de cuarenta y cinco jugando a tener veinticinco, y en sus ojos relucía un brillo cruel que decía que era mala gente y más valía andarse con ojo con él. Era el gallo del gallinero.

Lo miró con frialdad.

—¿Tienes alguna?

Él asintió señalando la recortada encima de la mesa.

—Claro que tengo alguna.

—Una que pueda comprar.

—Pues claro que sí, joder. ¿Qué quieres?, ¿un pequeño especial de sábado noche? ¿Algo que te quepa en el bolso pero que sea lo bastante grande para dejar seco al que quiera meterte mano si tú no quieres que te la meta? ¿Algo así?

—Una nueve milímetros. No demasiado grande. Una Kel-Tec PF-9 o una Taurus PT709. Algo así.

El hombre volvió a clavar los palillos en los fideos y dejó la caja en la mesa.

—Algo así... —repitió, cargado de sarcasmo, mientras se llevaba la mano al bolsillo del pantalón y sacaba una pistola pequeña.

La dejó en la mesa y la hizo girar. El arma rotó hasta detenerse con el cañón apuntándola directamente a ella. Beatrix reconoció la nueva Beretta Nano de 9 milímetros.

—Me va bien —dijo—. ¿Cuánto?

—¿Qué estás dispuesta a hacer por ella, cielo?

—¿Cuánto?

Él no hizo caso.

—Verás, me gusta pensar que tengo buen ojo para calar a la gente. ¿Tú qué dices, Trevor? ¿Soy bueno calando a la gente?

—El mejor que he visto.

—Eso es, el mejor. Y me ha bastado verte entrar aquí por esa puerta para pensar: esa tía, joder, Pacho, esa tía que solía estar buenísima no hace mucho, ahora solo está tan desesperada que no puede más. Vamos, mírate bien, toda escuálida y hecha un asco. Llevas demasiado tiempo metiéndote crack, cariño. Tú no has venido buscando un arma, ¿a que no? Estás aquí porque has oído que mi material es de puta madre, de primera, mierda de la buena. Es eso, ¿a que sí? — Sonrió de oreja a oreja.

Beatrix sintió crecer la ira. Habló con frialdad y calma, aunque le costó bastante:

—Quiero la pistola. Es lo único que quiero. ¿Está en venta o no?

Pacho jugó un poco más con ella.

—¿Y para qué quieres una pipa? ¿Tu novio te pega palizas? Entre tú y yo pensaremos algo. Le enviaré a Big Trevor para que le haga una visita a su culo rastrero. Ya no te dará problemas, y yo te enseñaré lo que es un hombre de verdad.

—Te doy quinientos dólares por ella.

Se le abrieron mucho los ojos, con exageración teatral.

—¿En serio llevas tanta pasta encima en un sitio como este? ¿Una blanquita como tú, tan pequeña, flacucha y hecha una piltrafa? ¿Sola?

Beatrix sacó el dinero y, sin nerviosismo alguno, contó cinco billetes de cien dólares. Los dejó caer en la mesa, junto a la pistola, y luego sacó otro y lo dejó allí también.

—Para munición —dijo.

—¡Joder, tía, sí que tienes huevos! —Pacho rio—. ¿Ves a esta perra, Trevor? ¿Ves los huevos que tiene?

—Lo veo, jefe.

Pacho levantó los ojos hacia ella con un brillo depredador. Ella le devolvió la mirada, retándolo a que la apartara primero. Pacho la eludió, escudándose en una risa, y empujó la pistola hacia ella por la mesa. Volvió a coger la caja de fideos, sacó los palillos y señaló con ellos la silla vacía que tenía delante.

—Siéntate, cariño —dijo—. Déjame invitarte a una copa.

—No, gracias —repuso ella.

—¿No quieres nada más?

—Solo la munición y me largo.

Él se reclinó hacia atrás y juntó las manos con los dedos entrelazados.

—Lo que yo te diga —soltó, arrastrando las palabras—, en cuestión de calar a la gente todavía no he conocido a nadie que me haga sombra. Así que deja que te diga otra cosa que he visto en ti cuando has entrado por la puerta. He visto hambre. La clase de hambre que me dice que este no es tu primer baile con el diablo, ¿sabes lo que quiero decir? No has venido por la pistola, o al menos no solo por la pistola. Ya has probado mierda de la buena alguna vez, ¿verdad? Y ahora mismo te preguntas si no querías un poco más.

Lo triste del caso era que tenía razón.

Beatrix se paró a pensar y, cuantas más vueltas le daba, más comprendía que siempre había sido por algo más que la pistola. Podría haber encontrado una pipa en cualquier sitio. Podría haberse puesto en contacto con Pope y que el intendente de la zona se reuniera con ella para proporcionarle prácticamente cualquier cosa que quisiera. Haber salido así en busca de un arma era una locura, un riesgo innecesario, y en circunstancias normales jamás se habría expuesto a un riesgo innecesario.

Sabía que allí habría drogas.

Heroína.

Su apetito había aguardado en los recovecos de su mente sin llamar la atención, apenas detectable pero siempre ahí, llevándola a ese sitio con falsos pretextos. Y de pronto, tras ponerla delante de los yonquis, su parafernalia y sus pequeños paquetitos de olvido, le decía susurrándole al oído, una y otra y otra vez, que ahí estaba la solución a todo su dolor.

Lo único que tenía que hacer era pedirla.

—¿Te gusta esto? —preguntó Pacho mientras sostenía una de sus bolsitas en alto. Le dio un golpecito con un dedo—. Veo que sí. ¿Quieres un poco?

Ella luchó contra el impulso de decir que sí.

—Un caballo cojonudo, de primera, cariño. Sin cortar. Casi sin tocar por la mano humana desde que salió de Afganistán.

Beatrix miró la dosis y sintió esa vieja debilidad que nunca había sido capaz de superar del todo. La morfina que tomaba le había saciado el apetito, al menos al principio, pero últimamente lo único que conseguía era avivar más su necesidad. Al ver la pequeña bolsita de plástico que Pacho sostenía entre el pulgar y el índice, supo que esa era la respuesta. Que ahí mismo tenía la solución al dolor, al insomnio y al miedo al que se enfrentaba cada vez que cerraba los ojos.

—¿Qué me dices, cielo?

—¿Cuánto por un chute?

—Gratis... —dijo—. Gentileza de la casa.

Antes de que pudiera decir nada, Pacho sacó una cuchara de latón y dejó caer un pedazo de heroína en ella, cogió una jeringuilla y le echó un poco de agua. Con un mechero calentó la base de la cuchara. Beatrix vio cómo burbujeaba y escupía tan pronto empezó a calentarse, y el ansia que había mantenido encerrada en lo más profundo comenzó a trepar hacia la superficie, ávida, dispuesta. Pacho puso una bola de algodón sobre la mezcla y luego metió la aguja por ella, usándola para filtrar la mitad de la solución a medida que la hacía entrar en el tubo.

Dejó la cuchara en la mesa con cuidado y le pasó la jeringuilla.

—Disfruta.

Ella la aceptó. Solo se había pinchado alguna vez, ocasionalmente. Prefería fumar en plata, pero sabía que un chute sería más intenso, y su necesidad era mayor. Le iría bien.

Tomó la jeringuilla con dos dedos y la hizo rodar con suavidad, primero hacia un lado y luego hacia el otro.

—Venga, cariño. ¿A qué estás esperando?

«No.»

Isabella.

Había cometido un error. Siempre lo había sabido, solo necesitaba ponerse al borde del precipicio para confirmar que era cierto: aquella era la salida de los cobardes. El dolor era terrible, espantoso, y ella sabía que podría encontrar la paz solo con introducirse la aguja en una vena y apretar el émbolo. Encontraría ese vacío que tan útil le había resultado cuando se hundió en la miseria de Chungking Mansions, cuando no tenía nada por lo que vivir y la posibilidad de morir de sobredosis representaba una promesa en lugar de una amenaza.

Pero ya no.

Isabella.

Al fin tenía algo por lo que vivir. Y debía de quedarle muy poco tiempo, así que cada momento era valiosísimo. No podía despilfarrar ni un segundo perdiéndose en ese aletargamiento. El dolor era un recordatorio de que, a pesar de todo, aún estaba viva.

Seguía viva.

Dejó la jeringuilla y la empujó hacia el lado de la mesa de Pacho.

—¿Qué?

—No la quiero.

Él volvió a deslizarle la jeringuilla por la mesa.

—No —insistió ella—. No la quiero.

—Pero ¿qué dices, tía? ¿Después de todas las molestias que me he tomado?

—Lo siento.

Pacho le lanzó una mirada lasciva y le ofreció una amplia sonrisa que dejó ver sus dientes amarillentos y después, al separar más los labios, la punta roja y húmeda de su lengua.

—No pasa nada, cielo. ¿Seguro que aquí no hay nada que quieras?

Beatrix cerró los puños y deseó con todas sus fuerzas que a Pacho no se le ocurriera hacer nada estúpido que acabara matándolo a él y a todos los de esa sala, pero él abrió las piernas y se señaló la entrepierna con un gesto de la cabeza, y ella supo que las cosas estaban a punto de ponerse feas.

—No —repitió mientras estudiaba la habitación con ojos nuevos—. Estoy segura. Gracias.

—Venga, no seas así. —Miró hacia el hombretón negro de la puerta—. Trevor —lo llamó—, cierra y ven aquí, ¿vale? Dice que no quiere probar nada de lo que tenemos que ofrecer, pero yo

sé que sí.

—He cometido un error —dijo Beatrix—. Siento haberte molestado. Tengo que irme ya.

Él volvió a coger los palillos y pinchó otro trozo de carne.

—No... No has cometido ningún error —repuso mientras engullía otro trozo de cerdo—. Eres bastante enclenque, toda codos y rodillas y hombros, joder, pero da igual. No soy quisquilloso. La mayoría de mis chicas se quedan así después de haberle dado a la pipa un tiempo. Lo que se dice un riesgo vocacional, ¿sabes de qué te hablo? Tú, sin embargo... En ti hay algo que no acabo de identificar. Tal vez sea que aún te queda algo de pelea dentro. No te preocupes, no te durará mucho.

Beatrix localizó enseguida posibles armas: la mesa de billar con tacos y pesadas bolas de doscientos veinticinco gramos, una botella de ginebra sobre la mesa, la escopeta, la pistola descargada.

Pacho se levantó y golpeó ligeramente la mesa con la rodilla. La jeringuilla rodó y acabó cayendo en la moqueta manchada.

Ella analizó las amenazas: casi todos los de la sala estaban demasiado colgados para darle problemas; el negro grandullón iba armado, se le veía la culata de una semiautomática sobresaliendo por el costado de los pantalones militares; Pacho podía empuñar la recortada con solo alargar el brazo.

El hombre rodeó la mesa y se detuvo frente a ella. Todavía tenía los palillos en la mano y se entretuvo metiéndoselos en la boca, uno después de otro, chupándolos para limpiarles la salsa.

—He cambiado de opinión. No voy a venderte esa pistola. En realidad es mi nueva pipa. Todavía no la he probado... Puede que me la quede una temporada, puede que la estrene esta noche.

Trevor también se había acercado a ella y, de pronto, con una brusquedad que la pilló por sorpresa, se abalanzó y la agarró de la cintura con un brazo grueso y de los hombros con el otro. Era fuerte como un oso. Se oyeron gritos y jolgorio cuando los demás dejaron lo que estaban haciendo para ver el espectáculo.

—Bueno, pues ahí detrás tengo una sala muy agradable adonde llevo a las chicas nuevas. Para darles un repaso, ¿sabes lo que quiero decir? Se me ocurre que tú y yo podríamos conocernos mejor. No puedo permitir que hayas venido hasta aquí y te marches sin disfrutar de mi hospitalidad.

Trevor se dispuso a empujarla hacia la sala y Pacho fue tras ellos.

En ese momento, Beatrix lanzó la cabeza hacia atrás con impulso y sintió el impacto y posterior crujido de la nariz de Trevor, que aflojó un poco la presión. Ella reunió todas las fuerzas que le quedaban para librarse de él.

Se zafó de sus brazos dando tumbos sin equilibrio y fue directa a encontrarse con el contundente rechazo de Pacho.

Se tambaleó hacia atrás y Trevor volvió a rodearla.

—¿Sabes qué? —espetó Pacho—. Esa cara bonita dentro de treinta segundos será un puto desastre como no te calmes y hagas lo que yo te diga, joder.

—Voy a matarte —jadeó ella.

Era un farol, porque se sentía débil e impotente. El dolor estaba por todas partes: desde el latigazo de la cara donde acababa de recibir el golpe, hasta el redoble doloroso, incesante, que le recorría todo el cuerpo.

—No, qué va. ¿Estás bien, Trevor?

—Creo que la tía me ha roto la nariz, jefe.

La pierna derecha de Trevor estaba pegada a la pierna derecha de ella y, bajando la mirada un instante para asegurarse de que apuntaba bien, Beatrix levantó el pie, dio un pisotón y rasgó con el tacón toda la espinilla del grandullón. El dolor debió de ser instantáneo y agudo, porque la soltó de nuevo. Esta vez ella consiguió alejarse lo suficiente para levantar el brazo y clavarle la punta del codo en la cara. El tipo cayó gritando, pero su mano izquierda todavía le rodeaba el hombro y la arrastró al suelo con él.

Beatrix intentó apartarse de la blanda masa de su barriga, que cedía bajo su mano, y logró incorporarse hasta quedar a gatas.

Pacho le dio una patada en las costillas. Le dio tan fuerte que la levantó un poco del suelo, y la dejó sin aire en los pulmones.

—¿Qué te pasa? —gritó él—. ¿No puedes respirar? —Volvió a señalarse la entrepierna—. Será mejor que te prepares para lo que tengo aquí abajo para ti, puta.

—Estás muerto —gimió Beatrix.

Pacho rio mientras se ponía en cuclillas y se acercaba lo bastante para enredar su puño en el pelo de ella.

—Déjame que te diga algo más. He dado unas cuantas vueltas en la vida. Seguro que ya te lo olías, un empresario de éxito como yo en un negocio como este. Y seguro que, si te lo preguntaran, dirías que hay muchas probabilidades de que me haya cargado a un buen montón de personas que se entrometieron en mi camino, que no hicieron lo que les dije que hicieran o que simplemente me cabrearón y punto. Y acertarías. —Le tiró de la cabeza hacia arriba—. ¿Me estás escuchando, puta?

Beatrix se estaba ahogando en un océano de mareo. Él solo la había sacado a la superficie lo justo para que pudiera concentrarse en hundirse de nuevo.

Pacho seguía hablando:

—He matado a unos cuantos, y supongo que mataré a muchos más antes de llegar a la mitad de mi vida. Y esto es lo que me ha enseñado la experiencia: el primero al que te cargas, bueno, es el que más cuesta. Da igual que seas un psicópata, podrías ser el puto Adolf Hitler y el primero siempre será el que te provoca pesadillas hasta que te aclaras las ideas. El segundo no es fácil, pero sí mucho más que el primero, y para cuando llegas a donde estoy yo, veinte, treinta... Joder, cuando llegas a treinta es como rascarte porque te pica algo.

—Quién lo habría imaginado... —dijo ella con una voz débil y áspera.

—¿Qué has dicho, preciosa?

—Digo que quién habría imaginado que tú y yo tendríamos algo así en común.

—¿Tú, una asesina? —Pacho rio y se volvió hacia Trevor, apartando los ojos de ella un segundo.

Y eso fue todo lo que hizo falta.

Beatrix alargó la mano hasta la jeringuilla que había caído al suelo, sus dedos se cerraron sobre ella, puso el pulgar sobre el émbolo y la clavó con fuerza en el pie descalzo de Pacho. La aguja atravesó la piel y entró sin dificultad.

Apretó el émbolo.

Pacho abrió mucho los ojos y luego saltó hacia atrás intentando alcanzar cómicamente la jeringuilla que seguía clavada en su pie.

Beatrix lanzó la mano derecha hacia uno de los palillos que él había soltado, lo recogió y lo encerró en el puño con el pulgar apretado sobre el extremo más grueso para asegurarse de que no se le resbalaba. Entonces dio una pirueta sobre el pie izquierdo, manteniendo el impulso mientras levantaba el puño y hendía el extremo fino del palillo en el cuello gordo y nudoso de Trevor.

El palillo estaba hecho de plástico y no se astilló. En lugar de eso, perforó la garganta del hombretón y se hundió unos siete centímetros o más, justo hasta que el puño de Beatrix se topó con su cuello.

Soltó el palillo y se volvió de nuevo, buscando a Pacho.

Se había dejado caer en el suelo, sentado, con la espalda apoyada contra la pared. En su rostro se veía una expresión extraña: el chute de la heroína ya le había hecho efecto, había paz en él, tenía los músculos relajados y la respiración entraba y salía fácilmente, marcando un ritmo agradable. Sin embargo, detrás de esa felicidad se veía terror, tenía los ojos desorbitados y llenos de espanto.

Beatrix lo miró desde arriba. Tendría que haberse largado de allí con la pistola. Pacho no estaba en condiciones de seguirla, y aunque lo estuviera, no sería capaz de encontrarla.

Pero no podía hacerlo.

Trevor estaba de rodillas, agarrando el palillo del cuello.

Beatrix dio un vistazo a la habitación. La música todavía sonaba a todo volumen y en la tele seguía el mismo porno barato. Había demasiado ruido y todos estaban demasiado colocados para percatarse de lo que acababa de ocurrir.

Se agachó hasta ponerse al nivel de Pacho.

—No he venido aquí buscando problemas —dijo—. Solo quería hacer una compra. Una transacción. Tan sencillo como eso. Y tú tenías que complicarlo todo, ¿verdad?

La expresión de Pacho cambió. Tal vez fuera una sonrisa, tal vez la imagen del terror dibujada en la cara de alguien que acababa de pincharse un chute gigante de heroína.

Había conseguido quitarse la jeringuilla del pie. Beatrix la recogió y comprobó que no se hubiera roto. Estaba intacta. De la bata que había en una silla colgaba un cinturón. Lo cogió y envolvió con él el brazo de Pacho, justo por encima del codo, luego lo anudó con fuerza.

—En mis tiempos hice algunas cosas, Pacho, cosas que te dejarían alucinado. Esperaba que esos tiempos casi hubieran acabado ya, pero tal vez no sea así. Quizá nunca acaben. —Levantó la jeringuilla, metió la aguja en el líquido que quedaba en la cuchara y lo hizo entrar en el tubo. Quedaba suficiente para volver a llenarla—. Porque hay una cosa que sí sé, no me cabe ninguna duda, y es que no puedo vivir sabiendo que hay un hijo de puta como tú paseándose por ahí y respirando el mismo aire que mi hija.

Beatrix volvió a levantarle el brazo y clavó la aguja en una vena abultada y provocativa. Apretó el émbolo y observó cómo la heroína desaparecía poco a poco y un hilo de sangre escarlata se mezclaba con el líquido amarillento, hasta que se lo inyectó del todo. Pacho suspiró, tranquilo y apacible, y sus ojos giraron hasta quedar en blanco mientras sus párpados descendían despacio.

Delante de él había una bolsa. Beatrix la abrió y encontró dos piedras de cocaína envueltas en film y diez fajos gruesos de billetes de dólar. Tiró la coca al suelo, cogió la pistola de la mesa y la metió en la bolsa.

Entonces empuñó la recortada.

—¡Que no se mueva nadie! —exclamó, y accionó la corredera. El doble clic, con su terrible promesa evocadora, subrayó el peligro que suponía el arma en sus manos—. ¿Dónde está la munición? —preguntó a los pandilleros.

Uno de ellos cruzó la sala corriendo hasta un armario y regresó con una caja de balas de 9 milímetros y otra de cartuchos 00 de calibre 12 para la escopeta. Beatrix metió las cajas en la bolsa, cerró la cremallera y, cubriéndose con la recortada, salió de la habitación caminando hacia atrás. Nadie se movió.

Pasó a la tienda de alimentación y apuntó al empleado con el arma.

—¿Tienes coche? —preguntó.

Él miró la recortada con los ojos muy abiertos.

—El Impala —dijo—. Ahí fuera.

Beatrix le agitó la escopeta delante de la cara.

—Las llaves.

El tipo rebuscó en el bolsillo y le dio un llavero con tres llaves.

—No hagas ninguna tontería.

Beatrix salió y vio un Impala en el aparcamiento vacío que había junto a la tienda. Abrió la puerta, metió la bolsa y luego la escopeta, arrancó y salió de allí. Se incorporó al tráfico y se dirigió de vuelta a las rutilantes luces de Manhattan.



DE CAMINO ENCONTRÓ un McDonald's abierto las veinticuatro horas, se detuvo allí y buscó el servicio. Era minúsculo, con papel sucio, charcos de vómito y orina en el suelo, residuos secos acumulados en las grietas de los azulejos. Había una jeringuilla en el lavamanos y otras pruebas que parecían indicar que la gente lo usaba para pincharse.

Su mente regresó a la heroína de la cuchara.

Cerró los ojos y se obligó a reprimir esa imagen.

Los abrió de nuevo y se miró en el espejo.

El puñetazo de Pacho le había rebotado en la nariz y había acabado hundiéndose en la cuenca de su ojo derecho. Lo tenía negro por el hematoma, que ya estaba veteado de intensos tonos púrpura. El anillo de Pacho debió de rasparle el puente de la nariz, porque vio un largo rasguño que se había llenado de sangre y ya tenía costra. No había toallitas en el dispensador, así que se metió en el fétido cubículo para sacar el último resto de papel de váter, lo humedeció con agua tibia y se limpió la sangre. El ojo estaba bien, pero no podía hacer nada para disimular las marcas que le habían quedado.

Isabella se preocuparía.

No había manera de evitarlo.

Se lavó la cara y se pasó las manos mojadas por el pelo. Se la veía más vieja, cansada y demacrada, con los pómulos más salidos que nunca. El pelo parecía más fino y la piel, más ajada de lo que recordaba. Antes no le habría salido un hematoma con tanta facilidad. Era como si le estuvieran pegando una paliza desde dentro, y no podía hacer nada para ralentizar el proceso. Había entrado en la recta final.

Solo esperaba que le diera tiempo.



METIÓ la tarjeta en el lector y aguardó hasta oír el chasquido de la puerta al desbloquearse. Abrió con cuidado. Había esperado que Isabella estuviera dormida, pero no era así. En la televisión daban un *late night* y, cuando Beatrix pasó por delante del baño y entró en el dormitorio, vio a su hija sentada en la cama, con la espalda apoyada en dos cojines.

—¡Mamá! —exclamó, deslizándose hasta el suelo.

—Hola, Bella.

A su hija le cambió la cara.

—¿Qué te ha pasado en el ojo?

—He discutido con alguien —explicó.

—¿Estás...?

—Estoy bien, tranquila. Solo es un ojo morado. Nada más.

Dejó la bolsa negra en la cama y abrió la cremallera.

Sacó la escopeta primero. Era una Remington con el cañón recortado a sierra, los surcos dejados por los dientes todavía eran visibles contra el metal. Un hallazgo útil, devastadora si se disparaba a bocajarro. Su munición podía desgarrar a un hombre como si fuera un trapo y hacer saltar las bisagras de las puertas.

Un hallazgo muy útil.

Después sacó la Beretta. Era pequeña y elegante, de polímero y acero, sin protuberancias que se engancharan en la ropa si la llevabas en el bolsillo. Tenía una mira discreta y bordes biselados. La corredera no se veía, y el retén de cargador reversible era la única característica que sobresalía de la pistola.

Comprobó que estuviera descargada para asegurarse antes de entregársela a Isabella.

—Es tuya —dijo—. Es más pequeña que las que has usado para practicar, pero es compacta y cómoda para llevarla encima. También es fácil de esconder. Seis balas en el cargador y una en la recámara, así que no puedes disparar sin pensarlo. Debes ser precisa.

Sacó la caja de munición, Federal Champion FMJ de 115 granos, y se la dio a su hija para que la cargara.

Ella la sostuvo en la mano y la estudió.

—¿Qué te parece?

—Es pequeña.

—Aun así, tiene potencia. Manéjala con respeto.

Observó a Isabella mientras desmontaba la pistola, comprobaba los mecanismos y luego la montaba otra vez.

—Es nueva —constató.

—O casi.

En la tele salía Jimmy Kimmel. Beatrix buscó el mando a distancia y la apagó.

—Es tarde —dijo.

—¿Cuándo empezamos?

—Mañana —respondió Beatrix—. Será un día importante. Tenemos que dormir.

Pretendía ponerse manos a la obra a primera hora de la mañana, pero el día amaneció claro y soleado y, para su sorpresa, descubrió que hacía tiempo que no se sentía tan bien. Quizá se tratara de un momento pasajero, pero supuso una inyección de optimismo y decidió que no debía desperdiciar la ocasión.

No le quedaba mucho tiempo y aún menos para poder disfrutarlo.

Isabella estaba empezando a desperezarse en la cama de al lado, así que se apresuró a utilizar el cuarto de baño y se vistió.

—Buenos días, cariño —la saludó mientras la chica se sacudía el embotamiento típico nada más despertar.

—Buenos días, mamá.

—¿Has dormido bien?

—Sí. ¿Qué vamos a hacer?

—Venga, arriba.

—¿Vamos a salir?

—Quieres ver Nueva York, ¿no?



HABÍA DEJADO el Impala en el parking del hotel. Era un lugar seguro. Estaba convencida de que el coche no pertenecía al tipo de la tienda y, en cualquier caso, ¿qué probabilidades había de que alguien metido en el tráfico de drogas denunciara la desaparición de un coche que seguramente había robado antes? Además, aunque no lo fuera y lo denunciaran, el parking de uno de los hoteles más caros de Manhattan estaría al final de la lista de lugares en los que la policía se pondría a buscar.

Sí, pensó. Era seguro.

Aprovecharon el día al máximo, tanto como lo permitió la salud de Beatrix. Empezaron en Central Park, visitaron el castillo Belvedere, el Friedsam Memorial y el Sheep Meadow. Tomaron un taxi que las llevó al sur y se detuvieron en el Carnegie Hall, en el Rockefeller Center y el edificio Chrysler, y luego siguieron por la FDR Drive hasta el puente de Brooklyn. Continuaron por Wall Street y se adentraron en Battery Park para acabar en el museo del 11-S. Comieron perritos calientes comprados en un puesto ambulante y subieron a bordo del ferry que las llevó a la isla de Ellis para admirar la estatua de la Libertad. Regresaron a Manhattan y se perdieron una hora en las inmensidades de Macy's, donde Beatrix le compró a su hija una chaqueta de

trescientos dólares que a Isabella le gustaba a rabiar y que no se atrevía a pedir por educación. Tomaron café y pastelitos y luego, a medida que anochecía, pusieron rumbo hacia el noreste hasta llegar a Times Square. Beatrix estaba rendida, pero aún quedaba algo que quería hacer. Se dejaron arrastrar por la corriente de gente mientras los gigantescos carteles digitales proyectaban sus cambiantes luces de neón sobre los coches y taxis atascados que trataban de abrirse camino entre el tráfico, y se detuvieron para reírse frente a los vendedores ambulantes que trataban de convencer a los turistas crédulos de que les compraran su arte de baratillo. Isabella arrastró a Beatrix hasta la otra acera, al gigantesco McDonald's. Cruzaron los arcos rojos y amarillos descomunales y entraron. Comieron hamburguesas con queso y patatas fritas, bebieron Coca-Cola y se aventuraron de nuevo en el clamor y el bullicio del exterior.

—¿Y ahora adónde? —preguntó Isabella.

Beatrix miró el cielo; ya había oscurecido lo suficiente.

—Vamos —dijo—. Hay un sitio al que siempre he querido ir.

Subieron a un taxi que las condujo unos ochocientos metros por la Séptima Avenida, luego tomaron la Treinta y cuatro Oeste, doblaron en la Quinta Avenida y, finalmente, en la Treinta y tres Oeste.

Isabella alzó la vista.

—Eso es el Empire State, ¿verdad?

Beatrix sonrió.

Echaron la cabeza hacia atrás para admirar el edificio que se perdía en las alturas.

—Es precioso —comentó la chica.

—¿Quieres subir?

Isabella sonrió de oreja a oreja.

—¿Podemos?

—Claro. Vamos.

Entraron en el vestíbulo *art déco*, con las dos banderas estadounidenses que pendían de las astas encajadas en sus soportes de pared. Beatrix compró las entradas y esperaron frente al ascensor. Un letrero informaba de que, con luz de día, la vista alcanzaba unos cuarenta kilómetros a la redonda y, además, soplaba una ligera brisa. Subieron al primer ascensor, bajaron a la mitad, y tomaron otro y ascendieron hasta la planta ochenta y seis.

—Se me han taponado los oídos —dijo Isabella con una amplia sonrisa.

—A mí también.

—¿Ya habías estado aquí?

—No, nunca —contestó Beatrix.

Isabella no le soltó la mano en ningún momento y se la apretó más fuerte mientras esperaban para subir poco a poco a la tarima de observación. Se acercaron al borde, donde se aferraron a la baranda que se extendía hacia arriba y luego se curvaba sobre ellas.

Las vistas eran espectaculares desde casi cuatrocientos metros de altura. La isla de Manhattan, engarzada como una piedra preciosa en medio de su engaste de aguas negras y centelleantes, les devolvía la mirada: los rascacielos apuntados, todos iluminados; las calles que parecían desfiladeros; el tráfico, tan diminuto y sin sentido; el gran retazo verde de Central Park. El Hudson discurría a lo lejos, más como el destello de la hoja de una espada que como un río noble. Desde allí comprobaron que la ciudad no era la sucesión infinita de cañones que habían imaginado y de las que sus pies y piernas daban testimonio, sino que tenía límites, los cuales se desvanecían en los mantos de oscuridad de las aguas que la rodeaban por todas partes antes de dar paso al centelleo renovado de Union City, Newark y Queens.

En cierto modo, le parecía natural que la primera vez que contemplaba esas vistas fuera con Isabella.

Sintió la mano de su hija entrelazándose de nuevo con la suya. Beatrix estaba aturdida por el dolor y el cansancio, y cerró los dedos sobre ella, con fuerza.

La miró.

—¿Estás bien? —le preguntó.

Isabella respondió apretándole la mano, y luego dijo:

—Mamá, sabes que te quiero, ¿verdad?

Beatrix notó una opresión en el corazón y se le hizo un nudo en el estómago.

Recordaba haber sentido algo semejante, antes, hacía años.

Toda una vida.

Había descartado la posibilidad de volver a experimentar algo así nunca más.

—Yo también te quiero, Bella.

Unas nubes bajas cruzaron el cielo rápidamente, tan bajas que parecían estar lo bastante cerca para tocarlas.

—¿Te lo has pasado bien?

—Sí —contestó—. Yo... Yo...

—¿Qué pasa?

—Mamá —volvió a intentarlo, vacilante.

—¿Sí?

—Sé que estás enferma.

Beatrix no contestó de inmediato, no sabía qué debía responder. Nunca le había mencionado su enfermedad, pero eso no significaba que pudiera ocultarla fácilmente. Supuso que la chica tendría que estar ciega para no percatarse de que a su madre le pasaba algo malo. Esa tarde había acabado agotada y no había sido capaz de disimular las muecas de dolor. Isabella había tenido una vida difícil y Beatrix no deseaba cargarla con la triste certidumbre de que aún no había tocado fondo. Sin embargo, en ese momento comprendió que se había preocupado en vano. Isabella lo había averiguado de todas maneras.

—Tengo cáncer —reconoció—. ¿Sabes lo que significa?

—¿Es malo?

—Sí —admitió—. Muy malo.

—¿Te...?

—Sí —contestó con un nudo en la garganta—. No me queda mucho tiempo.

La chica volvió la vista hacia el magnífico tapiz que se extendía ante ellas. Parpadeó con vigor intentando contener las lágrimas que empezaron a anegar sus ojos, pero manaron de todos modos.

Beatrix sintió que los suyos también se empañaban.

—Lo siento, cariño.

Isabella trató de tomar aire.

—Pero, nosotras solo... Solo ha sido un año.

—Lo sé.

—No es justo.

—No.

Isabella respiraba de manera agitada, intentando dominar la emoción, con el labio tembloroso.

No era justo. Cuando la habían diagnosticado en Hong Kong, no le había importado. En cierto sentido, uno perverso, se había alegrado. Pensaba que no tenía ningún motivo por el que vivir y

aquello le ofrecía una salida, una solución. Por ese motivo prácticamente no había hecho nada para combatirlo. Llevaba años persiguiendo el olvido y aquello no dejaba de ser otra forma, si bien más permanente. Le parecía más sencillo cerrar los ojos, abrir los brazos y darle la bienvenida.

Pero las cosas ahora eran distintas.

—Lo siento —repitió Beatrix.

Isabella alzó la barbilla; las luces de la calle se reflejaban en el brillo de sus ojos húmedos.

—Solo queda uno, Bella.

—¿E irás a por él?

—Sí —contestó—, iré a por él.

El New York City Ballet tenía su sede en el Lincoln Center, en el Upper West Side, una de las zonas elegantes y distinguidas de la ciudad, repleta de bares y restaurantes de alta categoría destinados a la clientela que todas las noches acudía en masa para disfrutar de la oferta cultural. Beatrix se apartó a un lado y aparcó el Impala junto al bordillo, frente al largo tramo de escalones que conducían a la amplia plaza, la fuente iluminada y los grandes edificios que la rodeaban.

Apagó el motor y se volvió hacia Isabella.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Sí —contestó su hija, intentando ocultar los nervios.

—No va a pasar nada —aseguró Beatrix, descansando la mano en el hombro de la chica.

—Puedo hacerlo.

—Ya sé que puedes, Bella. ¿Estás lista?

—Sí.

—¿Tienes la foto?

Levantó uno de los dos móviles que acababan de comprar. Deslizó un dedo por la pantalla y apareció la imagen de una joven, de unos dieciocho o diecinueve años, que habían bajado de la página web de la compañía de ballet.

—Mira.

—Muy bien. ¿Y sabes dónde tienes que esperar?

—Sí, lo sé, en la entrada de artistas.

—Llámame cuando tengas claro adónde se dirige. ¿De acuerdo?

Beatrix habría preferido hacerlo ella misma, por descontado, pero el dolor se había vuelto tan insoportable que dudaba que pudiera caminar a un paso normal durante mucho rato. Además, cabía la posibilidad de que Control hubiera advertido a sus hijos sobre el aspecto que tenía. Aquello era importante y si se percataban de su presencia, el juego se habría acabado.

Tenía que hacerlo Isabella. Era ella o nada.

—Vale —dijo la chica.

Abrió la puerta y el aire frío se coló en el interior.

—Lo harás genial —aseguró Beatrix.

Isabella cerró tras de sí. Beatrix no le quitó el ojo de encima mientras la chica miraba a ambos lados, cruzaba la acera y subía los escalones. La multitud la absorbió antes de que hubiera alcanzado el segundo tramo.

Beatrix puso el coche en marcha y se incorporó al tráfico.



ISABELLA SE INTERNÓ en la amplia plaza encajada entre los edificios que componían aquel barrio cultural de Nueva York. El orden y la limpieza eran patentes, e Isabella no pudo evitar compararla con la plaza central de Marrakech, con aquella masa bulliciosa, confusa y palpitante de humanidad achicharrándose bajo el sol abrasador del desierto. Esta, con sus baldosas fregadas hasta sacarles brillo, sus carteles immaculados y sus ordenados parterres de plantas, era estéril y aséptica. Isabella sabía cuál prefería.

Cruzó la plaza con paso ligero hasta la entrada del edificio que buscaba. Sin perder tiempo, Isabella se adentró en el callejón que lo rodeaba y conducía a la parte trasera. La entrada de artistas se encontraba al final. La puerta estaba abierta, pero un cartel clavado con chinchetas advertía que solo se permitía el paso a los miembros de la compañía. Un empleado de aspecto aburrido, sentado en el cubículo de la entrada, comprobaba las identificaciones cotejándolas con la lista que aparecía en la pantalla del ordenador.

Isabella pasó de largo. El callejón desembocaba en una calle de aceras amplias en las que había un banco, junto a una parada de autobús. Se volvió y se apoyó en él. Desde allí tenía una vista clara del callejón y la puerta de entrada de artistas. Se ciñó el abrigo y se dispuso a esperar.



LOS ENSAYOS de la compañía acabaron media hora después y un torrente de personas empezó a desfilar por la puerta. Los bailarines eran los más fáciles de identificar: los hombres eran altos y ágiles; las mujeres, esbeltas y delicadas. Isabella aguardó, atenta. Varios bailarines se acercaron y esperaron en la parada del autobús, subieron a los vehículos que se detuvieron y se alejaron de camino a lo que hubieran planeado hacer el resto de la tarde.

Cassidy Finnegan, la hija de Control, fue de los últimos en salir. Isabella la reconoció de inmediato. Era alta y delgada, con una melena brillante que le llegaba por debajo de los hombros y una piel tan clara e inmaculada que casi irradiaba salud. Vestía una cazadora de cuero y un gorro de lana. Isabella estaba convencida de que era ella, pero aun así sacó el iPhone del bolsillo y repasó las fotografías para asegurarse.

Sí, era ella. No cabía ninguna duda.

La chica iba con otras dos compañeras, con las que compartía la misma complexión y la misma sensación de salud y felicidad radiantes. Llegaron a la parada del autobús y esperaron. Isabella se deslizó sobre el asiento para acercarse un poco más. Hablaban de uno de los coreógrafos, un hombre que, según decían, tenía cierta fama de salido.

Un autobús se aproximó a la parada; los frenos hidráulicos suspiraron al reducir la velocidad y detenerse.

La puerta traqueteó al abrirse.

Cassidy se despidió de las chicas, quienes subieron al vehículo, compraron un billete y avanzaron hasta el fondo. La joven se despidió con la mano mientras el autobús se alejaba y sus amigas le devolvían el saludo.

Cassidy se dirigió al norte.

Isabella se mantuvo a seis metros de ella, como su madre le había enseñado. Lo suficiente cerca para no perder el rastro, pero no lo bastante para delatarse.

Caminaron diez minutos, hasta que Cassidy llegó a la entrada de la estación de metro de 66

St.-Lincoln Center. Dejó la calle y se metió en el metro.

Isabella la siguió.

Cassidy deambuló por el andén hasta que un tren se detuvo frente a ella y entró en el vagón vacío. Se sentó e Isabella hizo lo propio en el extremo opuesto del vagón. Habían dejado un periódico en el asiento de al lado, así que se hizo con él y fingió que lo leía mientras observaba a Cassidy por encima de las páginas.

Calle Setenta y dos.

Calle Setenta y nueve.

Calle Ochenta y seis.

Calle Noventa y uno.

No parecía que tuviera intención de apearse.

Calle Ciento ochenta y uno.

Calle Ciento noventa y uno.

Dyckman Street.

Cuanto más al norte viajaban, más sola y vulnerable se sentía Isabella.

Calle Doscientos siete.

Calle Doscientos quince.

Isabella cogió el teléfono móvil y frotó un dedo por el borde metálico. Tenía que luchar contra el ansia de bajarse del tren, de abandonar, llamar a su madre y que viniera a buscarla.

Marble Hill.

Calle Doscientos treinta y uno.

Calle Doscientos treinta y ocho.

El tren se detuvo en Van Cortlandt Park. Cassidy, hasta entonces ensimismada en la lectura de su libro, levantó la vista y, con una alarma que se transformó en una mezcla de apuro y diversión, se levantó y se apresuró a abandonar el vagón. Isabella hizo lo mismo y se apeó en el andén justo cuando las puertas habían empezado a cerrarse. El tren exhaló un suspiro y se alejó traqueteando hacia las fauces oscuras del túnel.

Isabella no tenía ni idea de dónde se encontraba. Se trataba de una estación suburbana, la última de la línea, y el enlace con los barrios exteriores que rodeaban las afueras de la ciudad. Era más tranquila que las otras que habían pasado durante el viaje hacia el norte. Miró a su alrededor: había carteles publicitarios en las columnas que sostenían el techo; un músico callejero tocaba un flautín, con una gorra dispuesta delante de las piernas cruzadas; un ciego con un bastón buscaba a tientas el camino hacia la escalera.

Cassidy se colocó unos auriculares en las orejas y fue cabeceando al ritmo de lo que fuese que escuchaba mientras subía los escalones que conducían al exterior. Colocó el billete electrónico sobre el sensor, atravesó las puertas y salió a la calle oscura.

Isabella la imitó.

Beatrix siguió las indicaciones de Isabella en dirección norte conduciendo deprisa pero con atención. Se acercó al bordillo, aparcó y apagó los faros. Nunca había estado en la zona de Van Cortlandt Park y se sentía incómoda. Era un vecindario excavado en la ladera de la colina que descendía desde el embalse de Jerome Park Reservoir, y presentaba un terreno aterrazado con calles estrechas y sinuosas. Era tranquilo, con muchísimos árboles y jardines cuidados, casas neo-Tudor y neogeorgianas pegadas a grandes edificios de viviendas de ladrillo.

Miró inquieta hacia uno y otro lado de la calle. Al principio no veía a Isabella, pero percibió un repentino destello de movimiento en el retrovisor exterior cuando su hija cruzó la acera corriendo, abrió la puerta y se coló en el coche.

—¿Estás bien?

—Sí —dijo—. Perfectamente.

—¿Cómo ha ido?

—Ha ido bien.

—¿Dónde está?

—Se ha metido en ese edificio —respondió Isabella, señalando al otro lado de la calle, a una casa de tres plantas de piedra rojiza reconvertida en apartamentos.

—¿Sabes en qué planta?

—He esperado a ver. La luz de la primera se ha encendido después de que ella entrara. Antes estaba apagada.

—Buen trabajo —dijo Beatrix.

—¿Lo he hecho bien?

—Lo has hecho mejor que bien.

—¿Y ahora qué?

Beatrix se inclinó hacia ella, abrió la guantera y sacó la Beretta. Se la metió en el bolsillo de la cazadora de piel.

—¿Mamá?

—La necesitamos para lo que tenemos que hacer —dijo—. ¿Quieres esperarme aquí?

—Sí.

—Si ves entrar a alguien en el edificio, llámame.

—De acuerdo.



CRUZÓ la acera y caminó los casi treinta metros que la separaban de la casa de piedra rojiza. Se sentía como si la hubieran vaciado por dentro, como si le hubieran succionado todas las fuerzas. Sacó dos pastillas de morfina del bolsillo y se las tragó sin agua. No creía que fueran a servirle de mucho, ya que su cuerpo le pedía a gritos descansar, pero quizá fuesen mejor que nada.

Esperó al pie de los escalones del portal, escondida hasta que comprobó, hasta donde podía, que nadie la veía, y entonces subió con cansancio hasta la puerta. Sacó el pequeño destornillador plano que había comprado mientras Isabella seguía a la chica y metió la punta por la jamba, justo debajo del tirador. Dio un tirón rápido y firme hacia fuera, y el pestillo atravesó la caja de madera haciéndola astillas. El portal estaba abierto.

Entró en el vestíbulo. Vio la puerta del apartamento de la planta baja y una amplia escalera que conducía a la primera y la segunda. Empezó a subir por ella con la mano en el bolsillo, posada en la empuñadura de la pistola pero sin apretarla mucho.

Llegó a la primera planta, donde había una puerta con el número 2. El rellano estaba oscuro, y por la estrecha ranura entre la puerta y el suelo vio brillar una línea de luz dorada.

Le vibró el teléfono. Se lo acercó al oído.

—¿Bella? —susurró.

—Entra alguien.

Beatrix miró enseguida a derecha e izquierda. No había más puertas en el rellano, tampoco un lugar en el que esconderse.

Oyó una ahogada exclamación de sorpresa desde abajo, cuando quien fuera que entraba se dio cuenta de que habían forzado la cerradura.

Cruzó el rellano y subió casi todo el tramo de escaleras siguiente. Sería invisible para cualquiera que subiera, siempre que no fueran más allá de la puerta del apartamento 2. Si se dirigían a la segunda planta, no tendría dónde ocultarse.

Oyó los pasos de alguien que subía a la primera planta.

Sacó la pistola.

Los pasos llegaron al descansillo que había a mitad de escalera y prosiguieron.

Empuñó el arma y apuntó con ella hacia el descansillo intermedio.

Entonces oyó que llamaban a la puerta.

Respiró.

La puerta se abrió.

—Eh, Joel —saludó una voz de mujer.

—Tienes un problema, Cassy —anunció Joel—. Os han forzado el portal.

—Estaba bien cuando he llegado.

—¿Cuándo ha sido eso?

—Hace un cuarto de hora.

—¿Crees que alguien se habrá dejado la llave?

—No he visto a nadie.

—Entonces es que os han entrado.

Se produjo una pausa.

—¿Crees que debería llamar a la policía? ¿Qué hago?

Beatrix se puso de pie, quizá demasiado deprisa, y alargó un brazo hacia la barandilla para contener el mareo.

«Ahora no.»



INSPIRÓ y espiró para recobrar las fuerzas, luego bajó. Al llegar al descansillo intermedio giró y siguió bajando. Cassidy Finnegan estaba en la puerta de su apartamento. Frente a ella había un joven alto y con barba, guapo y fuerte. Ese era Joel.

—Adentro —ordenó Beatrix con una voz plana e imparable.

—¿Quién...? —quiso preguntar Cassidy, pero se quedó sin palabras cuando Beatrix la apuntó con la pistola.

Su rostro se llenó de terror.

Joel se volvió.

—¡Adentro!

—Tiene un arma —dijo Cassidy.

Beatrix llegó al rellano y agitó la pistola señalando la puerta. Cassidy retrocedió. Beatrix alargó el brazo y apretó la boca del arma contra la cara de Joel. Entonces también él entró. Ella los siguió y cerró la puerta.

Miró deprisa a su alrededor. Estaban en un pequeño pasillo con varias puertas. Una de ellas estaba entreabierta y dejaba ver los pies de una cama.

—Ahí dentro —dijo señalando el dormitorio.

—¿De qué va esto?

—Al dormitorio. Ya.

Los dos obedecieron, entraron caminando hacia atrás y con las manos levantadas. Beatrix los siguió.

—Quítate el cinturón —le dijo a Joel.

—¿Que me quite...?

—Quítate el cinturón —repitió, todavía con la voz calmada aunque cargada de amenaza.

Se volvió hacia Cassidy y señaló una bolsa de lona con una larga correa que había tirada sobre la cama.

—Dame la correa de esa bolsa.

Se hizo con el cinturón y la correa.

—Tumbate —ordenó.

Cassidy empezó a arrodillarse.

—Tú no —dijo Beatrix—. Solo él. Tú siéntate en la cama y no te muevas.

Joel hizo caso. Ella le ordenó que se diera la vuelta y él obedeció. Le dijo que pusiera las manos en la espalda y lo hizo. Enseguida le pasó el cinturón alrededor de los tobillos, lo abrochó y lo tensó con fuerza. Usó la correa para amarrarle las muñecas, luego tomó el extremo más largo y lo ató al cinturón, y así dejó al chico atado de pies y manos.

—¿Qué pretendes? —preguntó Cassidy.

—Cállate.

—No tengo dinero.

—No quiero dinero.

—Entonces ¿qué es lo que...?

—Escucha con mucha atención —la interrumpió Beatrix—. No quiero hacerte daño, a ninguno de los dos, y eso no pasará si haces exactamente lo que te diga. Pero si cometes alguna estupidez, te pego un tiro, y eso es una promesa. ¿Me has entendido?

—Sí —respondió la chica.

—Bien. Necesito que vengas conmigo. Tengo un coche fuera. Vas a bajar la escalera delante de mí, yo iré justo detrás. Muy pegada, demasiado cerca para no darme cuenta si haces algo que no sea exactamente lo que te diga. Abrirás la puerta, bajarás los escalones, saldrás a la calle y te

meterás en la parte de atrás del coche.

—¿Por qué? Si yo no...

—Solo vamos a dar una vuelta, y te prometo que no te haré daño si me haces caso. ¿Entendido?

—Sí.

—Y tú —dijo bajando la mirada hacia Joel—, quiero que te quedes aquí, bien quietecito. Recuerda, tengo a Cassidy conmigo y no quiero que la policía me distraiga. Cuando estemos fuera de la ciudad, yo misma los llamaré y les diré lo que ha pasado. Vendrán y te desatarán. ¿Me has entendido?

—¿Por qué haces esto? Somos gente normal.

Ella lo miró con dureza.

—Necesito que me digas que lo has entendido.

—Sí, claro que lo he entendido, joder.

—Vale, así está mejor.

Sacó el móvil y envió el mensaje de texto que ya tenía preparado.

«Arranca el coche.»



SEÑALÓ EL PERCHERO que había junto a la puerta.

—Coge el gorro y la chaqueta.

Cassidy descolgó un gorro de punto y una cazadora de piel y se los puso.

—Vamos.

Tomó a la chica del brazo y la empujó hacia la puerta con suavidad.

—Lo que ha dicho Joel es verdad —dijo Cassidy, volviendo la cabeza para mirarla—. Somos gente normal. Yo solo soy bailarina, no tengo dinero, no sé qué...

—Concéntrate en bajar hasta el coche de una pieza, por favor, Cassidy.

—¿Cómo sabes mi nombre?

—Que bajes la escalera.

Bajaron hasta el descansillo intermedio y luego siguieron. La puerta se había abierto del todo y Beatrix percibió fuera el zumbido eléctrico de la ciudad. Oyó una sirena quejarse a lo lejos. Sabía que no tenía nada que ver con ellas, pero eso cambiaría pronto.

Bajaron los escalones hasta la acera, Beatrix pegada a Cassidy como si fueran las mejores amigas del mundo. Su mano izquierda tocaba el brazo de la chica. Con la mano derecha sostenía la pistola, escondida en la manga.

—Es el Impala —dijo señalando el coche. Los faros estaban encendidos y el motor en marcha—. Adentro.

Cassidy abrió la puerta de atrás y subió. Beatrix cerró la puerta tras ella y montó delante. Isabella estaba en el asiento del pasajero. Su madre le pasó la pistola.

—No dejes de apuntarle hasta que hayamos salido de la ciudad —indicó.

Su hija se volvió en el asiento y sostuvo la Beretta con firmeza entre las manos.

Beatrix quitó el freno de mano, puso la marcha y se incorporó al tráfico.

Beatrix condujo durante dos horas seguidas. Le estaba costando un gran esfuerzo, y poco después de pasar Filadelfia supo que tenía que parar. Encontró un McDonald's con aparcamiento y se metió en él. Buscó una plaza vacía al fondo, lejos de otros coches, y apagó el motor. Sus manos se apretaron en dos puños cuando una oleada de dolor la inundó.

—¿Mamá? —preguntó Isabella.

Ella cerró los ojos hasta que el dolor remitió.

—Estoy bien, Bella —dijo—. ¿Tienes hambre?

—Supongo.

Se volvió para mirar a Cassidy.

—¿Tú tienes hambre?

—Sí.

—¿Qué quieres?

—No sé. Hamburguesa y patatas fritas. Una cola light.

Beatrix sacó un billete de veinte del bolsillo y se lo dio a Isabella.

—Ve a buscar una hamburguesa con patatas y lo que tú quieras.

—¿Y tú?

—Solo me tomaré un café.

—¿No quieres comer nada?

Notaba el estómago líquido, la idea de comer le daba asco.

—Estoy bien así. Solo una taza de café para mí. Que sea fuerte.

Isabella le dirigió una mirada de preocupación, pero bajó del coche y se fue directa a las luces brillantes del restaurante. Beatrix la observó por el espejo retrovisor hasta que desapareció dentro.

Volvió a centrarse y miró a Cassidy. La chica tenía una belleza excepcional, con un rostro delicado y elegante que parecía salido de un cuadro renacentista. Era esbelta, igual que Isabella, y Beatrix dudaba que tuviera un solo gramo de grasa. Todo en ella era grácil y preciso: sus movimientos, la línea de sus cejas, el brillo de sus uñas. Costaba creer que su padre fuera ese hombre al que ella tan bien conocía. Parecía inconcebible que un tipo como ese, repulsivo tanto moral como físicamente, pudiera haber engendrado semejante joya.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Beatrix.

—¿Tú qué crees?

—Lo siento.

—¿Lo sientes?

—Siento que esto sea necesario.

- ¿Qué es necesario? No me has contado nada, no entiendo lo que está pasando.
—No voy a hacerte daño.
—Dice la mujer que tiene una puta pistola.
—Esto no tiene nada que ver contigo.
—Entonces ¿con qué tiene que ver?
—¿Has hablado hace poco con tu padre?
—No. Desde hace un mes. Puede que más. ¿Esto es por él?
—Sí.
—¿Lo conoces?
—Así es.
—¿Y qué?
—Tenemos asuntos pendientes que solucionar.
—¿Y no has pensado en que era más fácil llamarlo por teléfono?
—No quiere hablar conmigo.
—¿Y cómo puedo ayudar yo en eso?
—Conseguirás que me preste atención. En cuanto lo haga, podrás irte. Te doy mi palabra.

Se produjo un momento de silencio mientras Cassidy rumiaba en el asiento de atrás. Beatrix contempló el tráfico constante de la autopista y, por encima, las luces parpadeantes de un avión comercial.

- ¿Adónde me llevas? —preguntó Cassidy.
—Vamos a verlo.
—¿Está en el país?
—¿No lo sabes?
—Se mueve mucho.
—¿Desde cuándo?
—Desde hace poco. Nunca sé dónde va a estar de un día para otro.
—¿Te ha dicho por qué lo hace?
—Negocios. No hablamos de eso.
—Está aquí, en la costa Este. Carolina del Norte. Ahí es a donde vamos.



EL DOLOR, en cierto sentido, resultaba útil. Era menos probable que se relajara y se quedara dormida al volante, pero todavía había momentos en que le era casi imposible resistir el tirón de los párpados, que se le cerraban como si estuvieran lastrados por pesos. Acababan de pasar Pocomoke, Maryland, cuando el furioso bocinazo de un camión de dieciocho ruedas la despertó de golpe. Abrió los ojos y se encontró con la barbilla en el pecho. Se había desviado hacia el centro de la carretera y tuvo que dar un volantazo brusco para volver a la derecha con los faros del gran camión brillando justo a su lado. Isabella y Cassidy iban dormidas y no se despertaron. Beatrix se concentró otra vez en el dolor de sus huesos.

Ya estaban muy cerca, a solo dos horas de camino.

Casi habían llegado.

Siguió la US 13 en dirección sur hacia la bahía de Chesapeake, cruzó el puente y llegó a su destino poco después de las tres de la madrugada.

Justo a tiempo; Beatrix apenas podía mantener los ojos abiertos y había decidido que, si tenía que conducir otra media hora más, dormirían en el coche. Había investigado el lugar en el que

quería alojarse mientras estaban en el St. Regis, antes de ir a buscar a Cassidy. Un centro vacacional veintinueve kilómetros al noroeste de Chesapeake, una serie de cabañas levantadas en el bosque, bonitas y apartadas, ninguna de ellas cerca de las demás. Había reservado una semana entera, aunque no necesitarían tanto tiempo. Sería perfecto.

Salió de la interestatal, siguió Portsmouth Boulevard hacia el oeste y condujo hasta llegar al cruce. Detuvo el coche en el aparcamiento, junto a la recepción. Había llamado con antelación para que les dejaran las llaves preparadas, y envió a Isabella dentro para recogerlas mientras ella se quedaba en el vehículo con Cassidy.

—¿Todo correcto? —le preguntó a su hija en cuanto volvió al Impala.

—Ningún problema.

Siguieron una pista larga y sinuosa, de un único carril, que solo estaba asfaltada los primeros cuatrocientos metros. Condujo con cuidado, el Impala no dejaba de dar sacudidas arriba y abajo, el haz de los faros se metía por en medio de los troncos de los árboles.

Su cabaña estaba al final del camino, en la orilla de un gran lago. El propietario había dejado las luces encendidas, así que unos charcos de dorada calidez se derramaban sobre el porche de madera.

Aparcó frente a la puerta.

—Nada de escenitas —le advirtió a Cassidy mientras apagaba el motor—. Ya has visto lo apartado que está esto. Estamos en mitad de ninguna parte. Nadie oiría nada y solo conseguirías ponerme de mal humor. Entraremos con calma y en silencio, y luego podremos dormir un poco. Mañana todo esto habrá terminado. ¿Lo has entendido?

La joven asintió con resquemor.

Beatrix bajó del coche. El aire nocturno era fresco y reconfortante, así que por unos instantes logró recuperarse de su cansancio. Isabella salió también y abrió la puerta de la cabaña, luego fue al maletero y cargó con el equipaje. Beatrix abrió la puerta de atrás y sacó a Cassidy tirándole del codo. La metió enseguida en la cabaña y luego regresó al coche. Sacó la cuerda que había comprado al mismo tiempo que el destornillador, subió otra vez al porche, se volvió para cerrar el Impala con el mando a distancia, entró y cerró la puerta con llave.

La cabaña era razonablemente grande. Había una sala de estar con una chimenea de leña, una cocina y una habitación individual. Las ascuas del fuego brillaban a través de la rejilla, e Isabella se acercó y echó dos troncos más. Prendieron enseguida, las llamas anaranjadas se extendieron con avidez sobre la leña seca.

Beatrix desenrolló la cuerda.

—¿Cómo? —exclamó Cassidy, señalándola—. ¿Qué cojones es eso?

—Todas necesitamos descansar —explicó Beatrix—. Si yo estuviera en tu lugar, esperarías a que todo el mundo se hubiera dormido y luego intentarías huir. No puedo permitir que hagas eso. Esto es para asegurarme de que no lo intentas. Solo será esta noche.

—Es ridículo —dijo la chica, pero no ofreció resistencia y permitió que Beatrix la llevara al dormitorio.

Allí envolvió la cuerda alrededor de las muñecas de la joven, le hizo un nudo constrictor y luego ató el otro extremo al cabecero de madera. Dejó margen de cuerda suficiente para que estuviera cómoda, pero no lo bastante para que pudiera salir de la habitación.

—Tumbate —ordenó Beatrix, y señaló la cama—. En el lado más alejado de la puerta.

La chica obedeció.

Beatrix se volvió hacia Isabella.

—Échate a su lado.

—No —dijo su hija—. Puedo dormir en el suelo. Duerme tú en la cama.
—Estoy bien, Bella. Dormiré en el sillón de fuera.
Isabella la miró con reticencia, pero accedió. Beatrix le sonrió.
—Descansa un poco. Mañana será un día importante.

Beatrix se despertó a las cinco de la mañana, acompañada por la luz del alba que se colaba por la ventana. Había olvidado cerrar las cortinas. El fuego se había apagado por la noche y hacía un poco de frío en la habitación. Músculos y huesos aullaron en protesta cuando quiso ponerse en pie. Esperó un momento, valorando su estado. La invadió la náusea habitual, empujando desde la boca del estómago, pero se disipó sin cobrar fuerza. Un minuto después se sintió con ánimos suficientes para levantarse. Cruzó la habitación poco a poco, apoyando una mano contra la larga pared, y cerró las cortinas sin hacer ruido.

Isabella y Cassidy estaban dormidas. Extrajo una manta hecha a mano de un arcón de madera y las tapó con cuidado. Isabella musitó un quejido y se movió ligeramente, pero no se despertó.

Beatrix entró en el lavabo y preparó la bañera. Se desnudó y se contempló en el espejo. El cáncer la había devorado por dentro. Siempre había sido esbelta, pero ahora estaba esquelética. Se le marcaban las costillas, y los codos y los hombros se le afilaban de manera obscena. Se volvió para mirar las cuatro rosas que se había tatuado en el brazo. Había espacio para dos más y, si hubiera tenido tiempo, habría visitado a Johnny Ink y se habría grabado la quinta en la piel, la que correspondía a Connor English. Pero no había tenido tiempo y no había testimonio de la muerte de English. Pasara lo que pasara al día siguiente, tampoco habría una sexta por Control.

Se acercó un poco más al espejo. El dibujo se veía con absoluta nitidez cuando se lo había hecho, pero por entonces tenía más carne en los huesos. A pesar del poco tiempo que había transcurrido, incluso había perdido músculo desde su regreso de Irak. La rosa de Duffy, espléndida y en flor, parecía marchita y arrugada. Igual que las demás. Los pétalos escarlata se encogían y morían, como ella.



BEATRIX SE SENTÍA un poco mejor cuando salió de la bañera, media hora más tarde. Oyó movimiento fuera y alguien llamó suavemente a la puerta mientras se ponía los vaqueros y una camiseta negra.

—Está abierto.

Isabella entró.

—¿Te he despertado? —le preguntó a la chica.

—No.

—¿Has dormido bien?

—Más o menos.

Beatrix se secó el pelo con una toalla y se lo cepilló para desenredarlo.

—¿Qué vamos a hacer hoy? —preguntó Isabella.

—Tengo que ir a comprar unas cosas.

—¿Quieres que te acompañe?

—No, necesito que te quedes aquí, Bella. —Señaló el dormitorio con un gesto de la cabeza, donde oía moverse a Cassidy—. No podemos dejarla salir. Ni siquiera un minuto. Si alguien la ve, todo se irá al garete. Necesito que te quedes con ella y que te asegures de que no salga de aquí.

—¿Cómo?

—Dejaremos que use el baño y luego volveré a atarla a la cama. Si hace ruido, nadie la oirá. Y también te dejaré la pistola. Por si acaso.

—¿Quieres que le dispare?

Los remordimientos de conciencia asaltaron a Beatrix al imaginar la situación.

—No tendrás que hacerlo.

—Pero ¿y si se escapa?

—No lo hará, Bella.

La chica echó un vistazo a la pistola que había en la mesa y frunció el ceño.

—¿Cuánto rato estarás fuera?

—Solo la mañana. Sé lo que necesito y dónde encontrarlo.

—Eh —las llamó Cassidy desde el dormitorio—. ¡Eh!

Beatrix se acercó a la puerta y cogió la Beretta cuando pasó junto a la mesa. Cassidy estaba sentada en el borde de la cama, con la atadura tirante.

—Tengo que... Bueno... Tengo que hacer pis.

Beatrix se aseguró de que la chica viera la pistola y luego deshizo el nudo, aunque lo dejó atado al armazón de la cama.

—Pues venga —dijo, y la asió por el brazo para acompañarla al lavabo.

Cassidy entró en el cuarto de baño. Beatrix la seguía lo bastante cerca para bloquear la puerta con el pie cuando la chica quiso cerrarla.

—¿Y un poquito de intimidad?

—No. La puerta se queda abierta. Haz lo que tengas que hacer.

—Joder —musitó la chica, exasperada. Se bajó los pantalones y se sentó.

Beatrix se dio la vuelta para que Cassidy disfrutara de algo de privacidad.

—Vas a pasar la mañana en la habitación —le informó Beatrix en un tono que no admitía réplica—. No voy a ir muy lejos. Si haces cualquier tontería, lo que sea, estaré aquí antes de que te des cuenta. Si haces lo que te digo, mañana a estas horas nos habrás perdido de vista. ¿Entendido? —La chica gruñó—. ¿Algún problema, Cassidy?

—¿Tengo elección?

—En realidad, no.

—Entonces ¿para qué te molestas en preguntarme? —Se levantó y volvió a tenderle las manos tras lavárselas y secárselas—. Venga, adelante. Será mejor que me ates.

Beatrix le ciñó las ataduras y luego se llevó a Isabella a la otra habitación.

—¿Crees que puedes hacerlo? —preguntó.

—Sí —aseguró la chica, convencida.

—Toma. —Le tendió la Beretta—. Saber que la tienes bastará para que no arme jaleo. No tendrás que utilizarla.

—¿Solo la mañana?

—Solo la mañana. Tan deprisa como pueda.



CONDUJO HASTA LA CIUDAD. Primero se detuvo en el centro comercial de Chesapeake Square, en Virginia. Aparcó el Impala y entró. Era temprano; las tiendas estaban abriendo en ese momento y había muy poca gente. Preguntó a alguien y siguió sus indicaciones hasta la tienda de electrónica de Radio Shack. Sabía que tendrían todo lo que necesitaba. Saludó al empleado de la puerta con un gesto de cabeza, cogió una cesta de malla metálica y recorrió los pasillos en busca de lo que llevaba anotado en la lista: un conmutador, un pulsador, un LED de cinco milímetros, conectores de audio mono, conectores de teléfono, soldador y estaño, cable de comunicación, clips para pilas, ocho pilas AA y un portapilas, pinzas de contacto y un rollo de hilo de nicrom. Añadió un juego de destornilladores, alicates de corte y un taladro con varias brocas. Finalmente, también se hizo con un teléfono Samsung de prepago y un soporte para el móvil.

Pagó, lo metió todo en bolsas, le dio las gracias a la cajera y regresó al Impala. Ya en el coche, encendió el móvil, se conectó a internet y buscó dónde podía encontrar el resto de la lista.

Había varios sitios que parecían prometedores.

Copió la dirección de la primera parada y la pegó en la aplicación de navegación. Colocó el móvil en el soporte, lo fijó al parabrisas y esperó a que generara las indicaciones.

Puso el coche en marcha y arrancó en dirección oeste para salir de la ciudad.



LO QUE BEATRIX quería comprar no era lo típico que se esperaba que necesitara alguien como ella y menos aún en las cantidades que tenía en mente.

Debía ir con cuidado.

Lo más importante era el fertilizante. Había una cooperativa Southern States en las afueras de Chesapeake. Sabía que no podría llevarse más que un par de bolsas sin suscitar preguntas que no podría responder, así que metió dos sacos de diez kilos en el carro y los llevó hasta la caja. La empleada le pidió una identificación y Beatrix le enseñó el carné de conducir falso que se había traído de Marruecos.

La mujer se bajó las gafas, le echó un vistazo a la foto y luego a Beatrix.

Le sonrió con dulzura.

—¿Para qué va a utilizar todo esto, señora?

—Caballos —contestó Beatrix—. El estiércol de los establos. Mezclas esto con virutas de madera y las boñigas y el compost se hace el doble de rápido.

—Claro, por supuesto —dijo la mujer—. Disculpe la pregunta.

—No pasa nada.

—Hoy en día hay que ir con ojo. —Enarcó una ceja y añadió con gran indignación—: Terroristas. Con unas cuantas bolsas de estas pueden volar por los aires cualquier cosa.

—Eso he oído.

Otro empleado la ayudó a cargar el fertilizante en el maletero del Impala. Beatrix le dio las gracias y se puso en camino.

Repasó la lista y escogió la segunda parada en el camino, para lo que continuó hacia el oeste hasta que llegó a la ferretería que había cerca del lago Cavalier, un agradable negocio familiar. Recorrió los pasillos y escogió dos garrafas de polietileno de veinticinco litros y cuatro botellas grandes de limpiador comercial con nitrometano líquido. El dueño charló con ella sobre el tiempo

mientras pagaba.

A continuación se detuvo en otra granja en Portsmouth, donde compró dos sacos más de fertilizante, si bien estos los colocó en los asientos traseros.

Condujo hasta el cuarto destino por carreteras secundarias durante otra hora hasta que encontró una gasolinera tranquila que la convenció para lo que se proponía. Se detuvo junto al surtidor, descolgó la boquilla y llenó el depósito del Impala hasta arriba. Luego rodeó el maletero y, asegurándose de que nadie la veía, llenó las garrafas con otros veinte litros de combustible y las cerró con las tapas herméticas.

El dolor y el cansancio empezaban a hacer mella, pero ya había acabado. Pagó al empleado, compró una botella de agua y un paquete de chicles y volvió a arrancar para regresar a la cabaña. Había estado fuera algo más de tres horas, pero ya tenía todo lo que necesitaba.



DETUVO EL COCHE, la gravilla que cubría el camino crujió bajo los neumáticos. La preocupación la asaltó cuando abrió la puerta y bajaba del vehículo. Isabella era una niña muy capaz, pero sabía que estaba pidiéndole demasiado. El año que había pasado entrenándola tenía varios objetivos, quería que supiera disparar distintas armas, defenderse, que fuera fuerte y estuviera en forma. Pero una de las finalidades más importantes del adiestramiento, la menos tangible de todas, había sido eliminar la ingenuidad propia de su edad. Solo lo había conseguido en parte. Decía mucho del carácter de su hija que, a pesar de todo, conservara la inocencia, bajo la superficie. En cierta manera, le complacía haber fracasado al respecto, aunque en ese momento, mientras subía los escalones del porche, rezó para que no hubiera surgido ningún problema que la hubiera puesto en peligro.

La puerta estaba cerrada. Giró el pomo y la abrió.

—¿Isabella?

—Estoy aquí —contestó su hija.

Beatrix entró. La chica le había dado la vuelta a una silla para sentarse de cara a la puerta del dormitorio. Beatrix se acercó y vio que tenía la Beretta en el regazo.

—¿Va todo bien?

—Nada de lo que preocuparse —aseguró Isabella.

—¿Te ha dado algún problema?

—Intentó convencerme para que la desatara, pero le dije que no iba a hacerlo.

—Bien hecho —la felicitó Beatrix, aliviada.

Se inclinó y la besó en la coronilla. El movimiento le provocó una punzada de dolor y torció el gesto, agradecida de que su hija mirara hacia el otro lado y no pudiera verlo.

Se hizo cargo de la pistola y entró en el dormitorio. Cassidy estaba sentada en la cama, con la espalda apoyada en el cabecero y las piernas recogidas y pegadas al pecho.

—Ya has vuelto —masculló la chica.

—Sí, aquí estoy.

—¿Vas a desatarme?

—Sí. —Alargó las manos y la soltó—. Todo habrá acabado dentro de nada.

—¿En serio? ¿Alguna razón por la que debería creerlo?

—No, pero es así. Solo hay una cosa que quiero que hagas.

—¿Qué?

—Quiero que llames a tu padre.

—¿Para decirle qué?

—La verdad. Cuéntale qué te ha pasado. Dile que estás conmigo.

—¿Y cómo me refiero a ti? No sé cómo te llamas.

—Beatrix. Él sabe quién soy. Pero ni se te ocurra decirle dónde estamos. No quiero que le des la menor pista. Eso me haría enfadar y no te conviene. Hablarás con él quince segundos máximo y luego me pasarás el teléfono. —La miró muy seria a los ojos, fijamente—. ¿Crees que puedes hacerlo, Cassidy?

—Claro. Sin problemas. Dame un teléfono.

Beatrix sacó el de prepago que había comprado en Radio Shack, lo encendió y se lo entregó. C cogió la pistola y la dejó en el regazo.

—Recuerda: no hagas ninguna tontería.

Cassidy palideció, miró el teléfono y empezó a marcar el número.

Control estaba sentado a la mesa de reuniones de cristal, aunque apenas prestaba atención a la presentación en curso. No se trataba de un encuentro halagüeño. Beatrix Rose había causado un daño incalculable a Manage Risk en Irak y se había convocado a la junta para evaluar la situación y decidir qué medidas debían tomarse.

Había acudido la plana mayor de la empresa. La difícil tarea de plantear el escenario había recaído en uno de los oficiales de inteligencia, quien lo hacía de manera sumamente minuciosa y precisa mientras enviaba miradas cautelosas a la cabecera de la mesa, donde Jamie King cavilaba en silencio.

Control estaba familiarizado con el caso, y harto también. Había surgido un problema con uno de los operativos, Mackenzie West, empleado en la misión. De vez en cuando la cagaban, y esa era una de esas ocasiones. El hombre, un exsoldado a quien de pronto se le había despertado algo tan absurdo como la conciencia, había sido testigo de unos disturbios en los que los manifestantes habían acabado muertos después de que Manage Risk hubiera intentado dispersarlos, y había amenazado con hacerlo público. Habían comprendido que se encontraban ante una persona inestable y lo habían detenido para realizarle una «evaluación médica», aunque se trataba de un tibio eufemismo: lo que querían era retirarlo momentáneamente de la circulación hasta que se les ocurriese la mejor manera de neutralizarlo.

Alguien lo había ayudado a escaparse y lo había llevado a Kuwait.

Control distinguía la mano de los servicios de inteligencia británicos a un kilómetro de distancia.

Era la clase de operación que él mismo habría intentado cuando estaba al mando del Grupo Quince. Su sucesor, Michael Pope, había conseguido un verdadero golpe de efecto.

—¿Y si declara en nuestra contra? —preguntó King.

—Primero tendría que presentar pruebas contra nosotros.

—¿Y si lo hiciera?

—Los iraquíes cancelarían el contrato y lo sacarían a concurso.

—¿Existe la posibilidad de convencerlos de que han reaccionado de forma exagerada?

El hombre negó con la cabeza.

—¿Cuánto nos costaría? —preguntó King.

—El contrato es de veinticinco millones —le informó el director financiero.

—¡Veinticinco!

—No es solo el contrato, Jamie —intervino la mujer responsable del departamento de asuntos gubernamentales—. Es todo. El campo petrolífero volverá a estar en juego y eso supone miles de millones en impuestos. No han dejado de llover críticas tanto desde la Casa Blanca como desde el

Tesoro, y eso sin mencionar la mierda que tengo que aguantar de las compañías petrolíferas a casi todas horas.

—¿A qué mierda te refieres?

—A cuando dicen que las ranas criarán pelo antes de que vuelvan a pensar en trabajar con nosotros.

—¿Riesgos legales? —preguntó King, mirando al abogado.

El hombre tamborileó con el lápiz sobre la mesa.

—El Departamento de Estado ha dicho que revocará nuestra licencia para operar allí. No es un farol. El Departamento de Justicia está planteándose emprender una acción judicial contra nosotros. Mi fuente dice que el FBI ya ha hablado con West. Dos agentes volaron a Kuwait. La última vez conseguimos librarnos, pero todo esto no había salido. Ahora será más difícil. Y se trata de cargos colectivos. Podrían afectarnos a todos.

—¿Qué quieres decir?

—Responsabilidad civil, Jamie. Multas. Penas de cárcel, incluso.

King se volvió hacia Control.

—Esa maldita mujer —masculló—. El rencor nos está saliendo caro.

Aunque empleaba un tono jovial, Control no pasó por alto lo afilado del comentario.

El debate se trasladó a las implicaciones económicas del incidente. El mercado de valores aún desconocía la magnitud del problema, pero coincidieron en que los inversores se asustarían y, salvo que se actuara con decisión, aquello podía provocar una estampida de accionistas. Si eso sucedía, cabía la posibilidad de que los bancos se alarmaran y empezaran a exigir el pago de los préstamos. Lo cual, a su vez, ofrecería a sus clientes un motivo para cancelar los contratos. Todos los contratos clave tenían cláusulas de rescisión que podían ejecutarse en el caso de que la solvencia de la empresa suscitara dudas. Era fácil imaginar lo que podría llegar a ocurrir si no retomaban el control de la situación: las cosas se precipitarían, una detrás de otra, como una ristra de fichas de dominó, y nadie sabía hasta dónde alcanzarían los daños. Toda la compañía podía estar en juego.

Control contemplaba descontento los garabatos que había hecho en los márgenes de la libreta cuando su teléfono empezó a vibrar sobre la mesa.

Muy pocas personas conocían el número.

Alargó la mano de inmediato y miró la pantalla.

Número desconocido.

—Disculpen —dijo—. Tengo que contestar.

King lo fulminó con la mirada.

Se llevó el teléfono a la oreja.

—¿Sí?

—¿Papá?

Control frunció el ceño.

—¿Cassy?

—¡Papá!

La tensión atenazaba la voz de su hija. El pánico empezó a apoderarse de él cuando todos los puntos se unieron.

—¿Estás bien?

—No tengo mucho tiempo, solo unos segundos. Me ha secuestrado una mujer. Dice que la conoces.

—¿Beatrix Rose?

—Sí, Beatrix.

—Es ella —musitó Control mirando a King y señalando el teléfono.

King alargó la mano hacia el suyo y se puso en contacto con el centro de comunicaciones para asegurarse de que la llamada estaba siendo triangulada.

—¿Papá?

—Sigo aquí.

—Dice que quiere hablar contigo.

—¿Estás bien...?

No hubo respuesta, únicamente el ruido del teléfono al pasar de una mano a otra.

—Hola, Control.

—¿Beatrix?

—Sí.

—Si le haces daño...

—¿Qué? ¿Qué vas a hacer?

—Yo...

—No harás nada salvo lo que yo te diga. No tengo intención de hacerle daño. Si haces lo que te pida, no le haré nada. No le tocaré ni un pelo.

Control se apartó el aparato de la oreja y activó el altavoz.

—¿Qué quieres?

—Que nos veamos. Tenemos muchas cosas que discutir.

—¿Discutir?

—Es una forma de hablar.

—¿Estás loca? Sé qué les has hecho a los demás.

—No te queda elección. Tú accedes a vernos y yo llevo a Cassidy conmigo. En cuanto acabemos, es toda tuya.

King levantó un dedo imperioso en el aire, señal de que debía mantenerla al habla. Control sabía que no funcionaría.

—Me matarás —dijo.

—¿Quieres que te la mande de vuelta en pedacitos?

Control tragó saliva.

—¿Dónde?

—Hay un viejo autocine a las afueras de Carrsville.

—¿Cuándo?

—Mañana por la mañana. A las seis.

Control miró a King, quien asintió.

—Está bien. Hablemos. Podemos llegar a un acuerdo.

—Sé puntual.

La línea se cortó.

Beatrix se había detenido a comprar provisiones en una tienda de comestibles de camino a la cabaña y esa noche Isabella preparó sándwiches para las tres. Beatrix encendió el televisor y vieron las noticias, a las que siguió una comedia que no le sonaba. Cassidy comió de mal humor, sin decir nada, sentada en un rincón de la habitación, lejos de ellas. Beatrix había cerrado la puerta con llave y prefería que las acompañara en lugar de que estuviera en el dormitorio. La chica había aceptado lo que había sucedido y, ahora que atisbaba el final, parecía bastante dispuesta a cooperar.

Beatrix fregó los platos, luego recogió la mesa y dispuso ante ella los componentes que había comprado en Radio Shack.

Empezó con la fuente de alimentación. Cortó un metro de cable de comunicación y peló los extremos. Unió uno a un clip de pila de nueve voltios y lo fijó a un portapilas AA. Desenroscó una clavija mono de 3,1 milímetros y la conectó a los cables pelados, separando cada uno con un trozo de cinta aislante. Todo parecía correcto. Encajó las pilas en el portapilas.

Sabía que Cassidy había dejado de prestar atención al televisor y la observaba.

—¿Qué haces? —preguntó.

—Nada.

Dejó la fuente de alimentación a un lado y pasó al detonador. Con el taladro, perforó la parte delantera de la cubierta de plástico para encajar el interruptor y el LED, y practicó dos agujeros en la parte superior para el pulsador y el conector de audio de 6,35 milímetros. Instaló los componentes y los conectó a los cables.

Adosó el pack de pilas y accionó el interruptor. El LED se iluminó.

Cassidy continuaba observándola.

—¿Qué es eso? —preguntó con mayor insistencia.

—Mira la tele.

—Es una bomba, ¿verdad?

—Lo que sea no tiene nada que ver contigo. Tú mira la tele.

—Tiene que ver con mi padre. Quieres matarlo.

Beatrix sintió que la rabia afloraba.

—Lo de tu padre y yo es una larga historia.

—¿Y por eso estás fabricando una bomba?

Dejó los componentes en la mesa.

—¿Quieres saber qué me hizo tu padre?

Cassidy no respondió.

—¿Y bien? ¿Sí o no?

—No voy a tragarme nada de lo que digas.

—¿Alguna vez te ha contado qué hacía antes de venir aquí?

—Trabajaba para el gobierno.

Beatrix soltó una risita amarga.

—En la administración pública —añadió Cassidy con cierta confusión reflejada en su rostro.

—¿Cuántas veces habré oído llamarlo así? Estaba a sueldo del gobierno, pero con cargo a un presupuesto del que nunca se pasa cuentas.

—¿Y eso qué significa?

—Tu padre era el agente que estaba a cargo de un equipo de asesinos. Doce asesinos. Lo llamaban de muchas maneras: Hombres pluma, Echelon, pero fundamentalmente Grupo Quince. Él los enviaba por todo el mundo. Cualquiera que supusiera una amenaza para los intereses del gobierno británico, cualquiera que se saliera de la línea, quien fuera, tenía todos los números de recibir una visita de uno de sus agentes. Yo era uno de ellos, Cassidy. Tu padre era mi oficial de mando.

La chica se echó a reír.

—Tú estás loca.

Beatrix hizo caso omiso.

—¿Quieres saber por qué quiero hablar con tu padre? —Tardó un momento en proseguir. Cassidy quiso decir algo, pero Beatrix la interrumpió—: Hace diez años, tu padre ordenó que matáramos a dos agentes rusos en Londres. Creíamos que se trataba de una operación normal y corriente hasta que descubrí que quería eliminarlos porque estaban a punto de desvelar que era un traidor. Cuando averiguó que yo sabía qué estaba haciendo, ordenó a cinco de mis compañeros que me asesinaran, a mi familia y a mí.

Hizo una nueva pausa y esta vez Cassidy no dijo nada.

—Mataron al padre de Isabella. Me dispararon. Y luego, cuando comprendieron que no era tan sencillo acabar conmigo como creían, secuestraron a Isabella, se la llevaron lejos de mí. He tenido que vivir de incógnito hasta el año pasado. Tu padre mató a mi marido. Me arrebató la oportunidad de ver crecer a mi hija. Me quitó las dos únicas cosas que me han importado en esta vida.

Se levantó la manga de la camiseta para mostrarle las cuatro rosas que se había tatuado en el hombro y el brazo derechos.

—¿Ves esto?

—Sí —contestó Cassidy con un hilo de voz.

—Una por cada persona que me arruinó la vida. Debería haber una quinta, pero no he tenido tiempo de ir a hacérmela. También hay sitio para una sexta. Y esa es por tu padre.

—Estás loca —insistió la joven, aunque sin ninguna convicción.

—¿Qué crees que está haciendo en Estados Unidos? Sinceramente.

—Está aquí por trabajo.

—Está aquí porque se esconde de mí. Lleva años vendiéndose a una empresa de seguridad privada. Cree que ellos pueden protegerlo. Pero se equivoca. No pueden. Ni ellos ni nadie. Después de lo que me hizo, más le valía haberse metido una pistola en la boca y haber apretado el gatillo. Porque nadie me parará, Cassidy. No me detendré ante nada. Los otros cinco creyeron que podrían esconderse, pero están todos muertos. Tu padre es el último nombre de la lista. Y tú vas a ayudarme a tacharlo.

El apartamento que habían asignado a Control tenía un buen tamaño y estaba amueblado con el mismo celo minimalista tan evidente en el resto de El Refugio. Y, lo más importante, resultaba inexpugnable ante todo lo que no fuera un ataque de infantería a gran escala. Se encontraba en la quinta planta del edificio de alojamientos. El vestíbulo estaba vigilado por dos guardias armados, y había otra media docena más en el cuartel conectado al edificio por una pequeña pasarela cubierta. En el tejado había un equipo de francotiradores las veinticuatro horas. El bloque se encontraba en lo alto de una pendiente pronunciada, completamente rodeado por una valla de tres metros que estaba electrificada y coronada por alambre de espino. El bosque había sido talado en todas direcciones para que resultara imposible realizar una aproximación encubierta.

Habría sido una cárcel fantástica.

Control tenía que reconocer que a Jamie King no le faltaba razón, así que había empezado a llevar la Glock que le había conseguido, e incluso se había pasado por el campo de tiro para poner a punto esa destreza que había dejado atrofiarse con el paso de los años y la falta de práctica.

Acababa de regresar de una sesión de tiro. Se descolgó la pistolera de hombro y la dejó caer en la cama con la Glock. Se quitó la camisa y desabrochó el chaleco Kevlar que se ponía siempre que salía al exterior. Le habría gustado poder abrir la ventana para que corriera un poco de aire fresco por toda la habitación, pero las ventanas eran a prueba de balas y estaban selladas. El cristal blindado y el chaleco eran medidas que dificultarían a Beatrix llegar a él con un arma larga. Control conocía sus capacidades lo bastante para saber que esas precauciones no estaban de más.

Encendió el televisor, vio un rato la tele sin muchas ganas y luego volvió a apagarlo para encender la radio. Fue pasando por las emisoras presintonizadas hasta dar con una de internet en la que sonaba *The Dark Side of the Moon*. La dejó puesta, fue a la cocina y se sirvió una copa de vino. Regresó al salón con la copa, se sentó en un sillón elegante pero poco práctico y se puso a pensar.

Control era un hombre paciente. Siempre se había enorgullecido de ello. Tenía mal carácter, un hecho que confirmaría cualquiera que hubiera trabajado para él, pero siempre afloraba a raíz de alguna incompetencia. Cuando una misión requería un enfoque cauteloso, era capaz de agazaparse al acecho hasta que se presentara la oportunidad adecuada.

Ningún hombre duraba mucho en ese negocio sin aguante y perseverancia.

Cuando fue a la guerra todavía no era demasiado consciente de tener eso dentro. Era joven y cruel, no se conocía a sí mismo ni sabía lo que acabaría consiguiendo. Antes de ir, quienes lo

conocían decían que era empecinado e impaciente. Procedía de un entorno privilegiado, un espacio vacío de clase media alta reprimida que no había hecho nada por ponerlo a prueba ni le había ofrecido ningún molde en el que forjar su carácter.

Su guerra había sido Irlanda. El conflicto del Úlster lo puso en situaciones que cuestionaron su idoneidad para una carrera en los servicios secretos. Sin embargo, también lo puso en otras que sugerían que, con un poco de afinación, podría encajar perfectamente. Su inexperiencia quedó patente cuando una fuente jugó con él como si fuera un muñeco y lo utilizó para llevar a una patrulla hasta una emboscada en la que murieron tres soldados. Su crueldad, su malicia y su instinto de supervivencia se habían encargado de que el traidor acabara asesinado poco después, y el desastre quedó maquillado como un fallo de información del que él salió como un héroe.

Belfast lo transformó. Podría haber acabado con él igual que acabó con muchos de sus compañeros. Lo veía todos los días: chavales como él, recién salidos de la universidad, apenas preparados para hacer carrera en el MI5; soldados experimentados que ya sabían lo que era disparar en combate. La guerra contra el IRA fue un campo de pruebas, mató a unos hombres y devoró a otros. Control salió de allí crecido. Le sacó partido. Lo usó de crisol para fraguar su carácter.

Había observado bien y había aprendido. Había cambiado y se había adaptado. Estuvo sirviendo en Belfast cuatro años, tras los cuales contaba con un currículo del que sentirse orgulloso. Algunas partes eran incluso ciertas. Ese historial le valió para conseguir un puesto en Inglaterra, y más adelante, cuando llegó el momento, maquinar un traslado al departamento que acabaría siendo el Grupo Quince.

Aquellos primeros años, pensó mientras escuchaba la música con tranquilidad, habían sido la escuela perfecta para preparar el papel que adoptaría al final. Antes de llegar a Irlanda del Norte jamás había visto un cadáver. Jamás había estado cerca de la muerte en ningún sentido. La traición y la emboscada, así como sus tres compañeros muertos, fueron su primera experiencia con el derramamiento de sangre. Él fue quien los encontró, boca abajo, ejecutados de un tiro en la nuca. Antes de que sucediera eso, no había tenido ni idea de cómo reaccionaría ante algo así. Había especulado, lo había sopesado de manera teórica desde la seguridad del parapeto, en su posición fortificada; pero no había sustituto posible para la experiencia real. Conocía a hombres que se habían venido abajo y se habían roto. ¿Sería él como ellos?

No lo era.

Su primera reacción al ver a los soldados en esa casa lóbrega de Falls Road fue la curiosidad. Conque ese era el aspecto que tenía la muerte... Era algo real. Un estado. Un sustantivo. Algo que observar, analizar, reflexionar.

Su indiferencia habría podido calificarse de cruel, o incluso sádica, pero era la cualidad que lo había hecho tan resistente a lo largo de los años. Traficaba con la muerte. Esa era su especialidad. Ahí no había cabida para la tristeza y el remordimiento, tampoco para ningún otro sentimiento cursi que pudiera impedir que cumpliera con éxito sus objetivos. Analizaba sus blancos, planificaba su final y luego enviaba a esos hombres y mujeres que trabajaban como emisarios suyos, los mandaba por todo el mundo llevando con ellos sus órdenes y la promesa de un adiós definitivo para los pobres desgraciados cuyos expedientes habían acabado en su escritorio.

Había sido el jefe del Grupo Quince durante más de una década. Había durado más que sus superiores del MI6, secretarios de asuntos exteriores y primeros ministros. Era resistente como una cucaracha. Y durante ese tiempo le habían hecho llegar muchísimos expedientes para que se encargara de ellos. No sabía exactamente cuántos. Dejó de contarlos cuando el número alcanzó

cuatro cifras.

Recordó a sus mejores agentes.

John Milton.

Michael Pope.

Beatrix Rose.

Sus ángeles de la muerte.

Qué curioso cómo habían cambiado las cosas...

De pronto él era la presa.

No el cazador.

Sus ángeles iban a por él.

Se levantó, se acercó a la ventana y contempló la desolada zona pantanosa que había más allá del recinto del edificio de alojamientos.

Vio su reflejo en el cristal. Estaba envejecido. Las canas eran cada vez más abundantes en su cabeza y tenía menos pelo. Más arrugas se grababan en la zona de los ojos. Era la preocupación y el miedo, que iban cincelandole sus marcas en la cara.

La música seguía sonando. Miró fuera con calma. Un borrón negro en mitad del aire le llamó la atención, a unos quince metros. Lo enfocó mejor. Era un gavilán de Cooper. Vio su cabeza negra, su lomo gris azulado y su vientre blanco con esas características franjas rojizas. Volaba en círculo sobre las corrientes térmicas, trazando una serie de lazos perezosos que le permitían estudiar el terreno de abajo.

Control exhaló.

Su verdadero nombre era Lucian Finnegan, aunque ya nadie lo llamaba así. Nadie lo había llamado así en años. Llevaba tanto tiempo siendo Control, que a «Lucian» se lo había tragado su nuevo personaje y ni siquiera él pensaba en sí mismo como tal. Su mujer sí lo había llamado por su nombre de pila, pero eso fue antes de que se separaran, y ahora ya no se hablaban. Sus hijos lo llamaban «papá».

¿Tal vez debería ser Lucian de nuevo?

«No —pensó—. Lucian está muerto. Lucian fue la primera víctima de Control.»

Le interrumpió el zumbido del móvil. Lo sacó del bolsillo. Era Jamie King.

—¿Cómo lo llevas? —preguntó.

—He estado mejor.

—Seguro que sí.

—¿Se sabe algo?

King chasqueó la lengua con desagrado.

—No alargó la llamada lo suficiente.

—No es idiota. No dejará que la atrapemos tan fácilmente.

—La hemos triangulado dentro de veinticuatro kilómetros a la redonda. Está en la zona.

—No va de farol, Jamie. Viene a por mí.

Contempló al gavilán, que batía las alas manteniéndose en posición.

—Y nosotros estamos preparados para enfrentarnos a ella. Es solo una mujer. Sé que es muy buena, joder, ya he visto lo que es capaz de hacer. Pero solo es una y nosotros somos un ejército. No tiene ninguna posibilidad. Ni una sola.

El gavilán recogió las alas hacia atrás y se lanzó en picado hacia el pantano. En el último momento las extendió, adelantó las garras y, mientras batía el aire y empezaba a ascender de nuevo, Control vio algo pequeño e impotente apresado en ellas.

Apartó la mirada.

—¿Y el lugar de la cita?

—Está desierto. Hace veinte años que no se usa, ya nadie va por allí. No ha escogido un mal sitio. Buenas visuales, vistas amplias. Será difícil sorprenderla.

—¿Difícil?

—Estoy trabajando en ello. Difícil, pero no imposible. Ahora tengo a dos escuadras.

—Es lo que esperará.

—¿Preferirías que no estuvieran?

—No he dicho eso.

—¿Crees que trabaja con alguien más?

Control lo pensó.

—No lo descartaría. John Milton, tal vez. Y es igual de peligroso que ella.

—No me importa lo peligrosos que sean. Si se presenta allí, ella... y quienquiera que sea lo bastante idiota para acompañarla, acabarán superados en número y armamento. Tienes mi palabra.

—¿Y mi hija?

—La recuperaremos.

Volvió a mirar por la ventana y observó al gavián, que se llevaba a su presa hacia la oscuridad.

—De acuerdo —dijo.

—Esto casi ha terminado.

—Gracias por llamar.

King tenía buena intención. Le decía todas esas cosas que se suponía que debía decir, aunque ninguna de ellas significaba demasiado. No lo tranquilizaban en absoluto. Aquello casi había terminado, pero nada le daba la esperanza de que fuese a acabar bien para él. Era evidente que King lo decía en serio, que era sincero, pero no podía saberlo. No había visto las cosas que había visto Control.

El oligarca que se había atrincherado dentro de una fortaleza y se había rodeado de un ejército privado.

El desertor que se había refugiado en el seno del servicio secreto chino.

El playboy traficante de armas a bordo de su yate en mar abierto, a kilómetros de la costa.

El ministro de gobierno en el corazón de Bagdad.

Beatrix se había metido en sus guaridas como un espectro.

Los había eliminado a todos ellos y a decenas más.

Y al día siguiente lo estaría esperando a él.

De una forma o de otra, todo iba a terminar.

Beatrix abrió la puerta que daba al porche y salió. Hacía fresco, y el frío de la noche sobre su piel caliente y sudorosa resultó un alivio. Sabía que tenía un aspecto frágil y demacrado, algo que la oscuridad también le ofrecía la posibilidad de ocultar. Apoyó los brazos en la balaustrada, dirigió la mirada hacia los huecos negros que se abrían entre los árboles y luego cerró los ojos. Estaba cansada.

—¿Mamá?

—Hola.

—¿Estás bien?

—Sí, no pasa nada —aseguró Beatrix.

—Pareces... Parecías...

—Solo estoy un poco cansada, Bella —la interrumpió con delicadeza—. No pasa nada, estoy bien.

—¿Qué haces aquí fuera?

—Tomando el aire.

Isabella no dijo nada. Se puso a su lado y se recostó contra ella. Beatrix extendió el brazo para pasárselo por encima de los hombros. Le supuso tal esfuerzo que frunció el ceño con preocupación, aunque trató de mantenerse inalterable cuando Isabella ladeó la cara para mirarla.

—Tenemos que hablar de lo que va a pasar —comentó Beatrix.

—¿Cuándo?

—Mañana.

Isabella no contestó.

—Vas a ver cosas en las noticias y en los periódicos sobre mí. Sobre lo que he hecho y lo que voy a hacer. Dirán muchas cosas y no siempre serán ciertas. ¿Lo entiendes?

—Sí. Claro.

—Dirán que era una terrorista. Sabes qué significa, ¿verdad?

—Sí.

—Pues no es verdad. No tiene nada que ver.

—Ya lo sé, mamá.

Exhaló un suspiro.

—Buena chica —dijo—. ¿Sabes que...? ¿Sabes que...?

¿Qué iba a decir?

«¿Sabes que hago esto por ti?»



¿QUÉ TENÍA DE CIERTO? ¿Hasta qué punto no era más que la historia que quería creer?

¿Hasta qué punto solo se trataba de una justificación interesada de lo que era —y lo sabía— en realidad? Una venganza.

¿Pura y simple venganza?

Por un momento, la vergüenza le impidió hablar.

—Se lo merecían —dijo Isabella para sí misma con claridad, convencida y segura—. Y él más que ningún otro.

Beatrix volvió a sentir el nudo en la garganta. Tragó saliva con esfuerzo para deshacerlo.

—Escúchame —le pidió—. Ocurra lo que ocurra mañana, bueno o malo, quiero que vayas directa al aeropuerto. Llamas a Mohamed y te vas.

Isabella apartó la mirada.

—Hazme caso, cariño. No debes quedarte.

—Pero dijimos...

La asió por los hombros y la obligó a mirarla a los ojos.

—Lo digo en serio, Isabella.

—Pero dijimos que si no podías, que si sale mal, que si...

—Me equivocaba, en todo.

—¿Y el entrenamiento? Era para eso. Tú dijiste que si salía mal, yo tenía que acabarlo. Esa es mi misión. Por eso estoy aquí. Yo me ocupo de los cabos sueltos.

—No —la atajó con firmeza—. Fue un error. Me equivoqué.

—Entonces ¿para qué todo aquello si no era para esto?

—Me equivoqué, Bella. Esto no tiene nada que ver contigo. Es mi lucha. Siempre ha sido mi lucha, y nunca debería haberte involucrado en ella. El adiestramiento es para que sepas defenderte, si llega a ser necesario. No es para esto. —Extendió una mano en la oscuridad en un gesto que pretendía englobar a Control, a Manage Risk y lo que había decidido hacer—. En cuanto todo haya acabado, quiero que te vayas lo más lejos posible, ocurra lo que ocurra.

Isabella frunció el ceño.

—¿Lo entiendes, Bella?

—Sí —contestó su hija sin mirarla.

—¿Isabella?

—Lo entiendo.

—Buena chica —dijo—. Y ahora, ¿tienes claro lo del dinero? —preguntó, cambiando de tema para abordar la otra cuestión que necesitaba dejar atada.

—Sí —confirmó Isabella—, lo recuerdo.

—Está a tu nombre. Lo único que tienes que hacer es ir al banco con el pasaporte y ellos te darán acceso a la cuenta.

—Lo sé, mamá.

—Hay mucho. Un millón. Más de lo que necesitarás.

—Lo sé —repitió—, ya sé todo eso.

—Solo quería asegurarme. Dormiré mejor.

Continuaron en el porche, en silencio, absortas en sus pensamientos. Beatrix estrechó a su hija contra sí y sintió su calidez en el costado mientras olía las notas cítricas del champú que habían encontrado en el baño de la cabaña. Cerró los ojos y al cabo de un momento dejó de oír el televisor que Cassidy veía dentro, y la envolvió el canto de los grillos y el rumor de la brisa que

mecía las hojas y las ramas a su alrededor.

Allí fuera, rodeadas de paz y serenidad, se permitió imaginar otra vida, una distinta, una en la que no existían ni los cánceres ni las venganzas. Una con futuro. La idea, tan seductora, casi parecía real, y estrechó a Isabella contra sí. Un estallido de dolor recorrió sus nervios como los destellos de un relámpago de verano hasta alcanzar las sinapsis: un atisbo, un pequeño recuerdo de que sus sueños eran espejismos, cantos de sirena que la conducirían a la perdición si les prestaba atención. La realidad se impuso, la debilidad, el dolor y la inevitabilidad del final; tuvo que morderse el labio para reprimir un sollozo.

Isabella lo adivinó. Deslizó el brazo alrededor de la cintura de su madre y la estrechó con delicadeza mientras descansaba la cabeza en su hombro. Beatrix fue incapaz de contener las lágrimas.



ESA NOCHE NO DURMIÓ. Sabía que sería imposible y ni siquiera lo intentó. El dolor era constante y no había nada que pudiera hacer para aliviarlo. Se había acostumbrado a él. La ayudaba a tener presente que todo acabaría pronto. Todo terminaría, de una manera u otra. Se quedó en la sala de estar, hecha un ovillo bajo el resplandor de una pequeña lámpara, al calor del fuego que alimentaba con leños.

Pensó en su vida y en lo que había conseguido.

Admitió que se arrepentía de muchas cosas que tal vez habría hecho de otro modo.

Pensó en Lucas, su marido. Era sudafricano, trabajaba instalando sistemas audiovisuales de alta gama, y eran como el día y la noche. Mientras que ella era ardiente e impetuosa, él era un hombre serio y tranquilo de conmovedores ojos castaños colmados de paciencia y compasión. Sabía muy bien que no había sido fácil tratar con ella durante los primeros años de su matrimonio, que ella había dado prioridad a su trabajo y que, cuando estaba en casa, era presa de cambios de humor impredecibles motivados por la frustración derivada de saber que otros agentes estaban en el campo de batalla, viviendo la vida, y ella no. Había sido egoísta. Le había mentado sobre lo que hacía, y aunque sabía que Lucas era demasiado listo para creérselo, jamás la había presionado. Pensó en las semanas que pasaba fuera y en cómo se cerraba delante de él cuando volvía a casa. No había cumplido sus promesas y aun así él siempre había permanecido a su lado; ella jamás había dudado de su amor.

Recordó cómo la había mirado antes de que Lydia Chisholm le disparara.

«No pasa nada. Lo entiendo. Me sacrifico por mi hija y mi mujer y lo hago de buena gana.»



PENSÓ en el día que nació Isabella. Le habían concedido una baja de larga duración (aunque Beatrix solo pretendía tomarse seis semanas antes de regresar al trabajo), y Lucas y ella se habían instalado en su casa del East End de Londres. El embarazo se le hacía eterno, y cuando Isabella empezó a retrasarse, se impacientó y quiso acelerar las cosas. Habían salido a pasear al parque del barrio. Recordó los rojos y los naranjas, y el frescor fragante desvirtuado por la humedad y la descomposición que anunciaban el cambio de estación y la llegada del otoño. Recordó las contracciones, que había tomado por falsas, y el súbito crescendo, la llamada a una ambulancia que llegó demasiado tarde y a Lucas, tranquilo a pesar de todo, asistiendo el parto de su hija y

sosteniéndola en las manos con una cara de felicidad e incredulidad ante aquella cosita que habían creado entre los dos.

Pensó en la invitación de unirse al Grupo Quince. Ese había sido el eje alrededor del que había girado todo lo demás. Control le había presentado la propuesta en persona. Por entonces era otro hombre, o al menos ella lo recordaba diferente. Persuasivo como suelen serlo los chicos que han ido a colegios privados, una mezcla de confianza inquebrantable, bravuconería innata y la convicción de que era imposible que alguien como ella rechazara una oferta como esa cuando se la presentaba alguien como él.

Y tal vez tuviera razón. Quizá fue imposible.

Recordaba hasta el último detalle de ese día. Había regresado al cuartel después de una patrulla complicada y él estaba allí, esperándola. A pesar del calor asfixiante, iba con traje y una camisa de rayas azul y blanca. Su piel tenía un aspecto lozano y brillante, tan sonrosada y cerosa como una manzana, y llevaba la misma colonia que ella recordaría el resto de su vida, esa fragancia que la perseguiría en sus peores momentos, instantáneamente evocadora, a veces tan intensa como el olor del opio que acabaría inhalando para olvidarla.

Por entonces ella era más joven, tenía menos responsabilidades. La posibilidad de unirse a un equipo de élite, en secreto, con carta blanca para operar en cualquier parte del mundo, era embriagadora. Había crecido leyendo las novelas de Fleming y Le Carré y de pronto tenía ante sí la oportunidad de formar parte de ese mundo.

¿Cómo iba a rechazarlo?

Era imposible.

Ojalá, ojalá lo hubiera hecho

Abrió los ojos.

Todo estaba en silencio. Solo se oía el crepitar de las llamas y la respiración honda y relajada que procedía del dormitorio.

Isabella.

Recordó cuando se la arrebataron. La cara de terror de su hija. Solo tenía tres años, apenas era un bebé, y estaba con su padre cuando le habían disparado. Había visto cómo su madre había pasado por alto una bala alojada en su hombro y había apuñalado a una mujer en el cuello. Muerte, sangre y, a continuación, su madre abandonándola en manos de unos extraños. ¿Qué recordaba? ¿Hasta qué punto la había cambiado? Esa tarde mancilló su inocencia. Los años posteriores habían contribuido a extender la mácula y luego, a pesar de sus mejores intenciones, Beatrix temía que el año que habían pasado juntas hubiera destruido lo que quedara.

¿Había tenido elección?

Isabella pronto se encontraría sola y el mundo era un lugar cruel y despiadado.

No le había quedado más remedio que prepararla.



BEATRIX ENTRÓ SIGILOSAMENTE en el dormitorio a las cinco de la mañana. Aún no había amanecido, pero las primeras luces del alba empezaban a bañar de plata el horizonte, sobre los confines del lago. Tocó a Isabella en el hombro y cuando esta se movió, le hizo una seña para que la siguiera a la sala de estar.

Beatrix la esperó allí.

—Tengo que irme —dijo—. Es la hora.

Isabella no contestó.

—Ya casi está. Todo lo que hay que hacer. No queda nada.

El aplomo de Isabella se resquebrajó cuando intentó contener un sollozo.

—Lo entiendes, ¿verdad, Bella?

La chica asintió mientras las lágrimas resbalaban por las mejillas.

Beatrix sintió que el corazón se le rompía en un millón de pedacitos.

Isabella la miró con los ojos arrasados.

—¿No puede ser mañana?

—No, Bella, tiene que ser hoy. Ya lo sabes.

—¿Porque estás enferma? —preguntó, dirigiéndole una mirada directa, empañada y desgarradora.

—Sí —contestó Beatrix—. Estoy débil. No sé cuánto tiempo más seré capaz de hacer lo que debo. No me queda mucho.

Isabella se secó los ojos con el dorso de la mano e inspiró hondo para calmarse.

—Sé que tienes que hacerlo. Lo entiendo.

Beatrix le explicó cómo debía proceder a continuación. Tendría que quedarse con Cassidy el resto del día; luego la dejaría, atada a la cama, y llegaría a pie a la carretera principal. Desde allí llamaría a un taxi y luego se dirigiría a Filadelfia. Tenía dinero de sobra, y Beatrix ya le había comprado un billete de vuelta a París. Llamaría a Mohamed desde el aeropuerto Charles de Gaulle, donde se encontraría con él.

—A partir de ahora vivirás con él y con Fátima. Ellos cuidarán de ti.

Isabella sollozó, aunque trató de contenerse.

—No hagas caso de lo que digan de mí.

—Vale.

—Y, pase lo que pase, no debes quedarte.

Isabella se aferró a ella, le rodeó el pecho con los brazos y la estrechó con fuerza. Beatrix reposó la cabeza en el hombro de su hija y enterró la cara en el pelo rubio. Inspiró hondo su fragancia y se prometió que la recordaría durante las pocas horas que le quedaban.

Isabella tenía los ojos arrasados de lágrimas.

—Te quiero, mamá.

—Yo también te quiero, Bella.

Se separó de ella. También lloraba —no podría haberlo evitado aunque hubiera querido—, se volvió y se dirigió al coche. Entró, mordiéndose el labio tan fuerte que probó su propia sangre, el sabor del cobre, como las monedas antiguas, y se limpió la cara con la manga.

Encendió el motor y arrancó.

Le había tocado una mala mano, la peor de todas, y solo conocía una manera de jugarla. Isabella no estaría a salvo si ella perdía la entereza. Y, de todos modos, su propia muerte era una certeza. Era imposible evitarla, solo aplazarla. Ella escogería el momento de poner fin a su vida y las llamas que la consumirían salvaguardarían el futuro de su hija.

El trueque valía la pena.

Volvería a hacerlo sin pensarlo.

Y sería su legado.

No se atrevió a volverse, pero miró el retrovisor. Isabella la observaba desde el porche; no se movió hasta que Beatrix dobló suavemente la esquina y la perdió de vista.



DE CAMINO A SUFFOLK se detuvo en un camino lateral, donde estaba segura de que nadie la veía. Abrió el maletero y vació dos botellas de nitrometano en la primera garrafa de gasolina y las otras dos en la segunda.

El detonador inacabado también estaba en el maletero. Envolvió la cubierta en el hilo de nicrom, pellizó el cable pelado con unas pinzas cocodrilo y las conectó a la fuente de alimentación. Dejó el detonador en el maletero y desenrolló el hilo para que llegara hasta la puerta del conductor. Metió la clavija de 3,1 milímetros en la fuente de alimentación, accionó el interruptor para desarmarlo, conectó la batería, lo armó y apretó el botón. Funcionaba. Lo desconectó, accionó el interruptor para armar el detonador y lo dejó en el asiento de al lado.

Metió primera y arrancó. El sol asomaba por encima de las copas de los árboles. Tenía que darse prisa.

Cassidy estaba sentada en la cama, con la espalda contra el cabecero. Isabella se había colocado en diagonal frente a ella, de manera que sin cambiar de postura veía la puerta, la ventana y a la chica. Tenía la pequeña Beretta en su regazo y los dedos apoyados encima. Llevaban dos horas en esa misma posición.

—Esto es una gilipollez —dijo Cassidy, e hizo amago de levantarse.

—No —advirtió Isabella mientras deslizaba el dedo por el gatillo.

—¿Por qué haces esto?

—No pienso hablar contigo —respondió Isabella—, ya te lo he dicho.

—Venga, vamos, ¿cuántos años tienes? ¿Quince?

Isabella no respondió.

—¿En serio? ¿Eres más joven? ¿Catorce?

—No tengo...

—¿¡Trece?! Joder. ¿Tienes trece años y me estás apuntando con una pistola? ¿No te parece muy jodido?

Isabella la fulminó con la mirada.

—Deberías estar en el cole o algo así, ¿no?

Siguió sin contestar.

—¿Vas a quedarte ahí sentada mirándome todo el rato mientras la tarada de tu madre intenta matar a mi padre? Sabes lo que significa eso, ¿no? ¿Lo tienes claro? Esto te convierte en cómplice. De asesinato. Irás a la cárcel.

—No me convierte en nada que no sea ya —repuso ella con calma.

—¿Qué?

Isabella sacudió la cabeza. No pensaba dejarse arrastrar a una conversación con Cassidy. Su madre la había prevenido de ello. La distracción, lo que te hace apartar la vista de la pelota; eso fue lo que le dijo. Tenía que concentrarse.

Cassidy torció el gesto enfadada, y entonces, antes de que Isabella pudiera decir nada, se puso de pie.

—A la mierda con todo esto.

También Isabella se levantó, la apuntó con la pistola y con la otra mano le indicó que se sentara.

—Vuelve ahí.

—¿Qué vas a hacerme?

—Te dispararé.

—No, no lo harás.

—Te dispararé en la rodilla. —Bajó la mano que sostenía el arma—. Quieres seguir bailando después de esto, ¿verdad? ¿Cómo vas a bailar con una rodilla destrozada? No creas que no soy capaz.

Cassidy la miró, y por un instante Isabella pensó que iba a dejarla en evidencia. La rehén suspiró, sacudió la cabeza y volvió a sentarse.

Se quedaron de nuevo en la misma posición durante media hora más. Cassidy encendió el televisor del dormitorio y fue pasando canales con golpes bruscos del dedo mientras suspiraba con desdicha.

Se quedó en un episodio de *Malcolm*.

Cuando terminó, volvió a ponerse de pie.

—Siéntate —dijo Isabella.

—No, en serio, esto no va nada bien. Tengo que ir al baño.

Isabella arrugó la frente.

—¿Qué? ¿Es que no puedo ir al baño? ¿Qué quieres que haga?

—Está bien. Puedes ir, pero tengo que acompañarte.

—¿Quieres entrar? Vale. Lo que tú digas.

Isabella se acercó a ella con cuidado y desató la cuerda. Cassidy rodeó la cama de camino al baño y se desabrochó el cinturón.

—¿O sea que sí vas a entrar?

Isabella aflojó.

—Vale. Puedo verte desde aquí.

Bajó la mirada hacia la pistola que tenía en la mano mientras Cassidy se sentaba en el retrete. Se le hacía un nudo en la garganta al pensar en su madre. Sentía un dolor en el pecho. Una comezón. Sabía que no volvería a verla. Isabella era demasiado observadora para no haber reparado en lo mucho que había empeorado y lo deprisa que se había apoderado de ella la enfermedad. Hacía semanas que lo sabía, por la forma en que Mohamed y su madre dejaban de hablar cuando ella entraba en la habitación, por el bote de pastillas que encontró en la mesa del comedor cuando su madre olvidó llevárselo consigo. Internet le había dicho todo lo que necesitaba saber de ellas.

Sabía que iba a perder a su madre muy poco tiempo después de haberla recuperado de nuevo, y no sabía cómo lograría salir adelante. Había pasado tantísimos años guardando sus sentimientos para sí, comprimiendo sus esperanzas y sus miedos en pequeños paquetitos que pudiera esconder de los numerosos padres de acogida que habían ido y venido a lo largo de los desdichados años de su infancia, que no sabía si sería capaz de encontrar palabras para expresar cómo se sentía. Tampoco sabía a quién podría expresárselo. Suponía que tenía a Mohamed y a Fátima, pero estaban a miles de kilómetros aún. Se encontraba en un país que no conocía, y tenía la certeza, porque se lo había dicho su madre, de que muchísimas personas empezarían a buscarla muy pronto.

Seguía mirando sin mirar la pistola cuando la puerta del baño se cerró de golpe.

Su concentración regresó al instante, se levantó de la cama con impulso.

Oyó el chasquido del pestillo.

—¡Abre la puerta!

Dentro del baño se percibía una actividad frenética. Intentó accionar el tirador, pero la cerradura se mantuvo firme. Embistió con el hombro, pero su cuerpecillo esbelto era demasiado ligero para derribar la puerta. Se oyó un golpe, luego otro.

—¡Abriré a tiros!

Isabella levantó el arma en dirección al tirador. Le temblaba la mano, insegura al apuntar.

Se oyó un estrépito y luego el sonido que podría hacer una ventana atascada al abrirse de un golpetazo.

«Oh, no.»

«La ventana.»

«Por la parte de atrás.»

Corrió al otro lado de la sala y desbloqueó la puerta de entrada, la abrió sin perder tiempo y salió al día fresco. Rodeó la cabaña a toda velocidad para llegar atrás, y allí estaba: la ventana, completamente abierta. Se volvió hacia la maleza y creyó ver un destello de movimiento que, sin embargo, desapareció enseguida.

Se quedó inmóvil.

El mundo se extendía ante ella con sus innumerables opciones, pero se había quedado paralizada. Esperó allí, toqueteando la pistola bajo la tela de su sudadera sin saber muy bien qué querría su madre que hiciera, anulada por la inseguridad.

Le había fallado.

La había decepcionado.

Entró otra vez corriendo en la cabaña, cogió la bolsa y metió en ella su pequeño monedero, el dinero, el teléfono y las cuatro cosas que había sacado durante su estancia. Vio la cazadora de piel de Cassidy y también se hizo con ella. Además de la suya, levantó la bolsa de su madre por las asas y cruzó corriendo la habitación. Se guardó la pequeña pistola en el bolsillo y salió deprisa.

Beatrix dejó la carretera y llevó el coche hasta la entrada de un autocine abandonado. Era un espacio grande y amplio, con la antigua pantalla manchada frente a las amplias hileras que estaban pensadas para aparcar. Cada plaza estaba equipada con un poste metálico del que en su día habrían colgado los altavoces. Algunos seguían aún allí, balanceándose de sus cables, columpiándose adelante y atrás en la brisa ligera. El recinto estaba rodeado por una valla de tela metálica, y los carteles que habían colgado los agentes inmobiliarios indicaban que estaba disponible para reurbanizar. Beatrix revolucionó el motor. Delante tenía una caseta de madera y los restos de la barrera de entrada. Alguien había roto el brazo de madera, que estaba tirado impotente en el suelo, junto a la calzada. Soltó el freno y avanzó.

Había badenes a intervalos de diez metros, y cada nueva sacudida le provocaba un espasmo de dolor que le recorría el cuerpo. Se encontraba fatal, terriblemente débil, como si le hubieran succionado hasta el último resto de humanidad. Nunca se había sentido tan mal. Si ese día se hacía necesario cualquier clase de esfuerzo físico, no lo lograría. Sabía que estaría indefensa como un bebé. Notaba los brazos como si fueran pesos de plomo, lo más que conseguía hacer con ellos era girar el volante. Sus dedos se aferraban a él como garras.

La carretera de acceso rodeaba la zona de aparcamiento principal, y había que dar toda la vuelta para llegar a la entrada secundaria. Fue siguiendo la calzada sin dejar de vigilar por si veía algún indicio de estar metiéndose en una emboscada.



AL PRIMER EQUIPO de francotiradores le dieron el nombre de Halcón. Su posición estaba en el lado este del autocine. El recinto ocupaba una hondonada poco profunda; sus bordes elevados estaban cubiertos de maleza crecida, arbustos con pinta de estar enfermos y árboles pequeños. Habían encontrado un buen lugar mientras aún estaba oscuro. Llevaban trajes *ghillie*, un camuflaje profesional que prácticamente los fundía con la vegetación.

El coche abandonó la carretera principal y redujo la velocidad al acercarse a la entrada del autocine. Trozos de periódicos abandonados volaban en la brisa y se pegaban a la tela metálica de la valla.

—Informe —le dijo el francotirador a su oteador.

El segundo hombre se llevó los binoculares a los ojos.

—Objetivo. Sector Alpha. Al fondo. Vehículo. Parece un Impala.

—¿Situación?

—Trescientos sesenta metros y acercándose. Viento: medio valor, uno a la izquierda.

—¿Pasajeros?

—Negativo. Solo la conductora.

—Objetivo localizado. Avise.

El oteador abrió el canal.

—Puesto de mando, puesto de mando, aquí Halcón, cambio.

—Les recibimos, Halcón. ¿Qué tienen?

—Confirmación visual de la posición actual del objetivo.

La radio volvió a crepitar cuando el segundo equipo de francotiradores informó también.

—Puesto de mando, aquí Águila, cambio.

—Recibido, Águila. Adelante.

—Confirmamos localización del objetivo. Acaba de entrar en el perímetro. Solo es visible la conductora. Repito, no hay paquetes visibles en el coche.

—Recibido. Halcón y Águila, mantengan posiciones. Disparen solo a mi orden.



LA FORMACIÓN de helicópteros avanzó volando bajo y deprisa, con la enorme extensión pantanosa del Great Dismal Swamp a solo quince metros por debajo. Control iba en el helo de cola, un MH-6J. Era una nave veloz de dos plazas, usada por la Patrulla Fronteriza en el sur y también por Manage Risk para transportar personal clave por su extenso complejo. El segundo pájaro, un AH-64 Apache, era un helicóptero de ataque de dos motores que iba cargado de armamento. La compañía había comprado seis a Boeing por un precio total de cien millones de dólares. Solo los sacaban en ocasiones especiales, y esa lo era.

Control no tenía intención de subestimar lo que Beatrix Rose era capaz de hacer, y Jamie King estaba dispuesto a apoyar su valoración hasta el final.

La cabina era compacta, por lo que Control no iba especialmente cómodo. El chaleco de protección se le clavaba en las costillas y le hendía la carne blanda solo con que se estremeciera un poco, pero podía soportar la incomodidad si representaba la diferencia entre la vida y la muerte.

Volaban hacia el oeste. Había coches que se dirigían al norte y al sur, entrando y saliendo de Suffolk, y Control los miró desde lo alto con envidia. Gente que vivía su vida cotidiana. Tempranos y monótonos trayectos para llegar al trabajo. Todo eso había acabado por resultarle muy atractivo, le habría encantado cambiar su vida por una de rutina predecible. Sabía muy bien qué le esperaba allí delante. Se sentía como si estuviera poniendo voluntariamente el cuello en la guillotina.

El autocine apareció a poca distancia.

Control lo miró con un interés ávido, casi maníaco, mientras su piloto giraba sesenta grados y seguía la línea de la carretera principal hasta alcanzar la de acceso.

—Parece que ha llegado antes que nosotros —dijo el hombre, señalando el coche que había en el centro del terreno.

Control sacó un par de potentes prismáticos de campo y examinó el coche mientras el piloto levantaba el morro y reducía la velocidad. Beatrix Rose estaba sentada en la parte de delante. Parecía ir sola. El coche estaba aparcado de cara a la enorme pantalla de madera sucia que en su día habría estado recubierta de lona. Casi era como si hubiera ido allí a ver una película que nunca pondrían.

—Helo Uno a puesto de mando —dijo Control hablando al micrófono de sus auriculares.

—Recibido. Adelante, Helo Uno.

—Comprueben la matrícula ADC-143.

—Recibido. Espere.

Estaba aterrorizado y era difícil ocultarlo. Tenía miedo por su hija, desde luego, pero sobre todo tenía miedo por sí mismo. Sabía lo que quería Beatrix. Era evidente. No había secuestrado a Cassidy para obligarlo a salir ahí fuera y disfrutar de un *tête-à-tête*. No tenían nada de que hablar. Ella lo había dejado más que claro con las ejecuciones de los cinco agentes.

Esos agentes que lo habían decepcionado. No sentía lástima por ellos. Habían recogido lo cosechado. Sus propios fallos y su negligencia habían firmado su sentencia de muerte.

Control sabía muy bien lo que quería Rose.

—Puesto de mando a Helo Uno. Conteste, cambio.

—Adelante.

—El coche está registrado bajo una dirección de Nueva Jersey. Fue robado hace un año.

Control asimiló la información y la procesó, pero no contestó nada.

Beatrix estaba en el asiento del conductor con las manos descansando en el volante. No se veía ni rastro de armas, pero tenía que ir armada. Estaba inmóvil como una estatua. Cuando el helicóptero dio la vuelta para ponerse frente al coche, Control la vio con claridad, mirándolo impasible. La cabina tenía el cristal tintado, así que no era posible que ella lo viera a él, pero sintió como si lo hiciera. Sintió que su mirada atravesaba el cristal y llegaba directa hasta él.

—Puesto de mando a Helo Uno. ¿Me recibe?

No veía a los francotiradores, pero sabía que estaban ahí.

Ambos equipos la tendrían en el punto de mira.

Todo lo que tenía que hacer era dar la orden y Rose dejaría de ser un problema.

Pero ¿y Cassidy?

Su hija era lo único que le paraba los pies.

—Puesto de mando a Helo...

—Averigüen dónde ha estado ese puto coche.

—Lo estamos intentando, señor.



BEATRIX SE REPOSTÓ en el asiento y observó los dos helicópteros que describían círculos a su alrededor como aves rapaces aguardando para lanzarse sobre su presa. Al MH-6J lo llamaban Little Bird, «pajarito». Supuso que él iría en ese. El helo no estaba acorazado, y debía de quedar dentro del alcance de la explosión que ella podía provocar en un segundo. En su mano estaba ponerle fin a todo aquello, ahí mismo, en ese instante, pero no lo hizo. Necesitaba más. Necesitaba verle la cara una última vez antes de borrarlo de la faz de la Tierra.

Sabía que no estaban solos, desde luego. El primer francotirador se había escondido bien, pero ella sabía dónde mirar. Había un equipo de dos hombres en el borde de la hondonada, razonablemente bien camuflados con sus trajes *ghillie*, pero de cara al sol. Había visto el destello de la luz del día en los binoculares del oteador.

El segundo equipo estaba casi frente al primero, al otro lado de la hondonada.

No tenía dónde esconderse. Podía deslizarse bajo el volante, pero apostaba a que ambos tiradores iban equipados con fusiles de calibre 50, y unas balas tan grandes como esas podían atravesar la carrocería como un cuchillo caliente cortando mantequilla. Los dos la tenían situada

en el centro de un zona mortal de la que no habría forma de escapar.

Pero eso a ella le parecía bien.

No quería escapar.

Buscó dentro de su camiseta y sacó el medallón. Lo abrió y miró la fotografía de Isabella cuando era bebé.

El Apache se apartó de detrás del MH-6J y así obtuvo una línea de fuego clara para su armamento.

Ella encendió el móvil que tenía en el soporte del salpicadero y llamó al número de Control.

—Beatrix —se oyó por el altavoz.

—Te dije que no trajeras a nadie —repuso ella—, y has montado una fiesta.

—¿No esperarías...?

—Esperaba que te importara un poco más lo que pueda pasarle a tu hija.

—¿Dónde está?

—No muy lejos.

—¿Está con John Milton?

—No tienes que preocuparte por eso.

—Como le hayas hecho daño...

—No estás en situación de lanzar amenazas, Control.

—Ni tú tampoco.

«Sí que lo estoy —pensó—. No tengo nada que perder.»

—¿Dónde la tienes?

No contestó. Casi podía sentir su furia y su frustración.

—¡¡Beatrix?!

—No le pasará nada si haces exactamente lo que te diga.

—¿Qué quieres?

—Quiero que aterrices.

Levantó la mirada hacia el Little Bird y luego la desplazó hasta el Apache. Los francotiradores casi parecían sobrar. El Apache llevaba toda la dotación: la enorme y brutal ametralladora de 30 milímetros entre el tren de aterrizaje principal, cuatro puntos de anclaje en las semialas cargados con misiles Hellfire y contenedores de cohetes Hydra.

Beatrix notó la forma angulosa del detonador aferrado en su puño. Era un dispositivo de hombre muerto. Si le disparaban, su mano sufriría un espasmo y soltaría lo que sostenía. El relé haría contacto y detonaría la bomba.

—Baja ese pájaro, Control. Ahora mismo.



EL LITTLE BIRD DESCENDIÓ, el piloto aterrizó con pericia a unos treinta metros de distancia.

—Prepárese para despegar —ordenó Control.

—Sí, señor.

—Díales que esperen a mi señal —añadió, señalando con la cabeza hacia el Apache.

—Sí, señor. Lo saben.

—Cuando esté listo, quiero que la aniquilen.

Respiró hondo. Sentía las rodillas líquidas.

«Vamos. Termina con esto.»

Abrió la puerta de la cabina empujándola hacia atrás contra el fuselaje, y la corriente

descendente de las palas lo envolvió en un torbellino de aire frío. Bajó agarrándose al borde de la puerta para no caerse, luego echó a correr hacia el Impala.

Oyó el sonido de la voz de Beatrix por los auriculares Bluetooth que llevaba en los oídos.

—Eso está mejor. Ven conmigo.

Otra llamada hizo vibrar su teléfono.

Lo sacó del bolsillo y miró la pantalla.

No reconoció el número. La canceló.

Levantó la vista hacia el coche.

Beatrix le indicó que siguiera acercándose.

El teléfono vibró otra vez.

Se quedó mirando el número.

El Apache estaba cernido en lo alto como una amenaza.

Miró de nuevo a Beatrix.

Ella abrió la puerta y sacó un pie.

El teléfono zumbaba. Volvió a cancelar la llamada.

La puerta del conductor se abrió del todo y Beatrix bajó del coche. La corriente descendente de ambos helicópteros le alborotó el pelo rubio y tiró de su ropa. Control se quedó de piedra. Estaba demacrada y se movía con dificultad y con un dolor evidente, como si hubiera envejecido cincuenta años en la década que hacía desde que la vio por última vez. Parecía débil. La miró y no pudo creer que hubiera despachado a cinco de sus mejores agentes.

El teléfono volvió a vibrar.

Seleccionó la nueva llamada y se llevó el teléfono al oído.

—¿Qué?!

—¿Papá!

—¿Cassidy?

—Estoy bien.

Control retrocedió un paso.

—¿Dónde estás?

En el rostro de Beatrix asomó cierta frustración.

—Me he escapado. Estoy bien.

—¿Dónde...?

—Es una trampa, papá. Tiene una bomba.



BEATRIX VIO el cambio en la expresión de Control y supo que el juego se había acabado.

Control le dio la espalda, tropezando, y luego estiró un brazo en dirección a ella.

—¡Dispárenle! —gritó por encima del ruido de los rotores mientras echaba a correr.

La ametralladora giró y rechinó al apuntar.

Una doble hilera de balas empezó a comerse el asfalto, acelerando hacia ella.

Beatrix apretó el medallón que aferraba en la mano izquierda.

Con la derecha soltó el dispositivo.

El relé eléctrico hizo contacto y la corriente pasó por él.

Muchas ideas cruzaron por su mente a toda velocidad en una última maraña loca y descabellada, sin forma ni estructura.

Isabella.

Mohamed.

Fátima.

John Milton.

Michael Pope.

Control.

Su querido Lucas.

La escena en su sala de estar, diez años atrás, en otro mundo.

Spenser.

Chisholm.

Joyce.

Duffy.

English.

Control.

Su cáncer.

Isabella.

¡Isabella!

El dispositivo pasó la señal al detonador, el circuito se completó y la carga explosiva prendió una fracción de fracción de segundo antes de que la gasolina y el fertilizante del maletero explotaran. La tormenta de fuego hizo estallar el Impala en un millón de minúsculos pedazos y se expandió en una monstruosa y salvaje ola de destrucción.

Isabella se había abierto camino entre la maleza para llegar a la autovía. Se movía despacio y con cautela, plenamente consciente de que Cassidy se pondría en contacto con la policía, quienes acudirían de inmediato a la cabaña donde se habían alojado. Tenía que esconderse. Tal fue su precaución que tardó más de una hora en alcanzar la carretera, que siguió durante otra hora, sin apartarse de los márgenes boscosos, hasta que se convenció de que estaba lo bastante lejos de la cabaña para hacer autostop hasta la ciudad.

Solo tuvo que esperar diez minutos antes de que parara un coche y el conductor se inclinara para abrir la puerta del pasajero.

—¿Adónde vas? —preguntó el hombre.

—A Chesapeake.

—Yo también. Sube.

Isabella obedeció y ocupó el asiento del copiloto mientras evaluaba al hombre rápidamente. Rondaba la sesentena y vestía un traje barato y una camisa blanca con el cuello sucio. Olía un poco mal, como si hiciera varios días que no se duchaba, y el asiento trasero estaba cubierto de ropa, envoltorios de comida rápida vacíos y vasos desechables.

—¿Qué haces por aquí tú sola? —preguntó el hombre mientras se incorporaban al tráfico fluido de primera hora de la mañana.

—He salido a caminar —contestó Isabella.

La miró.

—¿En serio? —El hombre sonrió y mostró unos dientes pequeños y amarillentos—. ¿A las siete de la mañana?

—Sí.

—No vas vestida para salir de excursión.

—Vuelvo a la ciudad —se apresuró a contestar la chica, consciente de que su historia hacía aguas—. Estaba acampada con unos amigos. Nos hemos peleado y me he ido.

Volvió a mirarla, sin dejar de sonreír.

—¿Cuántos años tienes?

Isabella se sintió vulnerable, atrapada en un coche con un desconocido. Llevaba la bolsa abierta, lo más lejos posible del hombre. Metió la mano y sus dedos tocaron el acero frío de la pequeña pistola.

—¿Cuántos años tienes, guapa? —insistió el conductor.

—Trece.

—¿Y tus amigos? ¿Qué edad tienen?

—Son mayores.

—¿Y te han dejado ir sin más?

—Sí.

—¿Quieres que llame a la policía? No estoy muy puesto en derecho penal y esas cosas, pero, en mi opinión, eso es desatención infantil o algo así.

—No pasa nada —aseguró Isabella—. Preferiría hablarlo con mi madre.

—¿De dónde eres?

—¿A qué se refiere?

—A tu acento. No eres de por aquí, ¿verdad?

—Ah, no. No. Soy inglesa —contestó—. Vivo con mi padre la mayor parte del tiempo, en las afueras de Londres. Mis padres están divorciados.

—Ah, vaya...

Isabella sonrió incómoda ante el apuro del hombre.

—Pero mi madre vive aquí, en Chesapeake. Vengo a verla un par de veces al año.

—¿Y tienes amigos que dejan que andes por ahí perdida?

—Primos, de hecho.

—Ajá...

El hombre guardó silencio un momento, concentrado en el tráfico fluido, pero Isabella sabía que estaba procesando las respuestas que le había dado. No le parecía demasiado inteligente, pero no hacía falta que lo fuera para saber que la chica estaba mintiéndole, y era probable que sus respuestas lo hicieran cada vez más obvio.

Notó el tacto frío del acero de la pistola bajo la yema de los dedos.

La policía iniciaría su búsqueda en cuanto empezaran a atar cabos. Emitirían una orden cuando no dieran con ella, puede que la retransmitieran por televisión. Si ese hombre la veía, la recordaría muy bien.

Ya había llamado suficiente la atención.

¿Qué habría dicho su madre?

¿Se habría sentido decepcionada?

¿Qué habría hecho?

Cambió de planes. Tenía que salir de allí.

Se encontraban en las afueras de Chesapeake, muy cerca de una gasolinera rodeada por una serie de restaurantes de comida rápida.

—Aquí, por favor —dijo—. Aquí está bien.

—¿No quieres que te lleve a la ciudad?

—No, de verdad. Aquí está bien. Le diré a mi madre que venga a buscarme.

—De acuerdo.

El hombre puso el intermitente y enfiló el carril de salida.

Había un aparcamiento en la parte trasera de la gasolinera y los restaurantes y detuvo el coche en una plaza vacía.

—Creo que debería quedarme y hablar con tu madre. No sé, no está bien que te hayan dejado así, en la carretera, con lo pequeña que eres y esas cosas.

—No pasa nada —insistió Isabella, apresurándose a abrir la puerta.

Se apeó y la cerró tras ella.

El hombre se inclinó sobre el asiento y bajó la ventanilla.

—¿Seguro que estás bien?

—Sí, gracias —aseguró, aferrada a las correas de la bolsa.

Se la quedó mirando un instante, después se encogió de hombros, volvió a subir la ventanilla,

dio marcha atrás y dirigió el coche hacia el carril de incorporación para unirse al tráfico.

Isabella rechinó los dientes. Había sido un error. No había sabido manejar la situación. Tenía que hacerlo mejor.

Se colgó la bolsa al hombro y se encaminó hacia los restaurantes.



LA CAMARERA OBSERVABA a la joven sentada a la mesa que seguía con atención las noticias en la televisión.

Sacó la libreta del bolsillo delantero del delantal y se acercó a ella.

—Buenos días, cariño. ¿Cómo estás?

—Bien, gracias —contestó la chica, sin apartar los ojos del aparato.

—¿Qué te pongo?

Isabella le echó un vistazo rápido al menú.

—Tortitas, por favor, y un zumo de naranja —contestó, y volvió a mirar la pantalla.

—Enseguida.

La camarera regresó a la cocina y pasó la comanda. Cinco minutos después, recogió el plato y el zumo y los llevó a la mesa de la chica.

—Aquí tienes, guapa.

—Gracias.

Había algo raro en la chica. La camarera fue dándole vueltas mientras se acercaba a tomar el pedido a una familia que se había instalado en el otro extremo del restaurante. Cuando hubo acabado con ellos, la miró de nuevo. Seguía atenta al televisor, con expresión ausente. No había tocado ni las tortitas ni el zumo.

La camarera volvió a la mesa.

—¿Estás bien, cariño?

La chica la miró. Tenía unos ojos azules clarísimos, casi traslúcidos, que producían un efecto desconcertante.

—¿Disculpe?

—¿Las tortitas están bien? No las has tocado. ¿Quieres otra cosa?

—Ah, no —contestó ella con aire distraído—. Está todo bien.

De nuevo, volvió a mirar la pantalla.

La camarera hizo otro tanto. Estaban emitiendo una noticia de última hora, una conexión externa. Por lo visto había habido una explosión. Seguía la crónica cuando de pronto reconoció el viejo autocine de Carrsville. A lo lejos, por encima del hombro del reportero, se veían los restos carbonizados de un coche en medio del gran aparcamiento. También había un helicóptero, uno pequeño, y daba la impresión de que se había estrellado. Estaba volcado de lado. La entrada del autocine estaba acordonada con una cinta negra y amarilla que se agitaba con el viento. Había varios coches de policía, con las luces encendidas, aparcados en las inmediaciones.

—Eh, Herb —dijo la camarera, dirigiéndose al cocinero—, sube la tele, ¿quieres?

Herb apuntó el mando más o menos en dirección del viejo televisor y subió el volumen. El periodista, un lugareño al que la camarera reconoció de ver el mismo canal durante años, estaba entrevistando a un hombre identificado como el jefe de policía.

—Entonces ¿qué está diciendo? —preguntó el reportero—. ¿Está diciendo que se trata de una bomba?

—Debo matizar que aún nos encontramos en una primera fase de la investigación, pero sí, eso

es lo que parece. Un coche bomba. Ahora, si me pregunta por el responsable, eso no se lo puedo decir, al menos de momento.

—Pero ¿cree que se trata de un acto terrorista?

—Es una posibilidad que estamos investigando.

—¿Hay víctimas?

—Sí —contestó—. Una.

—¿Tiene alguna información al respecto?

—Creemos que se trata de una mujer.

—¿Algún herido?

—Sí, un hombre, con quemaduras graves. Lo han trasladado al Norfolk General de Ghent. Aparte de eso, ahora mismo no puedo decirle nada más, solo serían especulaciones.

La camarera devolvió su atención a la chica, que había dejado de mirar el televisor y comía sin apartar los ojos del plato mientras cortaba las tortitas en cuadrados perfectos con parsimonia. Untaba cada porción en sirope de arce y luego se lo llevaba a la boca.

Fruncía el ceño con gesto serio y decidido.



ISABELLA pagó el desayuno y se acercó al teléfono público del vestíbulo del restaurante. Debajo, en un pequeño estante, había una pila de tarjetas de visita de compañías de taxi a las que le echó un vistazo hasta que encontró una que le gustaba. Llamó al número y pidió un taxi. En el estante también había unas páginas amarillas en la que buscó la hache hasta llegar a la sección de «Hoteles». Arrancó la hoja, la dobló en cuatro y se la metió en el bolsillo.

Esperó fuera, bajo la fría luz de la mañana hasta que llegó el coche.

—¿Adónde, guapa?

—Al centro comercial de Greenbrier, por favor.

—Por supuesto.

Se sentó en la parte de atrás. El taxista no trató de entablar conversación, lo que resultó un alivio. Isabella abrió la bolsa y, con cuidado de no descubrir más de lo necesario, metió la mano y la pasó rápidamente por el grueso fajo de billetes. Había de cincuenta y de cien, un buen montón. Bien. Iba a necesitar dinero. Separó uno de cincuenta para el taxi, se lo guardó en la mano, y luego quinientos dólares para el hotel. Sacó trescientos más, se los metió en el bolsillo y cerró la bolsa.

Contempló los almacenes y centros comerciales de las afueras de la ciudad con ojos vidriosos, pensando en las imágenes que había visto en la televisión del restaurante. El coche solo era un chasis carbonizado, pero quedaba lo suficiente para reconocer el vehículo que su madre había conducido para llevarlas a Chesapeake.

El policía había dicho que había habido una víctima.

Una mujer.

Le empezó a temblar el labio inferior. Se lo mordió, decidida a no llorar en el taxi. Eso generaría más preguntas. Haría que el conductor la recordara. No podía permitirselo. Necesitaba pasar desapercibida. Ya habría tiempo para las lágrimas.

Se recompuso y el momento pasó.

El periodista había dicho que un hombre había resultado herido y que estaba siendo atendido en el hospital.

Había comentado que el hospital estaba en Ghent.

Tendría que averiguar dónde quedaba.



LE PIDIÓ al taxista que la dejara en la parte más céntrica del centro comercial para comprar lo que necesitaba antes de dirigirse al hotel. El lugar era tan grande como un estadio de fútbol americano, una extensa monstruosidad de dos pisos que se alzaba en medio de un aparcamiento gigantesco circundado por su propia carretera de acceso. El taxi atravesó el lugar desierto con estruendo y aparcó frente a la entrada de Macy's. Isabella pagó, le dio las gracias al taxista y se apeó. La puerta era amplia, toda cromo y cristal; se dirigió a ella y entró.

Se encontró directamente en la sección de perfumería. El aire estaba cargado de una fragancia mareante. Caminó entre las mesas y los mostradores repletos de productos caros, con sus dependientas tan perfectamente maquilladas como auxiliares de vuelo, hasta que encontró la calle principal que atravesaba el centro comercial. Había docenas de tiendas y outlets. El trajín de la gente que había ido a comprar rebotaba en los suelos relucientes, impolutos, y producía un alboroto que le resultó un poco desorientador. El último año en Marrakech la había habituado al ruido y el clamor, pero no era lo mismo. En el zoco reinaban el caos y la vida, pero allí todo le parecía sin alma e institucionalizado, un millar de personas circulando con la mirada perdida. Una música anodina sonaba en los altavoces. Isabella había ido a centros comerciales durante su infancia en Gran Bretaña, pero eran más pequeños y modestos. Nunca había experimentado nada parecido y le resultó inquietante.

Continuó caminando hasta que encontró una sucursal de T-Mobile. Había docenas de móviles en exposición, todos pegados a la pared junto a cartelitos que ensalzaban sus virtudes. Entró y se dirigió al expositor más cercano.

Un empleado se apartó de su puesto y se acercó a ella con paso diligente.

—¿Puedo ayudarte en algo?

—Sí, quería un teléfono —contestó Isabella.

—Entonces puedo echarle una mano. —El rostro se le iluminó al oler la posibilidad de venderle sin esfuerzo algo más caro de lo que necesitaba y, por consiguiente, una comisión mayor —. ¿Para qué lo vas a utilizar principalmente?

—Para llamadas y navegar por internet.

—¿Y tienes un presupuesto?

Pensó en el fajo de billetes que llevaba en la bolsa.

—¿Unos doscientos dólares?

El empleado se acercó al expositor y descolgó un Samsung.

—Este es el Galaxy Light —anunció antes de lanzarse a explicarle las características, que recitó como si se las hubiera aprendido de memoria. Isabella desconectó y pensó en todo lo que tendría que hacer antes de estar preparada.

—Me lo quedo —dijo cuando el joven hubo acabado.

Lo siguió al fondo de la tienda y rellenó el papeleo. Era un teléfono de prepago y puesto que lo pagó al contado, ni siquiera tuvo necesidad de dar un nombre. Venía con una cantidad de datos y minutos limitada, por lo que contrató un paquete adicional con el que se sintió más segura.

Le dio las gracias al empleado y abandonó la tienda.

Justo al lado había una farmacia, en la que se detuvo para comprar un tinte de pelo y un tarro de vaselina.

Estaba a algo más de tres kilómetros al norte del hotel que había escogido. La ciudad parecía un lugar agradable, repleto de amplios parterres bien cuidados a ambos lados de la carretera y multitud de tiendas. El taxi siguió por Greenbrier Parkway hasta la circunvalación de Hampton

Roads, donde tomó el desvío hacia Woodlake Drive.

El Staybridge Suites ocupaba dos edificios de apartamentos de cinco plantas idénticos, rodeados de jardines bien cuidados. Según la sección de las páginas amarillas que había arrancado de la guía, los apartamentos podían reservarse para estancias cortas y largas. Se trataba de una zona alejada del centro de la ciudad y parecía apartada y discreta. El edificio tenía un aspecto anodino, la clase de lugar en el que la gente entraba y salía sin llamar la atención. Eso era importante.

Inspiró hondo, empujó la puerta y se acercó al mostrador.

La recepcionista era una mujer de mediana edad de gesto amable.

—Hola, guapa —la saludó—. ¿Qué tal?

—Muy bien, gracias.

—¿Qué puedo hacer por ti?

—Querría una habitación, por favor.

—Claro, ¿cómo no? ¿Cuántos años tienes?

—Dieciséis.

—¿De verdad? Pareces más joven.

—De verdad —aseguró Isabella, y sacó el pasaporte falso—. Mire.

Lo dejó en el mostrador, abierto por la página de la fotografía y los datos. La recepcionista se puso unas gafas y lo examinó, comparando la foto con su cara.

—Dieciséis —repitió—. Madre mía, pareces mucho más joven.

—¿Les quedan habitaciones?

—¿Viajas sola, corazón?

—Con mi padre. Ha ido a ver a alguien a la ciudad. Por trabajo.

—¿Trabaja para las fuerzas armadas?

—Sí —mintió.

La mujer asintió.

—Como la mayoría de nuestros clientes. ¿Con quién? ¿Lockheed Martin? ¿Rytheon?

—Northrop Grumman —contestó, recordando lo que había leído en el anuncio del hotel.

—¿Northrop? Tenemos varios clientes trabajando allí en estos momentos. Una conferencia o algo por el estilo.

—Sí, por eso ha venido.

—Bueno, pues vamos a registraros. —La mujer pulsó una tecla y consultó la pantalla—. Una habitación —musitó—. Sí, tenemos una habitación. ¿Queréis una para ambos? ¿Una doble?

—Sí, gracias. Para una semana.

—Muy bien. Necesito una tarjeta de crédito.

—Lo pagaré al contado —repuso Isabella—. Mi padre prefiere pagar en efectivo. No hay problema, ¿verdad?

—Claro que no.

La habitación costaba quinientos dólares la semana. Isabella sacó el dinero y se lo tendió. La recepcionista metió los billetes en la caja, imprimió el documento de la reserva e introdujo dos tarjetas en un sobrecito de papel. Se lo entregó a Isabella y la informó de que la habitación se encontraba en la tercera planta de ese mismo edificio.

—Gracias —dijo Isabella.



LA HABITACIÓN ERA sencilla y estaba limpia. No pretendía quedarse más que unos días y era justo lo que necesitaba. Utilizó la varilla de plástico transparente para cerrar las persianas y echó la llave de la puerta. Pidió algo para comer y, cuando hubo acabado, dedicó un par de horas a seguir las noticias por el móvil, conectada a la wifi del hotel. La policía tenía poco que añadir a los informes iniciales acerca de la explosión. Confirmaron que la víctima estaba relacionada con Manage Risk, la empresa de seguridad con sede en la zona, de ahí que consideraban el terrorismo como uno de los móviles más probables. La autora del atentado había quedado completamente calcinada por la explosión, de modo que estaba resultando difícil identificarla. Solo sabían que se trataba de una mujer.

Encendió la televisión y la dejó puesta de fondo. Emitían boletines de manera regular, breves de cinco minutos durante los que centraba su atención en la pantalla. La explosión abrió las noticias de las siete y de las diez y fue la segunda pieza de las once. Cada emisión aportaba pequeños fragmentos de información nueva que ayudaban a rellenar las zonas difusas.

Se rumoreaba que el Impala había sido robado en Nueva Jersey trece meses antes.

Lo habían visto en un restaurante de comida para llevar a las afueras de Filadelfia.

Los negocios de la zona habían informado sobre ventas de fertilizante sospechosas.

Y entonces, a la una de la madrugada, nuevos datos. El boletín incluyó un fotograma de la sospechosa, extraído de la cámara de seguridad del restaurante de comida para llevar.

Isabella contempló una imagen granulada de ella misma, delante del mostrador, recogiendo una bolsa de comida y tres bebidas.

Apagó el televisor, se desnudó y se metió entre las sábanas almidonadas.

Estaba decidido.

Tendría que ser al día siguiente.

No podía quedarse más.

Ahora la estarían buscando y no tardarían en encontrarla.

Isabella despertó a las seis de la mañana siguiente. Tenía mucho que hacer y más le valía empezar temprano.

Fue al baño y se quedó diez minutos bajo la ducha para quitarse de encima los últimos restos de sueño. Cerró los ojos e intentó ponerlo todo en contexto. Salió de la ducha y se secó. Sacó un par de tijeras para las uñas de la bolsa de su madre y las usó para cortarse el pelo. Las tijeras no estaban pensadas para ese cometido, pero trabajó con el mayor cuidado posible, siguiendo una línea que esquiló casi todos sus rizos rubios y la dejó con un corte a lo paje que le llegaba justo por encima de la nuca. Barrió el pelo y lo tiró a la papelera.

Sacó el paquete de tinte y el bote de vaselina. Se echó una toalla por los hombros y se puso los guantes de látex que venían en el paquete. Después se cubrió la línea del nacimiento del pelo, las orejas y el cuello con vaselina. Se peinó separando la melena en cuatro secciones diferentes, las fijó con horquillas y empezó aplicar el tinte, haciéndolo entrar con los dedos. Nunca había hecho nada parecido, pero había leído las instrucciones con mucha atención y había visto varios tutoriales de moda en YouTube con el móvil, así que tenía la sensación de saber lo que se hacía. Dejó que el tinte se fijara y, una vez pasado el tiempo, puso la cabeza bajo la alcachofa de la ducha y se aclaró con agua caliente. Al terminar, el agua corría clara. Se secó y se miró en el espejo.

Tenía el mismo corte y el mismo color de pelo que Cassidy.

Bien.

Volvió a guardar las cosas de su madre en la bolsa. Trabajó deprisa y a conciencia, asegurándose de que no se olvidaba nada. Cerró la cremallera y se llevó la bolsa, junto con la de los recortes de pelo y el paquete de tinte, a la zona vallada donde tenían los contenedores de basura del hotel. Levantó la tapa del más cercano y, de puntillas, tiró ambas bolsas dentro. Volvió a cerrarlo y regresó a la habitación.

Se acercó a su maleta y recogió sus cosas. No tenía muchas, así que no tardó demasiado.

Hizo rodar la maleta hasta la puerta y se detuvo para echar un último vistazo. Se sintió satisfecha al ver la habitación bastante limpia. Habrían quedado huellas dactilares, cierto, y contra eso no había nada que pudiera hacer fácilmente, pero nunca le habían tomado las huellas, así que no le preocupaba que pudieran identificarla. El personal y otros clientes podrían reconocerla por su fotografía, pero eso tampoco le inquietaba. No tenía pensado quedarse allí mucho tiempo.

Cogió la cazadora de Cassidy, se la puso y salió.

Solo le quedaba una última cosa por hacer.



ISABELLA FUE en taxi al centro comercial. Pagó al taxista con un billete de veinte y le dejó el cambio de propina.

—¿Le importaría esperarme? —pidió.

—Claro, pero tendré que dejar el taxímetro en marcha.

—Está bien. No tardaré.

Cruzó la acera y entró en la zona de aire acondicionado de las tiendas.

Había memorizado todo lo que necesitaba. Buscó un carrito y se puso en marcha hacia los grandes almacenes Target.

Dentro, su primera parada fue en la sección de ropa. Recorrió los pasillos deprisa, depositó un jersey beis de punto trenzado, una falda escocesa, un par de leotardos gruesos, unas zapatillas de deporte y un gorro de punto como el que llevaba Cassidy. Añadió un segundo conjunto: camisa de cuadros, Levis negros, un par de Converse All Stars y una gorra de visera con tela de malla. Escogió también un par de gafas claras con montura gruesa de plástico negro y una colorida bandolera de lona.

Satisfecha con sus compras, pagó en la caja y entró en el servicio para clientes a cambiarse. Se puso los leotardos, la falda y el jersey. Luego volvió a taparse con la cazadora de piel de Cassidy. Dobló bien su ropa vieja y la metió a presión en la papelera.

Entró en uno de los compartimentos y cerró la puerta. Abrió la caja de la Beretta Nano y la sacó. Examinó el arma con cuidado, sacó el cargador de seis balas y comprobó que estuviera completamente lleno. Lo estaba, y había una bala más en el cañón. Siete disparos en total.

Volvió a introducir el cargador en el arma.

Se detuvo ante el espejo para ponerse el gorro y lo colocó de forma que su pelo recién cortado y teñido quedara oculto debajo. Jamás pasaría por Cassidy —era demasiado joven, y la otra chica, además, era demasiado guapa—, pero al menos habría ciertas similitudes. El pelo, los ojos, la ropa. Podía bastar. Quizá. Metió la mano en el bolsillo de la cazadora y sacó un billete de diez dólares, un paquete de pañuelos de papel, un carné de conducir de la ciudad de Nueva York y un carné de biblioteca. Se metió el billete en un bolsillo, tiró los pañuelos y volvió a guardar los carnés.

Quizá.

Cogió la bolsa con el segundo conjunto y salió otra vez en busca del taxi.

—Estoy esperando a alguien —dijo el conductor cuando abrió la puerta.

—Sí —dijo ella—, a mí.

El hombre la miró y sonrió.

—Sí que ha sido un cambio rápido. No te había reconocido.

Ella le sonrió con dulzura.

—¿Adónde vamos?

—¿Conoce el Hospital General Sentara Norfolk?

—Claro que sí, cielo. Está en Ghent.

—Pues allí, por favor.



EL HOSPITAL se encontraba casi trece kilómetros al norte de Chesapeake. Isabella pidió al taxista

que parara a una manzana de distancia y se acercó a pie. Eran las nueve de la mañana y ya parecía que iba a hacer buen día, con mucho sol y las primeras señales de la primavera, aunque Isabella no prestó demasiada atención a eso. Iba concentrada y resuelta, tenía bastante claro lo que le tocaba hacer.

El hospital era un edificio grande y moderno, y estaba adscrito a la Escuela de Medicina de Virginia Oriental, situada justo al lado. Las ambulancias aguardaban en fila a un lado de la calle, y los taxis entraban y salían rugiendo entre el tráfico. Una corriente constante de peatones cruzaba las grandes puertas abiertas que conducían al vestíbulo.

Isabella se acercó a las amplias puertas de cristal cilindrado y esperó a que se separaran. Entró y se ubicó enseguida: un gran mostrador de recepción, hileras de sillas cómodas para quienes esperaban, ventanas amplias que daban a un bonito jardín ornamental. Del área central salían varios pasillos, y vio carteles que señalaban la cafetería y departamentos que ofrecían tratamiento para diferentes enfermedades.

Una mujer con uniforme de enfermera se detuvo y le sonrió.

—¿Te has perdido, bonita?

—Un poco —respondió con timidez—. Estoy buscando la unidad de quemados.

La mujer señaló los ascensores.

—Tendrás que subir a la tercera planta y seguir las indicaciones. No tiene pérdida.

—Gracias.

—¿A quién vienes a ver?

—A mi padre —respondió.

—¿Cómo te llamas?

—Cassidy.

La mujer solo estaba siendo amable. Su engaño no servía de nada con ella.

—Bueno, Cassidy, pues espero que se encuentre bien.

Michael Pope entró en el aparcamiento que había junto al hospital y apagó el motor del coche de alquiler. Todavía era temprano y el aparcamiento estaba razonablemente tranquilo, casi todos eran empleados que llegaban para el turno de la mañana.

Se quedó tranquilamente sentado un momento mientras estudiaba las inmediaciones con mirada experta y cautelosa. Vio un camión de unidad móvil de la WCTV aparcado en la hilera más cercana a la salida. Esa era la única indicación de que entre los pacientes del hospital se encontraba la víctima de la explosión. Justo después de la deflagración, reporteros de las principales cadenas se habían acercado al lugar de los hechos, pero todos se habían replegado ahora que la historia empezaba a enfriarse. Esa era la realidad del ciclo informativo: siempre había algo más interesante a la vista.

Pope sacó el móvil y marcó un número.

La llamada entró y sonó durante diez segundos antes de que contestaran.

—Global Logistics —dijo la telefonista.

—Querría hablar con el director ejecutivo, por favor.

—¿De parte de quién?

—De Michael Pope.

—Espere un momento, señor.

Pope había llegado a Virginia esa noche. Había tomado un vuelo desde Filadelfia, había alquilado el coche y había conducido hacia el sur, deteniéndose solo para reunirse con el intendente del Grupo Quince y equiparse. Había escuchado las noticias de la radio mientras conducía. Mencionaron varias veces la explosión, pero la historia enseguida quedó engullida por otras. Pope había completado la información gracias a una llamada a dos espías del MI5 que habían llegado al terreno dos días antes que él. Estaban en Chesapeake, habían realizado extensas investigaciones entre los periodistas locales y estaban en situación de confirmar lo que Pope ya sospechaba: que Beatrix Rose había muerto y que había estado a punto de llevarse a Control con ella.

A punto, pero no del todo.

La llamada entró.

—Hola. —El saludo fue breve y brusco. Daba la impresión de que hablar con Pope era lo último que le apetecía a sir Benjamin Stone, jefe del Servicio Secreto de Inteligencia.

—Ya estoy aquí.

—Ha tardado lo suyo.

—Hay muchas cosas en marcha.

—¿Y bien?

—No está muerto. Ella hizo estallar una bomba, pero no lo mató. Probablemente no pudo acercarse lo suficiente.

—Pero ¿está herido?

—Con quemaduras.

—¿Diagnóstico?

—No se teme por su vida. Saldrá de esta.

—Pero ¿usted se encargará de que no sea así?

—Sí, señor.

—¿Y nuestra amiga?

—Ha muerto.

—¿La han identificado?

—No, y no será fácil. Tienen una foto suya, pero dudo que logren contrastarla con nada. Ha sido cuidadosa, y llevaba diez años fuera del mapa. Era un fantasma.

—¿O sea que estamos libres de sospecha?

—No del todo. Tienen una foto de su hija. La han hecho circular.

—¿Se la llevó allí consigo? —Una ligera incredulidad tiñó la voz de Stone.

—Eso parece, señor.

Pope percibió cómo crecía la furia del hombre cuando replicó:

—¿Por qué no podía ponernos las cosas fáciles por una vez? ¿Dónde está ahora?

—Los de aquí no lo saben. Pero estamos hablando de una niña de trece años, señor, sola en un país que no conoce. No podrá esconderse indefinidamente. Debemos contar con que en algún momento darán con ella, y entonces todo se reducirá a averiguar cuánto sabe.

Pope pudo oír la consternación de Stone:

—Menuda cagada.

Miró por el retrovisor exterior y vio a un hombre de bata blanca que se acercaba al coche y lo rodeaba hasta llegar a la puerta del pasajero. La abrió y se sentó.

—Tengo que colgar, señor —dijo Pope.

—Manténgame informado.

Stone cortó la llamada.

Pope guardó el móvil y se volvió hacia el hombre que se había sentado a su lado.

—Hola, Pope —dijo John Milton.

—Hola, Milton. Gracias por venir. No tenías por qué.

Milton negó con la cabeza.

—Sí, tenía que hacerlo —repuso—. También se lo debo a ella, ¿recuerdas? Los dos estaríamos muertos si no hubiera aparecido cuando lo hizo. Además, yo también tengo una deuda que saldar con él. El mundo será un lugar mejor cuando ya no esté aquí.

—Sí —convino Pope—. Lo mismo pienso yo.

Milton había renegado de su vieja línea de trabajo y, aunque a Pope le habría encantado volver a tener a un hombre como él en el Grupo, sabía con toda certeza que no conseguiría convencerlo ni aunque se lo suplicara. No le interesaba desafiar a la suerte, respetaba los motivos de Milton. Era el mejor asesino que Pope había visto jamás, hasta que conoció a Beatrix, y tenía las manos manchadas con muchísima sangre. Más que los demás miembros del Grupo. Ahora intentaba compensar todo eso.

Milton llevaba bata de médico y una identificación colgada en la solapa.

—¿De dónde lo has sacado? —preguntó Pope.

—He estado dentro y he encontrado un vestidor.

—¿Te has dado una vuelta por allí?

Milton asintió.

—Está ahí arriba. En la tercera planta.

—¿Cómo se encuentra?

—Dicen que tiene quemaduras en el setenta por ciento del cuerpo. No está en su mejor momento, pero lo trajeron enseguida. No tendrá muy buena pinta cuando terminen con él, pero se recuperará.

—¿Lo has visto?

Milton negó con la cabeza.

—Hay seguridad en la puerta de la habitación. No va a ser fácil.

—¿Cuántos hombres?

—Dos —respondió—. Empleados de Manage Risk, ambos armados. También hay policía. Tenía razón, no iba a ser fácil.

—Este espectáculo es tuyo —dijo Milton—. ¿Qué quieres hacer?

—Uno de los dos provoca una distracción, el otro lo elimina.

—¿Alguna preferencia?

—Tú compartes más pasado con él que yo.

Pope miró a Milton a los ojos: eran gris azulado, decididos, despiadados. Milton no tenía muchos amigos y Pope debía de ser el mejor de ellos. Pero ni siquiera su amistad, el tiempo que habían pasado juntos a lo largo de los años, lo había hecho inmune al escalofrío que lo recorría cada vez que se sentía presa de esa mirada acorazada.

Milton asintió. No hizo falta nada más.

—Bueno, pues vamos —dijo Pope—. Empecemos.

Abrió la puerta y fue al maletero. Una vez abierto, bajó la cremallera de la pequeña bolsa que había dentro y que contenía dos Sig P226 S4, ambas equipadas con silenciadores Trident 9. Pope las había probado en el aparcamiento desierto donde se había reunido con el oficial de intendencia. Los mecanismos estaban impecables. Sólidos y a punto. Ambos silenciadores eran razonablemente nuevos, puede que ni siquiera los hubieran usado antes.

Metió la mano en la bolsa y sacó un tercer objeto: una cajita forrada de plomo que contenía una jeringuilla y una ampolla transparente con dos miligramos de polonio 210 disuelto en 3,3 mililitros de solución salina. El polonio era un veneno eficaz y práctico. Emitía partículas alfa puras que, fuera del organismo, podían contenerse con un simple pañuelo de papel. Dentro, sin embargo, era otra cosa. La radiación emitía una energía que creaba radicales libres, y estos, a su vez, formaban compuestos tóxicos que degradaban las células colindantes.

La muerte estaba garantizada, rápida y difícil de diagnosticar. En un caso como ese, lo más probable era que lo atribuyeran a las heridas ya existentes.

Era el veneno perfecto.

Al KGB le encantaba.

—¿Crees que podrás entrar en la habitación?

Milton tomó la cajita y se la metió en el bolsillo.

—Sí.

Algo hizo que Control se agitara. Lo habían sedado con morfina hasta las cejas y el opiáceo le embotaba el cerebro con una bruma densa y somnolienta. Tardó cinco minutos en comprender que estaba despierto.

Tardó otros cinco en saber dónde estaba.

Y luego otro más en recordar qué le había ocurrido.

La llamada de Cassidy le había salvado la vida. Le había permitido alejarse lo suficiente del lugar de la explosión, y gracias a ello se había librado del exterminio que Beatrix Rose había planeado para ambos. No había acabado con él, pero la onda expansiva provocada por la detonación lo había alcanzado y lo había lanzado contra el costado del Little Bird, con lo que se había roto el brazo y tres costillas. La tormenta de fuego había barrido el helicóptero y una oleada de llamas le incineró la ropa y el pelo y le abrasó la piel.

Solo recordaba momentos puntuales de las horas posteriores. Una ambulancia lo había trasladado al puesto de emergencias más cercano, pero cuando evaluaron la gravedad de las heridas, comprendieron que necesitaba un tratamiento especializado. Había salido del aturdimiento inducido lo suficiente para recordar que lo habían sumergido en una bañera de acero inoxidable llena de agua helada. Volvieron a administrarle morfina, pero todavía estaba despierto cuando le retiraron la piel quemada de la cara, el pecho y la parte delantera de las piernas. Lo embadurnaron con crema para quemaduras, lo envolvieron en vendas y luego lo trasladaron al Sentara.

Allí le retiraron los vendajes y de nuevo sumergieron su cuerpo en agua helada antes de aplicarle una solución antibacteriana. Lo trasladaron a una planta de infecciosos mientras se secaban las heridas y luego le aplicaron crema y lo vendaron una vez más. El procedimiento se repetiría, día y noche, durante el tiempo que fuera necesario. Semanas, quizá.

El suministro de morfina era constante. Se notaba embotado y adormecido, y en las horas que estaba despierto, a menudo tenía la sensación de encontrarse bajo el agua.

De manera inconsciente, se había rascado las heridas durante la noche, así que, para impedirselo, las enfermeras le habían sujetado las muñecas con unas correas, que en ese momento llevaba atadas. Tenía los brazos inmovilizados a los costados. Forcejeó por instinto hasta que recordó lo que había ocurrido y se relajó.

—¿Papá?

Abrió los ojos. Cassidy estaba sentada en la silla que había junto a la cama.

—¿Me oyes, papá?

Control quiso hablar, pero tenía los labios y la boca secos. Cassidy se levantó y cogió una esponja del bol con agua que había en la mesa, junto a la silla. La sostuvo sobre los labios de su

padre, la única parte de la cabeza libre del vendaje, y la apretó con suavidad. Unas gotas de agua se vertieron en la boca de Control.

—Gracias —dijo con voz áspera.

—¿Cómo estás?

—Adormilado...

—Es por la medicación. Dijeron que era lo que cabía esperar.

Control cerró los ojos y la somnolencia lo envolvió de nuevo.

—¿Papá?

—Estoy... Estoy...

—Intenta mantenerte despierto un poco más.

Abrió los ojos otra vez. Cassidy se encontraba a su lado, sonriéndole.

—Los médicos están contentos con tu evolución. Dicen que deberán operarte de nuevo la semana que viene. Tienen que seguir retirando piel hasta llegar a la nueva. Y que luego se ocuparán de los injertos.

—¿Qué... qué aspecto tengo?

El breve atisbo de incertidumbre que se dibujó en la preciosa cara de su hija fue suficiente.

—Tienes el aspecto de alguien que ha estado en una explosión. Pero los médicos están contentos con tu recuperación. Parecen optimistas.

Control sabía que solo trataba de animarlo, pero intentó sonreír para indicarle que lo entendía, olvidando que los vendajes le tapaban la boca y que, en cualquier caso, el esfuerzo de usar esos músculos y flexionar la piel carbonizada le suponía un suplicio.

Jadeó y Cassidy se acercó un poco más, con gesto preocupado.

—¿Estás bien?

—Sí.

—¿Necesitas algo?

—No.

—Vale. Salgo para avisarles de que estás despierto. Tienen que cambiarte las vendas.

Control quiso alargar la mano, pero las correas le impidieron mover el brazo.

—Cassidy —susurró.

—¿Qué?

—¿Tu madre?

—Está de camino. Con los niños. El vuelo llega esta noche. Iré a buscarlos al aeropuerto. Los traeré directos aquí.

—Gracias.

Cassidy esperó al pie de la cama.

—¿Beatrix Rose?

—Ya me lo preguntaste anoche, papá. Está muerta. Calcinada.

—Bien.

—Ya no tienes que preocuparte por ella. Que se pudra en el infierno.

—¿Y la niña...?

—No saben dónde está. Siguen buscándola. La encontrarán. Solo es una cría. No les costará mucho.



EL ASCENSOR se detuvo en la tercera planta. Las puertas se abrieron tras un suave tintineo e

Isabella salió al vestíbulo. Se trataba de un espacio abierto de paredes de cristal con puertas automáticas en ambos extremos. Sujetó con fuerza el asa de la bandolera de lona y cruzó la puerta de la derecha.

Una adolescente y un hombre se dirigían hacia ella por el pasillo. Isabella reconoció a la chica al instante.

Cassidy.

No conocía al hombre. Era de estatura mediana. Llevaba el pelo muy corto, cortado casi al cero en los lados y un poco más largo por encima. Vestía un traje que parecía caro. Igual que los zapatos. Estaban tan lustrosos que los fluorescentes se reflejaban en las punteras.

Iban hablando y no la vieron.

Había una puerta abierta justo a su izquierda. Isabella aprovechó para colarse y se encontró en una pequeña sala de espera que contenía varias sillas y una mesa con revistas colocadas encima en forma de abanico. El típico lugar donde se pide que aguarden los familiares de los pacientes en estado crítico. Se quedó cerca de la puerta.

Contuvo la respiración y esperó.

Se atrevió a echar un vistazo.

Había una sala de espera más amplia con varios sofás alargados de cuero dispuestos de cara a un ventanal que ofrecía una vista panorámica de Chesapeake. El hombre y la chica se habían sentado en uno de ellos, mirando de frente las vistas. Le daban la espalda.

Frunció el ceño, contrariada. Se quitó el gorro y la cazadora de cuero y los tiró a la papelera. Pues menudo plan brillante el suyo.

El hombre y Cassidy continuaban charlando. Isabella se hallaba lo bastante cerca para oírlos.

—¿Cómo estaba? —oyó preguntar al hombre.

—Despierto.

—¿Pero?

—Pero no está bien. Va vendado de pies a cabeza y han tenido que sujetarle los brazos para que no se rasque.

—He visto soldados quemados. Te sorprendería. Es increíble lo que pueden hacer hoy en día.

—Los médicos son fantásticos. No sabe cómo le agradezco lo que están haciendo. El dinero... debe de ser...

—No seas tonta. Es lo mínimo que podemos hacer. ¿Te ha contado algo sobre lo ocurrido?

—No, no mucho. Le administran morfina prácticamente a todas horas. Aunque pregunta por ella.

—Ella ya no es un problema. Ha muerto. De eso podemos estar seguros. Díselo.

—Ya lo hago.

Isabella cerró los dedos sobre el asa de la bolsa. Una enfermera enfiló el pasillo en su dirección. Isabella se sentó, soltó la bolsa y hojeó una revista de la mesa.

La enfermera se detuvo en la puerta.

—¿Va todo bien, cariño?

—Sí.

—¿Hay algo que pueda hacer por ti?

—No —aseguró Isabella, deseando que la mujer dejase de llamar la atención sobre ella.

—¿A quién has venido a ver?

—A mi padre —contestó.

—¿Qué? ¿Al señor Finnegan?

Isabella dio un respingo, temiendo que Cassidy o el otro hombre lo oyeran, sospecharan y la

descubrieran. De pronto notó la boca seca y solo consiguió asentir levemente.

La enfermera parecía confundida. Isabella sintió que los nervios le encogían el estómago.

—¿El señor Finnegan? Tu hermana está aquí. Acabo de verla.

—Sí, lo sé —respondió con una leve sonrisa mientras luchaba por dominar el miedo.

—Entonces ¿qué haces aquí? ¿Estás bien?

«Déjame en paz.»

—Estoy bien, de verdad —aseguró.

El localizador de la enfermera emitió un zumbido. La mujer lo descolgó, le echó un vistazo y asintió para sí.

—Tengo que irme —anunció, dedicándole una sonrisa—. Pero si tu hermana o tú necesitáis algo, estoy en recepción, al final del pasillo. Me llamo Megan. Solo tienes que pedirlo.

—Gracias —dijo Isabella.

La mujer se dirigió al mostrador.

Por poco.

Tenía que hacerlo mejor. No podía confiarlo todo a la suerte de esa manera. No duraría mucho si eso era lo mejor que se le ocurría.

Volvió a aguzar el oído.

—Preguntó por la chica —estaba diciendo Cassidy.

—Sabemos algo al respecto. Estaba en un hotel a quince minutos de aquí. El personal la reconoció por la fotografía. Se ha ido esta mañana.

—¿Qué significa eso...? —preguntó Cassidy con voz aterrada.

—No significa nada —contestó el hombre, muy calmado—. No quiero que te preocupes, Cassidy. Lo más probable es que esté intentando volver a casa y cuando pise el aeropuerto, que es a donde irá, la policía la detendrá. Mientras tanto, voy a decirles a los guardias que estén atentos por si la ven y que pongan dos hombres más de vigilancia. Sin descanso, las veinticuatro horas del día. —Bajó un poco la voz—. Recuerda que es solo una cría. La madre era peligrosa. ¿La hija? Estoy seguro de que podemos encargarnos de la hija.

Isabella miró el reflejo de la pareja en el ventanal cuando se levantaron, primero el hombre y luego Cassidy.

—¿Crees que me reconocería si voy a verlo? —preguntó el hombre.

—No creo. La medicación...

—Claro. Entonces no voy. Pero dile que he venido. Y recuerda que estamos haciendo todo lo posible para que se restablezca. Todo, ¿de acuerdo? El dinero no es un problema.

—Gracias, señor King. No sé cómo agradeceré. Yo y toda mi familia.

El hombre se inclinó y la besó en la mejilla.

—No te preocupes. Venga, vamos. Baja conmigo. Tienes que descansar. Deja que te invite a un café.

Isabella se escondió detrás de la puerta, atenta a sus pisadas de camino a los ascensores.

Esperó un momento, comprobó que no hubiera nadie fuera y luego salió y apretó el paso en la dirección opuesta.



ENTRARON POR LA PUERTA PRINCIPAL. Pope iba primero y se dispuso a reconocer el terreno. Vio a la periodista de la WCTV, que tomaba café con el equipo en la cafetería. Había dos policías uniformados en la mesa de al lado; uno de ellos se inclinaba hacia la otra y tonteaba con la

periodista mientras ella intentaba sonsacarle información nueva. Un hombre trabajaba en un portátil en una mesa próxima, ¿un periodista de prensa escrita, quizá? Otro policía, gordo y en baja forma, bebía café de un vaso gigante desechable, sentado en un taburete. Una joven esbelta y atractiva esperaba al hombre que había ido a buscar dos cafés al mostrador. Pope reconoció a Jamie King, de Manage Risk.

Había dos tipos más que tenían aspecto de haber sido soldados. No era difícil distinguirlos. Operativos de Manage Risk vigilando quién entraba y quién salía. A eso había que añadir los dos hombres que Milton había visto arriba.

Cuatro hombres, como mínimo.

No iba a ser fácil.

Pero nada que mereciera la pena lo era.

Se detuvo un momento y echó un vistazo atrás. Milton lo había seguido. Se movía con seguridad, como si supiera exactamente qué hacía y adónde se dirigía, como si tuviera asuntos importantes que atender, como si llevara trabajando allí toda la vida. Parecía un médico, aunque Pope sabía que el engaño no aguantaría un mínimo escrutinio. Contaban con que eso no sucediera.

Milton fue directo a los ascensores.

Pope lo siguió y, tras comprobar que nadie lo miraba, abrió la puerta de la escalera. Un tramo de peldaños conducía a la planta superior y el otro al sótano.

Había un pulsador de emergencia en la pared, junto a la puerta.

Pope se cubrió el puño con la manga de la camisa y oyó que el ascensor de Milton ascendía por el hueco.

«Vamos allá.»

Contó hasta diez, rompió el cristal y, con el dedo aún tapado con la camisa, activó la alarma.



CONTROL SOLO QUERÍA DORMIR, pero había algo, un sonido, que se desvanecía y aumentaba en medio de su fuga opiácea. Cerró los ojos y volvió a reposar la cabeza en las almohadas mullidas. Sintió un estallido de dolor y apretó el botón que tenía junto a la mano para administrar otra dosis. La morfina goteó en la vía del brazo, una alimentación narcótica que lo envolvía en un abrazo cálido y borroso y estimulaba sus sueños y recuerdos.

El sonido remitió.

El dolor también.

Cerró los ojos y se vio transportado a unos años atrás. Se encontraba en su antiguo despacho, con amplias vistas al Támesis. El agua era verde y el cielo, de un gris metálico. Los autobuses rojos que circulaban arriba y abajo en la otra orilla parecían hiperreales, de un escarlata reluciente en lugar del típico rojo apagado.

Control tenía el expediente de Beatrix abierto sobre la mesa, delante de él. Se había producido una vacante y la habían propuesto para el puesto. Por entonces, Rose era una estrella en alza en las fuerzas militares, destinada a ocupar un alto rango, pero él tenía otros planes para ella.

Escogió una de las fotografías que habían tomado de ella a lo largo de la semana que fue sometida a vigilancia, una parte fundamental del proceso de investigación. La frialdad se dibujaba en su rostro, una cualidad aséptica que él llegaría a admirar, pero más allá de todo eso, era guapa. Muy guapa. Pelo largo, liso y rubio, piel de alabastro, y unos ojos extraordinariamente azules.

La neblina cambió, se volvió gris y densa, y cuando se despejó, Control continuaba en el sillón, frente a la mesa, pero ahora tenía a Rose sentada delante de él.

—Buenos días, señorita Rose.

—Buenos días, señor.

—Gracias por venir a verme. ¿Sabe por qué está aquí?

—Solo vagamente, me temo.

—Estoy al frente de una agencia secreta gubernamental. Digo «gubernamental», pero eso es algo que no puede salir de estas cuatro paredes. Si lo que hacemos en nombre del país saliera a la luz, sería... En fin, sería bastante incómodo.

—Como ya he dicho, señor, poco sé de este asunto.

—¿Qué le han contado, señorita Rose?

—Solo que existe la posibilidad de que me ofrezcan un traslado. Un puesto nuevo. Lo cierto es que eso es todo.

—Sí, así es. Un traslado.

—¿Un traslado adónde?

—Permítame que le haga una pregunta hipotética. Si le dieran la orden de matar a alguien, ¿lo haría?

—¿Qué ha hecho esa persona?

—Eso es irrelevante.

—Puede que ella no piense lo mismo.

—No sabe nada de ella.

—¿Estamos en guerra?

—No.

—¿De quién he recibido la orden?

—Digamos que de mí.

—¿Usted me ordenaría asesinar a alguien?

—Es una palabra cargada de emotividad.

—Pero no dejaría de ser un asesinato. Matar en tiempos de paz. Asesinar.

—Yo prefiero llamarlo «trabajo».

Una leve sonrisa.

—¿Lo haría sin preguntar, sin dudar, sin vacilar?

Ella lo miró, estudiándolo.

—¿Lo haría, señorita Rose?

Control recordaba que se había tomado su tiempo, lo había examinado con sus ojos de lagarto, unos ojos carentes de emoción, y en ese momento supo sin un atisbo de duda que era perfecta para aquello en lo que pretendía emplearla.

—Sí, señor —contestó Rose—. Lo haría.

Las nubes se disiparon otra vez, como una ola rompiendo contra la playa y ahogando sus recuerdos.

Cuando la bruma desapareció y Control abrió los ojos, Beatrix Rose estaba sentada en la silla que había junto a la cama. Empuñaba uno de sus terribles cuchillos lanzadores con la mano derecha mientras pasaba el dedo índice de la otra mano por el borde afilado y la sangre empezaba a manar por el fino corte de la yema. Beatrix lo contemplaba con esos ojos azules glaciales, fríos e implacables. Al devolverle la mirada, sintiendo que se le licuaban las tripas y el sudor le empañaba los vendajes, creyó distinguir que una leve sonrisa le curvaba las comisuras de los labios cenicientos.

Palpó la cama en busca del botón para llamar a la enfermera, a seguridad, ¡a quien fuera! Arrastró los dedos sobre las sábanas, tratando de encontrarlo, pero le habían sujetado las muñecas

y no lo alcanzaba con el dedo. Cuando volvió a alzar la vista, aterrorizado, vio que la silla estaba vacía y comprendió que seguía suspendido en el calidoscopio de los sueños opiáceos.

Inspiró y espiró, notando que el pulso recuperaba poco a poco su ritmo normal.

Beatrix.

Había sido una agente increíble. La mejor que tenía por entonces.

Solo John Milton podría haber estado a su altura.

Y él había cometido un error con ambos.

Un error de consecuencias crueles y despiadadas.

Beatrix y otros cinco agentes con quienes ella había servido estaban muertos.

¿Por culpa de él?

Milton había sucumbido a las dudas y a sus demonios. Control podría haberlo detectado antes, podría haber hecho algo para paliarlo, pero no podía culparse por las debilidades de otro.

Pero ¿y Beatrix Rose?

Sí.

Eso sí había sido culpa suya. Había sido culpa de su codicia.

Una verdadera lástima que todo hubiera salido tan mal.

Se sacudió de manera involuntaria y arrastró el brazo sobre la sábana para volver a pulsar el botón de la morfina.

Cassidy y el otro hombre habían salido de una puerta al fondo de la planta. Isabella se acercó a ella mirando por el panel de cristal. Al otro lado se extendía un pasillo con cuatro puertas y había dos hombres de pie al final del todo.

Hombres grandes.

Hombres grandes con armas.

Aminoró el paso.

Los tipos cambiaron de postura y movieron los pies. Estaban delante de una de las puertas. No habría forma de pasar entre ellos.

Isabella flaqueó.

Su plan había sido fingir que era la hija del herido.

Entonces se dio cuenta de que no funcionaría. Recordó la conversación que acababa de escuchar. Sabían que ella andaba cerca. Estarían prevenidos.

Comprendió que no sabía cómo actuar.

De repente saltó la alarma de incendios, fuerte y estridente.

Isabella se detuvo y esperó que cesara.

¿Un simulacro?

¿Un error?

Pero la alarma no se apagaba, seguía sonando.

Uno de los guardias se volvió hacia su compañero y le dijo algo. El otro dio media vuelta, miró a lo largo del pasillo hacia la puerta y la vio curioseando por el panel de cristal, giró noventa grados en su dirección y le sostuvo la mirada.

Isabella pensó en su madre.

Su pobre madre, separada de ella y desterrada en soledad durante años por culpa del hombre de esa habitación, que estaba a solo unos metros de distancia.

Había llegado demasiado lejos para dejar que el miedo la disuadiera a esas alturas.

Puede que estuvieran prevenidos, pero de ninguna manera podrían anticipar... lo que pensaba hacer.

Metió una mano en la bolsa y sus dedos aferraron la pequeña Beretta. Empujó la puerta y se acercó a los guardias. Iban vestidos con traje oscuro y camisa blanca, llevaban zapatos elegantes, bien lustrados. Eran altos y parecían potentes. Parecían soldados. A ambos se les veía algo abultado bajo la axila izquierda. Isabella sabía qué llevaban ahí.

Los hombres se volvieron para mirarla. Les habían dicho que tuvieran cuidado, pero aun así ella era solo una chiquilla, una niña dulce y guapa, y eso arrastraba consigo un montón de ideas preconcebidas. Tardaron un momento en asimilar que pudiera suponer una amenaza para ellos, y

ese momento era todo lo que necesitaba Isabella.

—No puedes entrar aquí —dijo uno levantando una mano, y se volvió hacia ella para bloquearle el paso.

Al hacerlo le ofreció un blanco claro y enorme.

Isabella se acercó algo más, sacó la pistola de la bolsa y, con el hombre a solo unos metros de distancia, disparó dos veces. La primera bala le atravesó la mano levantada y se le hundió en el pecho, la segunda le alcanzó la garganta. Se tambaleó hacia atrás y cayó de espaldas con los ojos desorbitados de estupefacción; su mano apretó el palpitante pliegue de piel de la garganta, de donde ya manaba la sangre, igual que del agujero de la mano.

El segundo guardia retrocedió medio paso, buscó con la mano dentro de su americana y toqueteó con torpeza la correa de retención que aseguraba el arma en la pistolera. Debería haber sido sencillo, un movimiento ensayado: el pulgar accionaba el cierre antes de que los dedos sacaran el arma, pero no pudo hacerlo. La incongruencia de lo que acababa de ver lo había dejado perplejo.

Isabella dio dos pasos más para enfrentarse a él.

Y disparó otra vez.

El hombre cayó hacia atrás, al interior de la habitación.

Ella lo siguió.



CONTROL OYÓ RUIDO FUERA: una breve detonación, algo pesado cayendo al suelo, pies arrastrándose, una segunda detonación.

Abrió los ojos justo cuando el cuerpo de un hombre abría la puerta al caer en la habitación y quedaba tumbado en el suelo boca arriba.

Una chica cruzó el umbral tras él.

Empuñaba una pistola semiautomática.

Apuntó al hombre y disparó una vez, limpia y eficazmente, y el cuerpo se estremeció un instante antes de quedar inmóvil.

La chica regresó a la puerta y arrastró el cuerpo de un segundo hombre dentro de la habitación. Era mucho mayor que ella, así que le costó bastante esfuerzo. Consiguió entrarlo lo suficiente para poder cerrar.

Control intentó moverse, sacudió los brazos con un pánico repentino, pero las correas que le ataban las muñecas se mantuvieron tirantes y lo único que consiguió fue volver a dejarse caer en la cama.

La chica cruzó la habitación.

Cogió una almohada, se la puso a él en el pecho y apretó encima la boca de la pistola.

—Esto es por mi padre.

Y apretó el gatillo.

«Pfff...»

Fue como si alguien le hubiera dado un puñetazo en la barriga.

La morfina hacía que no sintiera el dolor. Era como si le hubieran quitado el aire.

—Y esto, por mi madre.

Volvió a apretar el gatillo.

«Pfff...»

Otro puñetazo en el pecho.

Intentó tomar aliento, pero no lo consiguió. Miró a la chica, que lo observaba, y siguió su mirada cuando ella se fijó en todo el equipo médico que había junto a la cama. Su tensión arterial iba cayendo a medida que el pulso perdía fuerza. Una terrible sensación de vacío se extendió en su pecho, su respiración se volvió cada vez más rápida. Justo en los límites de su campo visual parecía haber un telón de oscuridad que se acercaba, y cuando parpadeó y volvió a abrir los ojos, lo vio más cerca aún. Abrió y cerró la boca intentando decir algo. Las palabras eran irrelevantes, apenas sonidos sibilantes, y entonces fue como si lo arrojaran a ese pozo de negrura.

Lo último que registró su mente fue la chica, todavía de pie a su lado.

Tenía unos ojos invernales, de un azul gélido, vehementes e implacables.

Su último pensamiento, mientras la luz desaparecía de los límites de su visión y el manto de oscuridad empezaba a descender, fue que tenía los mismos ojos azules y fríos que su madre.



ISABELLA SE MOVIÓ DEPRISA.

Se quitó el jersey y la falda y los cambió por la camisa de cuadros y los Levis. Sacó la gorra roja con tela de malla y se la puso en la cabeza, luego tiró el primer conjunto a la basura que había junto al lavamanos.

Limpió bien la Beretta para eliminar sus huellas y la tiró a la basura también.

Comprobó su imagen en el espejo del lavabo. Se atusó el pelo teñido de oscuro y se quitó con papel mojado una gota de sangre que había conseguido llegar a su mejilla. La limpió bien. Nada fuera de lugar.

Respiró hondo y abrió la puerta. El pasillo estaba vacío. La alarma seguía sonando. En la puerta había una salpicadura de sangre por proyección. Volvió a entrar en la habitación, buscó un pañuelo de papel y la limpió. Entonces, satisfecha, se encaminó a buen paso hacia el vestíbulo de los ascensores.

El timbre del más cercano anunció su llegada y las puertas se abrieron. Dos hombres, muy parecidos a los que acababa de disparar, salieron de la cabina y caminaron deprisa hacia la puerta por la que ella acababa de salir. Parecían inquietos.

A la derecha del ascensor había una puerta señalizada con un cartel que indicaba la escalera de emergencia. Isabella salió por ella.

El tramo de escalera bajaba, pero descubrió que no podía moverse. Estaba mareada, aturdida y débil, y tuvo que alargar una mano para apoyarse en la pared y sostenerse.

Oyó unas voces furiosas al otro lado de la puerta, y luego el ruido de pies corriendo.

Se apartó de la pared y empezó a bajar la escalera. De pronto le parecía demasiado larga para conseguirlo. Dio un paso con inseguridad, aferrándose a la barandilla, y luego otro. Casi había llegado al descansillo intermedio cuando sintió que la bilis le subía desde el estómago, le abrasaba la garganta y le llenaba la boca. Vomitó. Cayó al suelo cuando el mejunje caliente desbordó su boca y formó un charco junto a sus rodillas. Se pasó el dorso de la mano por los labios para intentar limpiarse, pero ya se había manchado los vaqueros y todavía se sentía débil.

Acababa de matar a tres hombres.

Los había matado.

¿Asesinado?

Su madre no le había explicado cómo se sentiría después.

No le había dicho que sería así.

Intentó ponerse de pie, pero la debilidad volvió a apresarla.

No podía.
No podía moverse.
No era capaz.

Las puertas del ascensor se abrieron y el sonido de la alarma, que dentro se oía amortiguado, inundó la cabina, fuerte y estridente. Milton echó a andar con decisión por el vestíbulo de la tercera planta. Sabía cómo actuar. Qué imagen dar. «Esto es lo tuyo. Te sale sin pensarlo.»

Ya había recorrido la planta antes, escrutándola, fijándolo todo en su cabeza de manera que cuando regresara no perdiera ni un segundo en orientarse: el vestíbulo con paredes de cristal y puertas automáticas, la sala de espera con alargados sofás de cuero, el ventanal con la vista panorámica de Chesapeake.

Milton cruzó las puertas de cristal.

El espacio del otro lado estaba vacío.

Se apresuró hacia la puerta que conducía al pasillo donde estaba ingresado Control.

La puerta se abrió.

Un hombre enorme salió de allí de forma precipitada.

Un segundo hombre tras él.

Ambos iban armados.

Milton intentó cambiar de rumbo.

—¡Eh! —llamó el primero.

Milton se detuvo.

—¿Sí?

—¿Quién es usted?

—El doctor Cromartie. ¿Y usted?

El segundo hombre los esquivó a ambos corriendo hacia el vestíbulo.

—¿Ha visto a alguien aquí arriba?

—No —respondió Milton, e hizo un gesto señalando la pistola—. ¿Qué pasa aquí?

El segundo hombre desapareció en el vestíbulo.

—¿Ha visto a alguien? —volvió a preguntar el primero.

—Ya le he dicho que no. Acabo de subir.

Milton valoró la situación: tenía un minuto, dos con suerte.

No había tiempo para hacerlo de ninguna otra forma.

Le dio un puñetazo en el estómago al hombre con toda la fuerza que pudo. Los ojos se le abrieron, desorbitados, y se dobló por la mitad como cubriendo el golpe. Al tiempo que su barbilla descendía, Milton levantó la pierna y la rodilla chocó contra el mentón; el impacto fue repentino y despiadado. El hombre quedó inconsciente antes incluso de desplomarse en el suelo.

Milton pasó por encima de él. Sacó la Sig P226 que le había dado Pope y, con el dedo en el

gatillo, entró en el pasillo empujando la puerta.

Comprobó las habitaciones una a una.

Vacía.

Vacía.

Vacía.

Llegó a la última y la abrió con la punta de la bota.

Una habitación idéntica, igual a las demás. Cama, silla, equipo médico.

Solo que había dos hombres en el suelo. Ambos abatidos por disparos. Aún les salía sangre de las heridas.

Levantó la vista hacia la cama.

Un hombre envuelto en vendajes, con las muñecas atadas por correas de tela.

Ahí estaba.

Control.

Se acercó a la cama.

Dos heridas de entrada en el pecho. Los bordes estaban cauterizados. Quemaduras de pólvora. El arma había sido disparada a bocajarro.

Milton había visto suficiente. Salió al pasillo, pasó por encima del hombre inconsciente y regresó a la zona principal de la tercera planta. Retiró a un lado los faldones de la bata de médico, se guardó la P226 en la cinturilla del pantalón, a la espalda, y dejó que la bata tapara el arma.

Cuatro hombres llegaron corriendo por las puertas de cristal. Todos iban armados y empuñando las pistolas.

—¡Ayuda! —gritó Milton—. ¡Ayuda! ¡Ahí dentro!

Los hombres pasaron a izquierda y derecha y echaron a correr por el pasillo.

Milton se apresuró hacia los ascensores. Las puertas del más cercano se estaban cerrando. Metió una mano en el hueco manguante, las separó y entró.



POPE TENÍA EL MÓVIL SILENCIADO, así que vibró con urgencia en su bolsillo.

Lo sacó y se lo llevó a la oreja.

—¿Qué pasa?

—Ya está muerto.

—¿Qué quieres decir?

La voz de Milton sonaba cortante, disciplinada.

—He estado ahí. Alguien ha disparado a los dos guardias. He entrado a ver, y a él también lo han matado a tiros. Dos balas, en el pecho, a bocajarro. Profesional.

—¿Quién ha sido?

—No tengo ni idea.

—¿Dónde estás?

—Fuera. Ya tienen a cuatro hombres ahí arriba, y habrá más de camino. ¿Dónde estás tú?

—En la planta baja.

—Sal de ahí ahora.

—Sí.

—¿Todavía me necesitas?

—No. Ya está.

—Recibido.

—Buena suerte, Milton.

—A ti también.

Pope colgó y volvió a guardarse el móvil en el bolsillo.

Consultó su reloj. Llevaba diez minutos en la escalera, y ya era más de lo que le habría gustado. Aquello había estado muy concurrido los primeros minutos, mientras se evacuaba al personal y las visitas.

Iba a dar media vuelta para marcharse cuando oyó a alguien vomitando en el rellano de encima.

Metió la mano en la americana buscando la Sig y apretó un hombro contra la pared. Empezó a subir la escalera, peldaño a peldaño, con la pistola pegada a su mejilla y el dedo doblado sobre el gatillo, preparado para disparar.

Había subido diez escalones cuando vio a la chica en el suelo.

Se arrastraba en dirección a él, a gatas, con la cara embadurnada de vómito.

Pope se detuvo, la energía acumulada hacía que le palparan los músculos, la adrenalina inundaba su sangre. Todos sus instintos, entrenados a lo largo de años de combate, le decían que debía salir de ese hospital y que debía hacerlo ya, en ese mismo segundo. Y, aun así, no fue capaz. Se quedó quieto.

Porque, cuando la chica levantó la mirada, la reconoció.

—¿Isabella?!

Ella se quedó paralizada.

El cerebro de él ató los cabos en un instante.

¿Era ella quien había matado a Control?

¿Ella era el plan b de Beatrix?

Joder.

Beatrix había dejado una dignísima sucesora.

La chica se arrastró hacia atrás con cara de pánico.

—Eh... —dijo él, y enseguida guardó la Sig y levantó las manos vacías—. Oye, tranquila, no pasa nada. Conocía a tu madre. Fui a visitarla una vez, a Marrakech. Ya nos habíamos visto. Cenamos juntos. ¿Te acuerdas?

La chica retrocedió poniéndose en pie a duras penas hasta que alcanzó el descansillo intermedio, donde se apoyó de espaldas contra la pared.

—Sé lo que ha pasado. Sé lo que has hecho. Tenemos que sacarte de aquí ahora mismo.

Ella se rodeó el pecho con los brazos.

De pronto se oyó un estrépito porque alguien había abierto violentamente la puerta de la planta superior, que chocó contra la pared. Dos hombres irrumpieron en el rellano.

Soldados.

La mano de Pope se desplazó a su pistolera mientras los hombres se volvían y miraban hacia abajo, al descansillo intermedio donde estaban ellos.

—¡Eh! —les gritó uno de ellos mientras los dedos de Pope asían la empuñadura, sacaban el arma con un elegante movimiento lateral, apuntaban y disparaban.

El silenciador protestó, la bala recorrió en un instante la distancia que los separaba y terminó alojada en el estómago del soldado. El hombre dio un grito ahogado, se aferró la barriga con las manos y cayó de rodillas. Con ello dejó ver al segundo soldado, y Pope corrigió la línea de tiro a la izquierda y volvió a disparar. La bala penetró en la pierna e hizo que se tambaleara. Cayó por la escalera y rodó hasta ellos, un chasquido abrupto indicó el momento en que las vértebras del cuello se partieron. El primero, herido, intentó levantar su semiautomática, pero Pope disparó una

tercera vez, no hubo más. La bala convirtió en un amasijo rojo y gris la cabeza del hombre, que se plegó hacia atrás girando por la cadera con los brazos extendidos.

El cuerpo del segundo soldado siguió resbalando por los escalones hasta detenerse junto a Isabella. Tenía el brazo atrapado bajo el torso, las piernas apuntaban escaleras arriba en línea recta y su cabeza describía un ángulo antinatural.

La chica gritó y se tapó la cara con las manos.

Pope enfundó el arma de nuevo, se acercó corriendo a ella y se arrodilló.

—No pasa nada —la tranquilizó—. No pasa nada.

Ella no contestó, sus manos siguieron donde estaban.

—Puedo sacarte de aquí, Isabella. ¿Quieres salir?

Asintió, todavía en silencio.

—Pero, si no nos vamos ya, te encontrarán. Vendrán más hombres como estos. Estoy seguro de que tu madre te explicó lo que tenías que hacer y cómo salir, pero se te acaba el tiempo. Tenemos minutos, nada más. Debemos irnos. Ya.

La chica apartó las manos y lo miró con miedo. ¿Cuántos años tenía? ¿Trece? ¿Catorce? Parecía mucho más joven.

—Vamos. Tu madre no querría esto.

Alargó un brazo hacia ella y le puso la mano en el hombro.

Pensó que la chica tal vez se lo quitaría de encima, pero no lo hizo.

—Puedes confiar en mí, Isabella.



POPE ABRIÓ la puerta del vestíbulo de los ascensores y lo revisó deprisa: la alarma seguía sonando, mucho más fuerte ahí abajo, y tanto el personal como las visitas desfilaban obedientes hacia las salidas. Se movían apresurados y con determinación, calmados, sin mostrar pánico. Seguramente pensaban que era un simulacro.

Eso era bueno.

Sacó la Sig con el silenciador y la tiró a una papelera.

—¿Tienes tu pistola?

Isabella negó con la cabeza.

—¿Dónde está?

—En la habitación. En la papelera.

—Bien.

Alargó los brazos y cargó con ella. Le había limpiado el vómito lo mejor que había podido, pero la chica tenía la cara pálida y parecía que fuera a desmayarse en cualquier momento. Salió al vestíbulo, pasó por delante del mostrador de recepción y se mezcló con la gente del final de la cola. Isabella se hizo pequeña en sus brazos, tenía la piel fría y fina, y se aferraba a él con fuerza.

Pope iba a sacarla de allí.

Al menos le debía eso a Beatrix.

Ella le había salvado la vida una vez, hace mucho.

Con eso quedarían en paz.

Se fueron acercando a la puerta giratoria.

Pope vio que dos coches patrulla llegaban a toda velocidad por la vía de acceso y oyó chirriar sus frenos al parar de golpe.

Entraron en la puerta giratoria, la chica apretada contra él, que avanzaba arrastrando los pies.

Las puertas de ambos coches se abrieron y de ellos salieron cuatro agentes.

«Vamos, vamos.»

La puerta siguió girando, de pronto estaban fuera y sintieron el aire fresco en la cara.

«Calma. Tranquilo.»

Pope se concentró en parecer lo más normal posible. El hecho de que fueran los dos juntos hacía menos probable que los detuvieran. Al fin y al cabo, ¿quiénes eran? Un padre con su hija, que salían del hospital igual que todas las personas que había a su alrededor. Ella estaba débil, o asustada. Nada raro. No había motivo para reparar en ellos.

Un todoterreno con los cristales tintados y el logotipo de los *gladius* cruzados de Manage Risk llegó a toda prisa por el acceso y se detuvo junto a los coches patrulla. Tres agentes bajaron de los vehículos y entraron corriendo en el hospital.

Otro todoterreno se acercaba por la calle principal.

Pronto estarían inundados. Los ahogaría un mar de exagentes de las fuerzas especiales que a buen seguro estarían avisados de que la explosión y lo que le había ocurrido a Control eran la misma acción terrorista.

Agentes que, con toda probabilidad, tenderían a disparar primero y limpiar el desastre después.

Pope caminó deprisa hacia el aparcamiento y abrió con una mano la puerta del pasajero del coche de alquiler. Dejó a Isabella en el asiento y le abrochó el cinturón. Comprobó los espejos, vio que la salida estaba despejada y puso el motor en marcha. El segundo todoterreno entró a toda velocidad en el recinto, Pope lo esquivó despacio y empezó a acelerar para alejarse de allí.

El lugar que buscaba no se encontraba demasiado lejos de la plaza Yemaa el Fna. Isabella tenía la dirección anotada en un papel. Estaba escrita con la letra clara y precisa de su madre y la miraba a menudo. No porque hubiera olvidado adónde iba, sino porque le recordaba a Beatrix. Había encontrado la nota en la bolsa de su madre.

Llegó a una tienda de comestibles sobre la que se levantaba un burdel. Se detuvo y volvió a comprobar la dirección. Dos de las chicas del prostíbulo estaban apoyadas en la barandilla, fumando porros. Miraron a Isabella con descaro cuando esta se detuvo para comprobar la dirección.

—¿Qué andas buscando? —preguntó una de ellas.

—La tienda de tatuajes —contestó Isabella en un árabe pasable—. ¿Sabe dónde está?

—En la parte de atrás.

—Gracias.

Un callejón rodeaba la tienda de comestibles y desembocaba en un patio limpio y ordenado al que daba una puerta que habían pintado de muchos colores distintos. El cartel que colgaba sobre la puerta rezaba JOHNNY'S INK y cuando la abrió, sonó una campanilla. Entró. La tienda era pequeña y colorida, con las paredes llenas de diseños de tatuajes enmarcados que servían de catálogo de muestra. Las baldosas del suelo formaban un damero en blanco y negro y había un lienzo de gran tamaño en el que aparecía el logo de la tienda: una *femme fatale* con un vestido ceñido, fumando un cigarrillo con boquilla mientras un demonio con chistera le tatuaba el brazo.

No había nadie.

—¿Hola? —llamó.

—Un momento —contestó una voz masculina desde otra habitación.

Al poco rato empezó a sonar el «Master of Puppets» de Metallica por los altavoces que había colgados en las paredes.

El hombre que salió de la habitación era alto y musculado. Parecía un soldado. Llevaba el pelo rasurado y hasta el último centímetro de piel expuesta estaba cubierto de tatuajes.

—Hola —la saludó con una amplia sonrisa—. ¿En qué puedo ayudarte?

—¿Eres Johnny?

—Ese soy yo. —Hablaba con un relajado acento estadounidense—. ¿Y quién eres tú?

—Isabella Rose. Mi madre solía venir aquí.

El hombre abrió los ojos desmesuradamente.

—Joder —exclamó, tras lo que añadió—: Disculpa... el lenguaje.

—No se preocupe —lo tranquilizó, sonriéndole a su vez.

—No, yo... Yo... —Frunció el ceño, sin saber qué decir.

—¿Le gusta Metallica? —preguntó Isabella, indicando los altavoces con un gesto de la cabeza.

—Sí. Tú también... Me refiero a que si quieres, puedo...

—Me encantan —aseguró Isabella—. ¿Tiene «Ride the Lightning»?

El hombre pareció aliviado.

—Claro. Espera.

Regresó a la trastienda y un segundo después empezó a sonar *Fight Fire with Fire*.

Volvió a la recepción.

—Ya está. —Sonrió, incómodo, una vez más—. A tu madre también le gustaban.

—Sí, es verdad.

—¿Cómo está? —preguntó en tono vacilante, como si ya supiera la respuesta pero, de todas maneras, se viera obligado a formular la pregunta.

—Falleció.

—Joder, mierda... Lo siento.

—Gracias.

—Sabía que estaba enferma.

—Tenía cáncer.

—Sí, eso. Cáncer. ¿Cuándo murió?

—Hace cuatro meses.

—Hostia. De verdad que lo siento.

Isabella asintió.

El hombre sonrió sin demasiada convicción y cambió de tema:

—Bueno, ¿qué puedo hacer por ti?

—Quiero tatuarme.

La miró con cierto recelo.

—¿Cómo te llamas, guapa?

—Isabella.

—¿Y cuántos años tienes?

—Dieciséis.

—¿En serio?

Isabella asintió.

—Necesito que me enseñes algo que lo certifique. Si tatúo a alguien que no ha cumplido los dieciséis, podría acabar perdiendo el permiso.

Isabella buscó en la bolsa y sacó el pasaporte falso.

—Tenga.

Johnny miró la foto y los datos que la acompañaban y su suspicacia se transformó poco a poco en una ligera sorpresa.

—*Sip*, ahí está. Dieciséis. Casi diecisiete. Disculpa, pero es que no los aparentas.

—No pasa nada. Me lo dicen mucho.

El hombre se hizo a un lado y le indicó la otra habitación.

—Entra ahí, quítate la chaqueta y ponte cómoda. ¿Quieres un refresco?

—¿Tiene Coca-Cola?

—Claro. Pasa, enseguida voy.

La habitación de la trastienda contenía un sofá, un taburete con ruedas, más trabajos expuestos en las paredes y una nevera con cerveza. Isabella se quitó el cárdigan y lo dejó en el colgador de la pared. Debajo llevaba una camiseta de tirantes para dejar los brazos y los hombros al aire.

Sabía a qué iba. Se sentó en el sofá.

Su madre también se había sentado allí. En el mismo sofá.

Cuatro veces.

Cuatro tatuajes distintos.

No tuvo tiempo de hacerse el quinto.

Isabella se había obligado a ser fuerte, como su madre, pero había momentos, como ese, en que todavía dolía, como cuando se abre un costurón y la herida queda en carne viva. Ahogó un sollozo y sintió que le escocían los ojos, pero inspiró hondo mientras se secaba las lágrimas y no tardó en volver a tenerlo todo bajo control. Sería fuerte.

—Toma —dijo Johnny, que había regresado con una botella de Coca-Cola fría.

Se la entregó, él sacó una cerveza de la nevera, la abrió y los dos entrechocaron los cuellos de sus botellas. Johnny le dio un largo trago a la suya y la dejó en la mesa, junto a las agujas magnum.

—¿Sabes más o menos lo que quieres?

—Una rosa. Como las de mi madre.

—Es curioso que digas eso. Justo la semana pasada estuve repasando los diseños que le hice. Espera. —Hojeó el manojito de transferencias que había en la mesa y extrajo una—. Aquí está. Íbamos a hacer la manga entera. Aún le faltaban dos, la quinta y la sexta.

Le tendió el papel. Recordaba muy bien las cuatro rosas que su madre llevaba tatuadas en el brazo, del hombro hacia abajo. La manga acabada habría quedado espectacular. Las rosas eran impresionantes: pétalos de un intenso rojo sangre, tallos largos y sinuosos y hojas de un verde vívido. Habrían estado a la altura de las demás.

—¿Qué te parece?

—Son muy bonitas.

Johnny sonrió, halagado.

—La quinta y la sexta. Las que no se tatuó. ¿Podría hacérmelas yo?

—Claro. Además, para mí es perfecto. Odio dejar un diseño a medias después de haberlo dibujado. ¿Sabes que se las hacía de una en una? Decía que iba tachando cosas de una lista y se las tatuaba a medida que las concluía.

—Sí, eso es lo que hacía.

—Nunca me dijo de qué era la lista. ¿Acabó de tacharlo todo?

—Sí —afirmó Isabella.

—Eso está bien. No hay nada peor que dejar un trabajo a medias.

Johnny recuperó el diseño, se sentó en el taburete de ruedas y se impulsó hacia la mesa. Cogió la transferencia y regresó a su lado. Le limpió la piel, le pasó un desodorante de barra por el largo brazo, del hombro al codo, y luego colocó la transferencia encima.

—Última oportunidad —la avisó—. ¿Sigues estando segura de que quieres hacértelo?

—Sí.

—No voy a mentirte, guapa. Va a doler un poco.

—No pasa nada —aseguró Isabella—. Aguanto bien el dolor.



ISABELLA DEAMBULÓ POR LA PLAZA, grande y bulliciosa. Cuando su madre y ella llegaron el año anterior, el sitio la había intimidado, pero con el transcurso de las semanas había aprendido a amar su actividad delirante, la multitud, el regateo, la algarabía. El paso del día a la noche era lo mejor de todo. Se encendían los fuegos, las luces empezaban a brillar contra el crepúsculo, los

olores se intensificaban y despertaban el apetito. El muecín llamaba a la oración desde los minaretes de la mezquita mientras una bandada de orondas gaviotas daba vueltas sobre el mercado a la espera de poder darse un banquete con los despojos repartidos por todas partes.

Los últimos cuatro meses se desdibujaban en un torbellino demencial. Michael Pope la alejó del hospital cuando la policía y los agentes de los todoterrenos negros de ventanillas tintadas colapsaron el edificio. El plan de su madre consistía en tomar el tren a Filadelfia y luego subir a un avión, pero Pope le advirtió de que eso sería muy peligroso. Isabella estaba demasiado asustada para poner objeciones, así que Pope puso rumbo al oeste, hacia Charlotte, con destino al aeropuerto internacional de Charlotte-Douglas. Allí tomaron un vuelo nacional a Atlanta, donde embarcaron hacia París. Tras una última escala, viajaron a Marrakech con Air Maroc.

Isabella había dormido en los trayectos. Apenas era capaz de mantenerse despierta y además se sentía un poco incómoda hablando con Pope, por lo que se había rendido al sueño. Cuando despertaba, lo observaba por entre las rendijas de los ojos entornados. A su paso por Charlotte y Atlanta, comprobó que Pope se mantenía alerta y vigilante. Parecía un hombre muy capaz e Isabella se sentía a salvo con él.

Llegaron a París. Pope se mostró incómodo cuando ella le agradeció su ayuda y le aseguró que estaría bien. Parecía reacio a dejarla marchar, pero ¿qué otra cosa podía hacer? Sí, el pasaporte era falso, pero se trataba de una falsificación excelente donde decía que Isabella tenía dieciséis años, casi era una adulta, y ellos no estaban emparentados. Pero, por otro lado, era evidente que no sabía cómo proceder. No podía llevársela a Inglaterra con él, y aún menos si ella no quería ir. Además, si se hubiera ido con él, ¿qué habría hecho con la muchacha? ¿Entregarla de nuevo en adopción? Isabella jamás lo habría aceptado y Pope lo sabía.

Finalmente, le había anotado su número de teléfono en la parte trasera de una revista y le había dicho que si alguna vez lo necesitaba, solo tenía que llamarlo. Isabella había arrancado la página, la había doblado y se la había metido en el bolsillo, aunque no tenía la menor intención de utilizarlo.

Pope le había dicho algo más. Había visto a su madre cuando estaban en Londres, y Beatrix le había pedido que borrara cualquier rastro de su hija. Pope le confirmó que lo había hecho. Por lo que respectaba al resto del mundo, Isabella Rose no existía.

Y eso fue todo. El vuelo de vuelta a casa de Pope salía antes que el suyo, así que este la abrazó, le deseó buena suerte y la dejó sola en medio de la barahúnda de viajeros en la sala de espera de salidas.

Isabella tenía la tarjeta de crédito de su madre y le resultó muy sencillo comprar un billete de ida a Marrakech. Desde un principio tenía sus esperanzas depositadas en Mohamed y Fátima. Ese era el plan. Su madre había dicho que se harían cargo de ella en su ausencia, pero no dieron señales de vida. Nadie contestó al número de teléfono al que llamó desde el aeropuerto. Su madre le había dado el número y la dirección de una cafetería de Marrakech a la que debía acudir en caso de que no lograra ponerse en contacto con Mohamed, pero el propietario dijo que hacía días que no los había visto, ni a él ni a su mujer. Isabella se presentó a diario durante el primer mes, pero no había señales de ellos. Y entonces, a comienzos del segundo mes, el dueño de la cafetería le contó que había oído que habían visto a Mohamed y a Fátima con un grupo de cuatro hombres justo después del asalto al riad. Los hombres los habían metido en la parte trasera de un coche a la fuerza y se los habían llevado.

Isabella sabía lo que significaba eso.

Así que sola. Lo haría sola.

Echó a andar.

Todavía le quedaba algo por hacer.



ISABELLA HABÍA ENCONTRADO un sobre en la bolsa de su madre antes de tirarla a la basura del hotel de Chesapeake. El sobre iba dirigido a ella. Contenía una llavecita y un papel en el que había anotada una dirección. Isabella había visitado el lugar en el transcurso de la primera semana tras su llegada a Marrakech. Se trataba de un garaje, uno similar al que habían utilizado para guardar el Jeep, de una puerta, en una hilera de trasteros adosados e idénticos, situados en una zona venida a menos de la ciudad. Se había acercado a la puerta metálica y había metido la llave en la cerradura, pero no había podido girarla.

Era demasiado pronto.

Todavía dolía demasiado.

Y no sabía qué iba a encontrarse.

Ese día, en cambio, con el hombro ardiendo por el reciente tatuaje, sintió que había llegado el momento.

Había un buen trecho desde el centro de la ciudad, pero decidió ir a pie. El ejercicio la ayudaba a pensar y quería prepararse para lo que pudiera encontrar.

Llegó a la hilera de garajes y, gracias a la reiterada insistencia de su madre, esperó veinte minutos al final de la calle, atenta a las idas y venidas. No tenía motivos para sospechar que hubiera algo que temer ahora que Control había muerto, sin embargo, por lo que tenía entendido, su madre había asestado un duro golpe a los intereses económicos de la empresa para la que él había trabajado. Isabella había creado una alerta de Google para «Manage Risk» y había leído un alud de artículos en los que se informaba de que el precio de las acciones se había desplomado en solo un mes. Habían perdido contratos, y los clientes importantes evitaban hacer negocios con ellos. A Isabella no le preocupaba en exceso que fueran a por ella puesto que no les reportaría nada, pero nunca estaba de más actuar con cautela.

Llevaba la llave colgada de una cadena, alrededor del cuello, junto a la de la puerta de casa. Se llevó la mano al pecho, cerró los dedos sobre el metal, templado al contacto con su piel cálida, y la sacó. Echó un último vistazo a la calle y cuando se convenció de que todo estaba bien, metió la llave en el candado oxidado. Estaba duro y tuvo que hacer fuerza, pero al final giró. Subió la persiana hasta media altura.

Se agachó y se deslizó adentro.

Era imposible ver nada. No había ventanas ni luces en el techo, y al instante la oscuridad engulló el tenue resplandor de las farolas que se colaba por debajo de la puerta. Sacó el móvil, activó la aplicación de la linterna y paseó el haz por el interior.

La pared de enfrente estaba provista de rejillas y armarios metálicos. Enfocó la rejilla y descubrió todo un arsenal: pistolas semiautomáticas, rifles, subfusiles, escopetas. Dejó el móvil en la mesa, con la linterna enfocada hacia arriba, alargó la mano hacia la rejilla y bajó un AR-15 semiautomático con cargador de treinta cartuchos. Colocó la culata contra su hombro, calibrando el peso entre las manos.

Se sentía cómoda.

Abrió los armarios y los enfocó con la linterna. Vio cajas y más cajas de munición, cuchillos, granadas y demás equipo de combate.

Su madre había dicho en alguna ocasión que disponía de un alijo de armas de reserva por si el riad llegaba a correr peligro.

Ahí estaba.

Isabella paseó la luz a su alrededor una última vez y justo cuando estaba a punto de irse, vio un sobre pegado con cinta adhesiva en una de las puertas de los armarios. Lo arrancó y se lo metió en el bolsillo. Se agachó para pasar por debajo de la puerta, echó la llave y comprobó un par de veces que hubiera quedado bien cerrada.

Luego, cansada, se dirigió a casa.



ISABELLA FUE ANDANDO hasta el nuevo riad. Se encontraba en la rue Kaa El Machraa, al otro lado de la ciudad, lo más lejos posible del lugar en el que había vivido con su madre, pero para llegar hasta él había que recorrer el mismo laberinto de callejuelas y pasajes, cada vez más estrechos, oscuros y misteriosos. Dobló a derecha e izquierda, sorteó dos niños que jugaban a las canicas a la luz de una lámpara de queroseno y finalmente se plantó frente a la maciza puerta de roble que le recordaba otros tiempos. A un lado, un pequeño cartel fijado en la pared anunciaba: RIAD FARNATCHI.

Su casa.

Comprada con su dinero.

Sacó la llave de la cadena que llevaba alrededor del cuello y abrió la puerta. Entró, dejó la bolsa en la mesa del vestíbulo, cerró la puerta tras de sí y echó la llave. La seguridad era importante. Al fin y al cabo aquello era Marrakech y la característica cautela de su madre había resultado particularmente contagiosa. Nunca daba por hecho que estaba segura.

Volvió a coger la bolsa, salió del vestíbulo techado y pasó al patio abierto. El riad era más pequeño que el antiguo y mucho menos opulento, y aún quedaba mucho trabajo por hacer para acondicionar las paredes que se desmoronaban y la decoración anticuada, pero todo eso le daba igual a Isabella. Era su casa. Su pequeño santuario. Y le gustaba la idea de tener un proyecto.

Renovación.

Le parecía oportuno.

Los trabajadores de la constructora local que había contratado para las obras habían acabado por ese día. Los andamios, levantados de cualquier manera, se erigían a lo largo de la pared que estaba en peores condiciones, la que prácticamente se había derrumbado. Había herramientas y cubos alineados en la plataforma. Parecía que ese día habían avanzado bastante, el tramo nuevo de ladrillos casi alcanzaba la primera planta.

Trabajaban bien, pero eso no les había impedido tratar de aprovecharse de una clienta joven a la que debieron de considerar una presa fácil. A pesar de que el resultado inicial había sido deficiente, habían intentado convencerla de que era aceptable, si bien se retractaron en cuanto Isabella cortó los fondos sin pensárselo. Hizo hincapié en que solo pagaría a la finalización de la obra y no pensaba cambiar de opinión. Los hombres pronto aprendieron lo tozuda que podía llegar a ser y al final se doblegaron a sus deseos. Se trataba de sentar precedente, de hacérselo entender.

Isabella sabía lo que quería, tenía las ideas muy claras. Convertiría aquel espacio amplio y luminoso en algo parecido a su santuario privado. Había escogido una paleta gris elefante suave que animaría con cuidadosas salpicaduras de color, como la alfombra blanca Beni Ouarain de pelo largo de la terraza del dormitorio, en la primera planta, que había comprado en un mercado bereber de las montañas. La decoración consistiría en una mezcla de hallazgos de estilo marroquí y europeo con sabor antiguo, textiles tribales y piezas artísticas poco convencionales. La piscina estaría embaldosada de esmeralda y rodeada de tumbonas de color lima. La compra más reciente

había sido una tienda bereber que había colocado en la terraza y en la que le gustaba sentarse, bajo la lona, a contemplar la puesta de sol en el desierto.

Nada de todo aquello había sido barato, pero el dinero no era una preocupación. Beatrix la había dejado muy bien provista en ese sentido. Y lo que era más importante, había abierto una cuenta a nombre de Isabella en una sucursal del FirstCaribbean International Bank. A su llegada a Marrakech, Isabella había usado la tarjeta de crédito para pagar la semana que se había alojado en el mejor hotel de la ciudad, tiempo que había invertido en recomponerse, y luego había comprado un billete de ida y vuelta a George Town, en las islas Caimán, para visitar el banco. El director le dijo que estaban esperándola, y una vez que solventaron los requisitos administrativos obligatorios para su identificación, le concedieron acceso ilimitado a la cuenta.

Un millón doscientas cincuenta mil libras.

Su madre tenía razón: era más de lo que necesitaría jamás.

Invirtió doscientas mil en la compra del riad en ruinas y emplearía otras cien mil en restaurarlo.

Subió a la terraza, encendió los faroles que había repartido alrededor del amplio espacio y se sentó bajo el toldo de lona. Llevaba la parte superior del brazo envuelta en film transparente y se subió la manga hasta el hombro para dejarlo respirar. El motivo de las flores seguía viéndose bajo la capa de Lubriderm. Johnny había hecho un trabajo excelente. Las dos rosas eran como las de su madre.

El diseño original había quedado acabado.

Era lo que ella quería.

Un siroco polvoriento barrió las azoteas y azotó la tienda. Las llamas se agitaron con la brisa. Oyó la llamada a la oración, una voz áspera que los altavoces chirriantes hacían llegar a todas partes. Isabella miraba y escuchaba, absorta en el ritmo de la ciudad. Se tocó el tatuaje con la punta de los dedos y sintió unas pequeñas punzadas atravesándole la piel irritada.

Había hecho lo que su madre siempre había esperado de ella. La noche antes de que saliera al encuentro con Control en el autocine, Beatrix había intentado retractarse del año de instrucción, pero Isabella no le había hecho caso. Había hablado el cáncer, no su madre. Sabía que no lo decía en serio. No podía decirlo en serio. De eso estaba segura. El trabajo de su madre la había guiado.

Había que acabarlo.

Y ahora ya estaba hecho.

Contuvo las lágrimas. Su infancia le había inculcado un miedo instintivo a la estabilidad. Le había enseñado a no acomodarse, a que nada era para siempre. Había habido padres adoptivos con los que se había encariñado, a algunos incluso los había querido. Otros hogares, dominados por la antipatía y la crueldad, no habían sido tan agradables. Lo más sencillo había sido tratarlos a todos igual, recordar que eran pasajeros, tanto los buenos como los malos, y que con el tiempo los sustituiría algo distinto. Porque siempre había sido así. Su madre le había explicado la razón: Control no quería que se quedara mucho tiempo en un mismo sitio porque eso habría facilitado su localización.

Al final, incluso el año que había pasado con su madre había resultado igual.

Todo acababa.

Miró la gran ciudad que se extendía ante sí, la mirada de luces que puntuaban la oscuridad, el gentío que pululaba por las calles y, sobre todo ello, el disco lunar en su ascenso.

¿Esto también se acabaría?

Sacó el sobre del bolsillo y se lo quedó mirando cerca de un cuarto de hora. Pasó el dedo por el borde largo, sintió el pinchazo de las cuatro esquinas puntiagudas. Y entonces, antes de que

cambiara de opinión, deslizó el dedo por debajo de la solapa y lo abrió.
Contenía una nota de su madre, escrita a mano.
«Prepárate. XXX.»



SE LEVANTÓ y contempló la ciudad desde la balaustrada, con las manos apoyadas en la piedra, que empezaba a enfriarse.

Su ciudad.

¿Esto se acabaría?

Tal vez.

Puede que, después de todo, alguien fuera a por ella.

Pero si se acababa, si venían, se aseguraría de algo.

Respetaría la última voluntad de su madre.

Y estaría preparada.

OTROS LIBROS DE MARK DAWSON

De la serie Beatrix Rose

A sangre fría

Luna de sangre

Sangre y rosas

Hong Kong Stories Vol. 1

White Devil

Nine Dragons

Dragon Head

De la serie John Milton

One Thousand Yards

The Cleaner

Saint Death

The Driver

Ghosts

The Sword of God

Salvation Row

SOBRE EL AUTOR



Mark Dawson ha trabajado como abogado y en la industria cinematográfica de Londres.

Es autor de tres series: John Milton encarna a un desengañado asesino a sueldo que trabaja bajo las órdenes del gobierno británico y lucha contra la injusticia para tratar de enmendar sus errores y sus actos del pasado; Beatrix Rose libra sus batallas por la justicia como madre agraviada y asesina profesional, mientras que Soho Noir transcurre en el West End de Londres entre 1940 y 1970.

Mark vive en Wiltshire, en el Reino Unido, con su familia.

Puedes encontrarlo en www.markjdawson.com.

